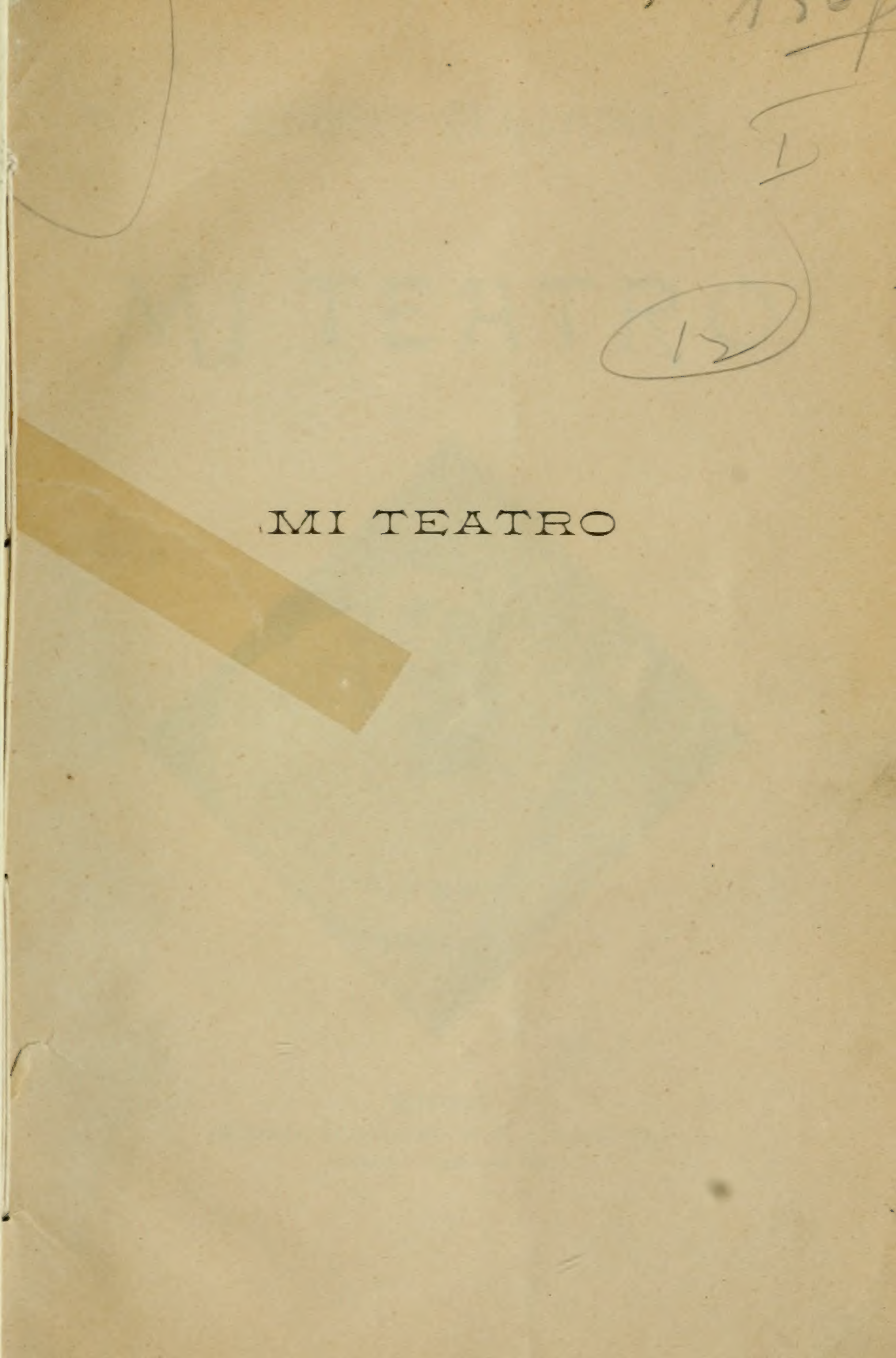

3 1761 06639236 6



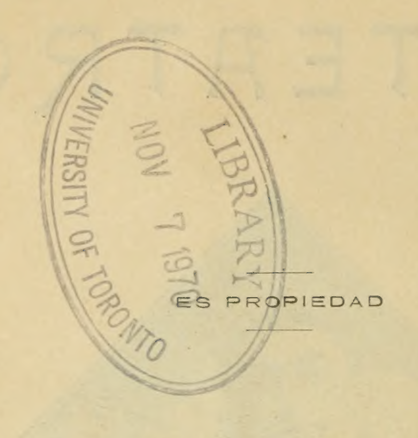
MI TEATRO

SINESIO DELGADO

MI TEATRO



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.



PRÓLOGO

También tengo teatro. Mi teatro
propio, exclusivo, personal, sin mezcla,
como Galdós, Iglesias, Benavente,
los Quintero, Linares y Dicenta.
También es importante. Y ya era hora
de que hablara yo mismo en su defensa,
puesto que aquellos que, á querer, lo harían,
me abandonaron á mis propias fuerzas.
Mi teatro es de escándalo, de bulla,
de alborotos, de gritos, de protestas...
¡del ruido formidable con que, airada,
la multitud su indignación expresa!
En mis estrenos gozan, se divierten,
castigando con burlas mi torpeza,
niños bitongos, jóvenes incautos,
hombres graves y cándidas doncellas.
¡No hay clases para mí! Siempre se juntan,
con juicio igual y con la misma idea,
banca, milicia, clero, bellas artes,
aristocracia, pueblo y clase media.

Y la celosa autoridad, que teme
que una noche me arañen ó me muerdan,
¡páguela Dios la previsión!, me pone
un pelotón de guardias á la puerta.
No me quejo. Está bien. Muchos soldados
volvieron derrotados de la guerra.
Pero ¿por qué las silbas de los otros
pasan, se olvidan, y las mías quedan?
Las mías refrescadas, vibran siempre,
se ponen como ejemplo y como muestra,
y en cuanto llega la ocasión se citan
y á través de los tiempos se recuerdan.
Mi teatro ha llegado, no sé cómo,
á ser suma y compendio, flor y crema
de insulsez, sosería, atrevimiento,
mal gusto, ordinariez y desvergüenza.
Represento á una clase imaginaria
de autores con omnímoda influencia
que se imponen al público por guapos
y cobran el barato á las empresas.
¡Y juro á Dios que la leyenda es falsa!
Jamás mi pluma encanallé á sabiendas,
y no he quitado el pan sino á mí mismo
y no hice á nadie la menor ofensa.
Y á pesar de mi historia literaria
limpia, si no brillante, se me niegan
la sal y el agua, y tirios y troyanos
me reputan zoquete sin enmienda.
Aún, para vender mi mercancía,
ofreciéndola voy de puerta en puerta,
y me cuesta fatigas y sudores
encontrar empresarios que me atiendan.
Por eso salgo del rincón obscuro
en que en vano esperé justicia seca
para retar de frente á mi destino,
rompiendo en mil pedazos la leyenda.

Yo cometí una falta, una tan sólo,
que no le cabe á nadie en la cabeza:
hacer el bien á los demás, dejando
la hacienda propia, por cuidar la ajena.
Óiganme todos, pues; y si está escrito
que cuantos como yo sienten y piensan
caigan vencidos, subiré al calvario
tranquilo y firme, con mi cruz á cuestas.

CAPÍTULO I

La cruz del puñal.

Toda sú historia fué aquella subida de la escalera, en medio de la tristeza gris de la mañana.

LAUDET.—SAFO.

Yo, el que suscribe, mayor de edad, escritor público, con cédula personal número tantos que exhibo y recojo, declaro haber estudiado sexto año de Medicina y primero de Derecho en la Universidad de Valladolid, durante el curso de 1878 á 1879, á principios del cual se les ocurrió á unos cuantos compañeros de la clase de clínica quirúrgica la caritativa y noble idea de costear á Escobar el título de médico.

Este Escobar, de cuyo nombre no puedo acordarme por más que hago, era un muchacho muy simpático, que tenía una novia como cada quisque, y que había hecho la carrera á trancas y barrancas y con grandes apuros.

Su afán era obtener la reválida, casarse inmediatamente, no sólo por cumplir su palabra, sino

porque los médicos solteros tienen poca salida, y pretender la titular de un pueblo para ganarse el pan honradamente y vivir en paz con su mujer y los hijos que Dios se sirviese enviarle.

El obstáculo para la realización de este plan, ó sea la falta del dinero necesario para pagar el título, era el que pretendían allanar, con la mejor intención del mundo, los compañeros de clínica quirúrgica. Desechada la idea de la suscripción, porque en toda la clase, bien rebañada, no se encontraría ni la mitad de lo preciso, y la de la becerrada, por el temor de que los ingresos fuesen menores que los gastos, quedó como único recurso la función teatral.

El teatro era entonces, es ahora, y supongo que será siempre, el paño de lágrimas de todos los desventurados y el clavo ardiendo á que se agarran cuantos se proponen remediar desdichas colectivas ó individuales.

Y como entonces no había en Valladolid compañía alguna, ni esperanza de que la hubiese, y como yo andaba por aquella fecha escribiendo quintillas en las paredes de las aulas y dirigiendo epigramas dulces y punzantes á los profesores fastidiosos y á los cadetes de Caballería, enemigos naturales del cuerpo escolar pinciano, los señores de la comisión encargada de salvar á Escobar acordaron dos cosas: primera, que se diera una función en el teatro de Lope, y segunda, que yo aprovechara las vacaciones de Navidad para escribir un drama en los actos que quisiere, con tal que no bajaran de tres, y un fin de fiesta que hiciera desternillar de risa, para quitar el amargor de la boca...

*
* *

Pensado y hecho. El día 7 de Enero volvía yo de mi lugar con los dos ejemplares, y ocho días después ensayaban ambas obras los estudiantes mismos con una fe y un entusiasmo dignos de mejor causa.

Titulábase el drama *La cruz del puñal.* Con el título basta y sobra para suponer que aquello era un conjunto de asolaciones y fieros males, diluídos y especificados en largas tiradas de endecasílabos robustos y redondillas de ¡vaya usté con Dios! De la tesis que pretendí desarrollar no me acuerdo, y es lástima. De lo que sí estoy seguro es de que la reputaron por trascendental y honda el barbero, el veterinario y el maestro de escuela de mi pueblo, que aguantaron la lectura sin pestañear varias veces. El hálito del romanticismo y el ronco gemir de las pasiones desbordadas turbaron entonces, y ya nunca más, el sepulcral silencio de aquella tristísima aldea de Castilla, siempre tranquila y quieta.



El autor de *La cruz del puñal* en 1879.

Y el fallo de aquel tribunal campesino, dormido por dentro, se confirmó en el estreno y única representación, verificada en uno de los primeros días de Febrero, con pronunciamientos mucho más favorables. Presidió la fiesta el rector, y asistieron á ella el claustro universitario en pleno y

los estudiantes de todas las Facultades en masa, con lo cual se llenó el teatro hasta los topes, y Escobar pudo hacerse la cuenta de que tenía el título en el bolsillo.

El éxito fué enorme, colosal, increible. Lanzáronme á la escena un par de coronas de laurel como ruedas de carro, con dedicatorias en las cintas y todo, coronas que habían estado expuestas desde el día antes en una sombrerería de la Plaza Mayor, para que no se pudiera dudar de que la ovación iba á ser espontánea; tiraron desde el paraíso millares de papelitos de colores con versos en que se saludaba al poeta,

«que surgía en la estepa castellana
como el suave fulgor de la mañana».

Y por si aquello era poco, media docena de estudiantes aficionados á la métrica fueron apareciendo uno tras otro en el escenario y endilgándonos al público y á mí unas composiciones que no se acababan nunca, en que me comparaban con Calderón y con todos los genios de la dramaturgia muertos y recién nacidos.

En resumidas cuentas: que la broma acabó á las dos de la madrugada, cosa que no se pudo impedir, porque no se había publicado aún el reglamento de espectáculos vigente; que el público no hizo ostensible su aburrimiento, por el sagrado papel que estaba representando; que yo, entre las enhorabuenas, la emoción y los besos de la gloria, no pude conciliar el sueño hasta que el sol cubría «la estepa castellana», y que á las dos de la tarde del día siguiente dormiría aún, á no haberme des-

pertado un guardia ceñudo y hosco, que me ordenaba seguirle al Gobierno civil, en calidad de detenido, sin excusa ni pretexto alguno...

*
* *

Como habrán podido comprender los que me atendieren, el drama era rematadamente malo. y



Universidad de Valladolid.

la interpretación tuvo que ser detestable, dicho sea sin ofender á mis condiscípulos; pero como los delitos de esa clase no tienen todavía sanción pe-

nal, no era por eso por lo que me llevaban más que de prisa al antiguo convento de San Gregorio, donde tenía su residencia oficial el señor gobernador civil de la provincia.

Por lo que me llevaban, según supe después, era porque había pasado lo siguiente, mientras yo dormía como un tronco:

Con la fresca y á la hora precisa de entrar en las primeras clases, había salido á la calle el periódico *La Opinión* con su crítica correspondiente. Una crítica despiadada, cruel, en que se me sacudía el polvo con fiereza insólita, y que remataba con la siguiente aleluya:

«Sufrió el arte mil zozobras
con estas *péximas* obras».

Así lo había escrito el crítico, con equis, para dar mayor fuerza á la expresión y para convencer mejor á la gente de que las obras eran incapaces de sacramentos.

Aquella equis y aquellos piropos se le subieron á la cabeza al cuerpo escolar, y ardiendo en santa indignación zamoranos y montañeses, los de Rioseco y los de Peñafiel, como si á todos á un tiempo les hubiese picado la misma víbora, acordaron no acudir á las cátedras, sino á las oficinas de la estación del Norte, donde el director del periódico tenía un empleo, y de las cuales había de salir á las once en punto.

Salió efectivamente—¡nunca lo hubiera hecho!—y los mil y tantos manifestantes le sorprendieron con la silba más descomunal que oyeron los siglos. Siguiéronle después, vejándole y martirizándole con maldiciones, burlas y chanzonetas de todos

géneros por todo el Campo Grande, que fué para él verdadera calle de la Amargura.

Al entrar en la de Santiago, la manifestación



Grupo de estudiantes de medicina.

había engrosado considerablemente con los transeuntes desocupados que había ido recogiendo en el camino; los gritos eran ensordecedores, y ya

nadie sabía lo que gritaba. Cundió la alarma, cerráronse las tiendas, y un pelotón de guardias, sable en mano, avanzó resueltamente desde la Plaza Mayor á cortar el paso á la muchedumbre y á salvar á la víctima de las garras de aquellos energúmenos.

Pero ni los guardias de Valladolid estaban tan acostumbrados como los de la corte á repartir cintarazos por un quítame allá esas pajas, ni los estudiantes de allá estaban hechos á semejantes trotes; así que las masas, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se lanzaron impetuosamente sobre los representantes de la autoridad, desarmaron á unos, destrozaron la ropa á los demás y les hicieron huir á todos.

Y la algarada estudiantil, triunfadora y dueña absoluta de la población, siguió creciendo alegremente, olvidada ya de su primer objeto.

*
* *

No estaban aún sosegados los ánimos ni perdido el recuerdo de las revueltas que precedieron al advenimiento de Alfonso XII; lo que empezó por broma de chicos podría traer consecuencias graves, y el gobernador decidió proceder con energía para atajar el incendio...

Por eso estábamos allí, en un aposento de San Gregorio, tristes y mustios, el autor y los intérpretes de *La cruz del puñal*, pobres inocentes que no sabíamos una palabra de los sucesos, y únicos responsables de ellos mientras no se encontraran otros.

Horas y horas se pasaron en declaraciones, careos, rectificaciones é indagatorias, hasta que bien entrada la noche, á eso de las diez, vimos penetrar

resueltamente en la habitación, altivas las figuras y descompuestos los semblantes, hasta una docena de alumnos de Medicina y Derecho.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan ustedes?—gritó el jefe de policía, saliéndoles al paso.

—Somos... la comisión, y venimos á que deje usted en libertad á éstos.

—¿Y con qué derecho han entrado ustedes aquí?

—Con el que nos da la representación de todo el cuerpo escolar de Valladolid, que está ahí fuera, en la plazoleta, dispuesto á todo.

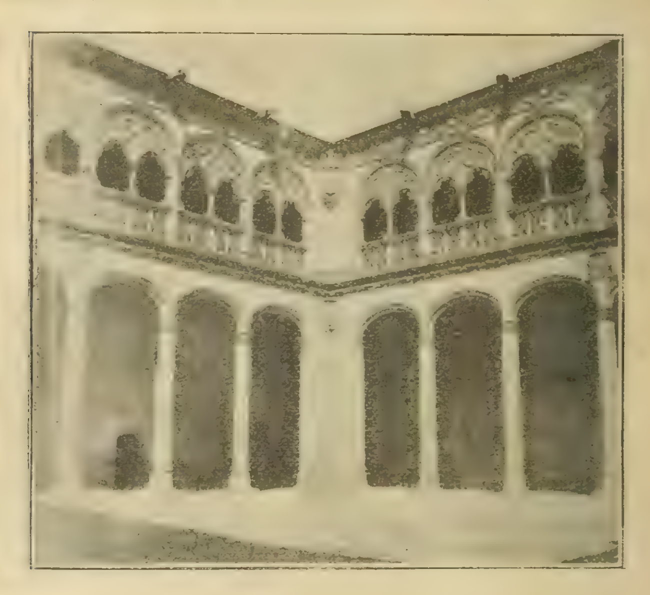


Fachada de San Gregorio.

Se enfureció el jefe ante tamaña osadía, replicaron los otros alzando el gallo, y aquellos dimes y diretes hubieran tenido mal fin para nosotros, si una tromba, una verdadera tromba de muchachos chillones, no hubiera entrado en el patio, arrollando al centinela, y nos hubiera sacado en hombros, sin hacer caso de voces y amenazas.

Entre aquellas airosas columnas, bajo aquellos

elegantísimos arcos, que son una maravilla arquitectónica; á la luz de una luna, brillante y clara, que daba cierta poesía al cuadro, salimos todos en triunfo, locos con el estruendo de los ¡vivas!, entre



Claustro de San Gregorio.

los soldados de la guardia, que, asombrados de audacia semejante, no se atrevieron á cosernos á bayonetazos.

La noticia, abultada ó tergiversada, corrió por todas partes; la autoridad militar intervino; preparáronse las tropas en los cuarteles... ¡Valladolid entero durmió intranquilo aquella noche!

*
* *

Toda mi vida ha sido después aquel estreno turbulento y tumultuoso. La Prensa, atacándome con furia y llamándome *péximo*: las turbas, alborotadas en las calles; la fuerza pública requiriendo las armas; las autoridades, en vilo: las personas graves. tomándome ojeriza como cabeza de motín, objeto de odios sin causa, piedra de toque de pasiones menudas. combatido incesantemente por el temporal y zarandeado en plena vorágine...

Pero Escobar es médico. Seguramente, allá en un rincón apartado, tranquilo y apacible, gana honradamente su pan de cada dia y cuida en santa paz de la mujer que escogió por compañera y de los hijos que Dios se hubiere servido enviarle.



CAPÍTULO II

La tienda de comestibles.

Vaya, fuera caretas. No soy autor dramático.

Lo pretendí una sola vez; escribí una comedia en tres actos pensada seriamente, y las cosas se pusieron de modo que tuve que volverla al cajón, donde la tienen ustedes para lo que gusten mandarla.

De modo que los periodistas de grande y pequeña circulación, que ponen decidido empeño en demostrarme que no me llama Dios por semejante camino, pierden el tiempo lastimosamente, porque predican á un convencido.

Esta confesión mía, que así Dios me salve como me sale de las entretelas del corazón, debieran hacerla también muchos otros señores, algunos muy encopetados, que viven de sus obras y no son autores dramáticos tampoco.

Todo el que haya tenido uno ó dos éxitos enormes, y luego no haya vuelto á dar pie con bola, es que tocó la flauta por casualidad, como el burro del cuento.

Lo cual no es una deshonra. Se puede tener un talento macho, y hasta ser un genio si á mano viene, y no poder demostrarlo en la escena. ¡Qué se le ha de hacer!

Aquí me detendrían, si me tuvieran á mano, los tres mil quinientos ó cuatro mil aspirantes á Tirsos de Molina que creen que soy yo el que no les deja sacar la cabeza, y exclamarían airados:

—¡Hola! ¿Conque usted confiesa que no es autor, y, sin embargo, mangonea en los teatros, y estrena obras, y danza en cabildeos y Juntas, y hasta forma parte del *trust*, según dicen?...

—¡Alto ahí, señores míos! replicaría yo en el acto. No soy autor, efectivamente; pero ni estorbo ni quito el puesto á ningún nacido, porque mis obras no se hacen más que una noche, generalmente, y en seguida dejo los carteles libres para quien quisiere usufructuarlos. Jamás he tenido influencia alguna con actores y empresas, aunque á unos y otras he hecho algunas veces grandes servicios; pero si por azar la tuviere, la dignidad me impediría emplearla en provecho propio, porque me daría vergüenza demandar como limosna lo que pudiera merecer por derecho. Y en cuanto á danzar y bullir en asuntos que casi no me importan, no lo hice nunca como amo absoluto de nadie, sino como criado humilde de todos, como se demostrará en el curso de la presente historia.

¿Que estreno con lamentable frecuencia? Es verdad. ¿Y por qué no he de estrenar yo, *á ver si pega*, cuando eso mismo hacen un día sí y otro también más de mil ciudadanos libres que no saben gramática, ni conocen su propio idioma, ni tienen la más leve noción del arte, ni cuentan con más defensa ni apoyo que su audacia y el mal gusto corriente y moliente?

Además, de diez veces que escribí para el teatro, nueve y media lo hice contra mi voluntad, sin fe, sin ilusión, de prisa y corriendo, por hacer un favor ó sacar de un compromiso á alguien, á sabiendas de que el público iba á protestar y de que los críticos me iban á hartar de zurriagazos al día siguiente.

¿Que así no se debe trabajar? En eso estamos. Pero cada uno es como es, y yo soy un páparo que no se enmienda nunca.

—Hace falta irremisiblemente para tal fecha—me dicen—una obra de estas y estas condiciones.

—¿Aunque la griten?

—Aunque la griten.

—¿Se resuelve algo con eso?

—Sí; se resuelve esto, lo otro ó lo de más allá.

—Pues estará la obra.

Y está. Y la silban casi siempre, y yo aguanto impertérrito la somanta y, poquito á poco, me voy labrando una reputación de literato de pan llevar, que no tiene el diablo por dónde desecharme...

*
* *

Sin ir más lejos. *La Revista nueva ó la tienda de comestibles*, de cuyo pateo estruendoso guardaré siempre ingrata memoria, se escribió para inaugurar la temporada de 1889 á 1890 en el teatro de la Alhambra. La empresa, bisoña en semejantes lides, había formado una compañía dirigida por Carreras, y tenía en su poder algunas zarzuelitas en un acto, pero todas sencillas, modestas, de escaso aparato y poco movimiento. Hacía falta una especie de revista en muchos cuadros, con variedad de trajes, que sirviera de pretexto para la presentación de la compañía, y ¿quién había de comprome-

terse á enjaretar un esperpento de esa especie en menos de una semana? Yo. Me habló Carreras, acepté el encargo, y puse manos á la obra. Como era punto menos que imposible encontrar un músico que se prestara al sacrificio, pedí permiso á Chueca y Valverde para aprovechar música usada, y me lo dieron con mil amores.



D. Joaquín Valverde.

Se me había olvidado advertir que cuando me encargaron una revista, se me abrieron las carnes. Odio con toda mi alma las revistas. Si todo el público fuera como yo, no pasaría una, aunque tuviera la sal por arrobas. Esto no quita para que admire y hasta ame entrañablemente á algunos *revisteros*, y para que por puro compromiso las haya hecho yo algunas veces, pero no las puedo ver ni en pintura.

No comprendo que una porción de caballeros en su sano juicio, y de señoras discretas, congregados en una sala de espectáculos, vean aparecer en escena á un actor que dice:

«Soy el catre de tijera
que se da á la cocinera
pa que duerma poco y mal,
¡voto á tal!»

y se queden tan frescos como si aquello fuera la cosa más natural del mundo. Y no me ha podido caber en la cabeza que el coro de señoras se adelante á la batería cantando:

«Somos las tejas
rotas y viejas
que se aproximan
al canalón...
¡Pom!»

y no empiecen á tirar piedras al tejado los espectadores.

Que un personaje represente un avaro, una coqueta, un entrometido, un celoso... bien; pero que un hombre hecho y derecho venga á decirnos que él es el pestillo de una mesa de noche, y que una muchacha guapa asegure que es la Deuda perpetua interior, ó la República, ó un puro de quince céntimos, son bromas que no se pueden aguantar aunque lo juren frailes descalzos.

Bueno; pues *abundando* en estas mismas ideas, yo quise que *La tienda de comestibles* fuese una especie de *El café*, de Moratín, proponiéndome hacer resaltar la parte absurda y ridícula del género. Puse allí un coro de garbanzos, otro de pimientos morrones, un diálogo entre una bacalada y un bote de conservas, un monólogo del terrón de azúcar, que recitaba el propio Carreras con la rapidez del rayo... ¡qué sé yo cuántos disparates por el estilo! Y para que no cupiera duda de que se trataba de una sátira, en vez de los dos personajes

anodinos que suelen colocarse junto á la primera caja de bastidores para presenciar los acontecimientos, yo no sacaba más que uno.

El otro era un cesto de mimbres. Puesto que, según es uso y costumbre, el uno es el que explica las cosas y el otro no hace más que oir y callar: para esta sencilla operación con un cesto basta.

En mi revista, el actor de carne y hueso le decía al de mimbres:

—¿Ve usted esos garbanzos? Son los demócratas. ¿Ve usted esos pimientos? Son los republicanos. ¿Ve usted ese terrón de azúcar? ¡Es Castelar!

Y así sucesivamente, con el mismo ingenio y la misma picardía que mis antecesores. ¡Me parece que estaba transparente el símbolo!

Pues sin embargo...

*
* *

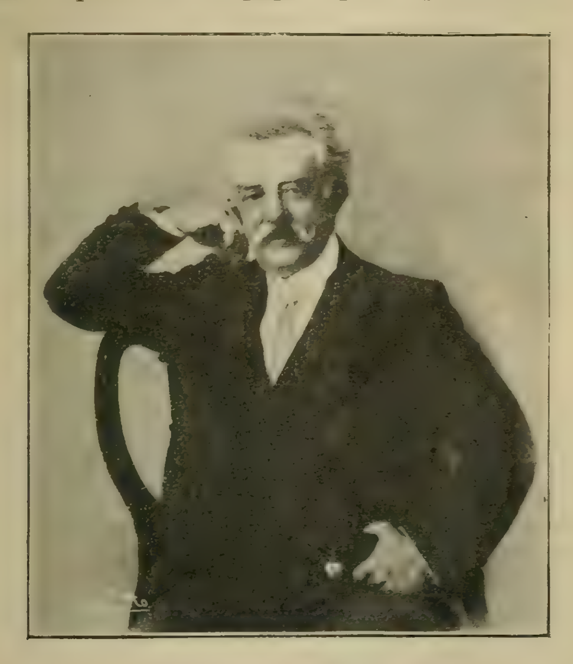
El último día de la temporada de verano en el teatro Felipe se celebraba el beneficio de los autores de la obra *De Madrid á París*, y, por consiguiente, de Chueca y Valverde, mis colaboradores en *La revista nueva.* Para dar mayor atractivo á la función, y de acuerdo con la empresa de la Alhambra, que había de inaugurar las suyas al día siguiente, se convino en que la compañía del segundo teatro estrenara la obra en el primero, por un favor especialísimo á los beneficiados, y contando con que el público dejaría pasar carros y carretas en noche tan solemne.

Así se hizo, y empezó la representación con un lleno envidiable. Valverde y Chueca, con sendas levitas flamantes, se colocaron tras el telón del fondo, dispuestos á salir á recibir dos, tres ó cuatro ovaciones entusiastas.



Teatro Felipe.

Pasó el coro de introducción sin pena ni gloria, y en la primera escena hablada, cuando el actor que iba á hacer de *cicerone* colocó el cesto en su sitio, explicando el papel que representaba, el



D. Federico Chueca.

auditorio entero rugió de ira, creyendo que aquello era una burla de mal género. (¡Santo Dios! ¿qué le habré yo hecho al respetable senado para que siempre crea que me burlo?) Al ver perdida la batalla me retiré al foro, exclamando cariacontecido:

—D. Federico, ¡cuánto siento que se haya usted molestado en ponerse una levita tan hermosa!

—Espérese usté, hombre de Dios—contestó Chueca,—que no hemos empezado todavía.

—Pues por eso lo digo, porque en cuanto empecemos se va á venir el teatro abajo.

Y, efectivamente, la concurrencia llevó el compás de los números de música, gritó en todas las escenas, destrozó cuantos artículos de comer, beber y arder se le pusieron delante, y entre los rugidos formidables de la tempestad se perdió la tesis.

El teatro Felipe, todo de madera, retumbaba como el parche de un enorme tambor baqueteado por millares de palillos y el ruido de la baraúnda llegaba hasta el Hipódromo...

*
* *

Así acabó aquella mi primera salida al campo de la sátira teatral, que no he sabido manejar nunca: haciendo un flaco servicio á los beneficiados, fastidiando á la empresa de la Alhambra y ganándome á pulso un vapuleo soberano de toda la prensa.

Sólo me quedaba una esperanza: D. Manuel Cañete. El insigne crítico venía haciendo contra las revistas una campaña tremenda, hasta el punto de haber pedido el destierro para el pobre Navarro Gonzalvo, y de él esperaba yo que, alabando siquiera la intención, saliese á mi defensa. Pero ¡que si quieres, Margarita! Al repasar, con la natural avidez, las columnas de *La Ilustración*, se me cayeron los palos del sombrajo. D. Manuel había tomado también el rábano por las hojas, y juzgaba aquello como una revista más, pero cien veces más deslavazada y necia que las

que le revolvían la bilis, y me despreciaba profundamente...

¡Oh! no hay desgracia semejante á la mía. ¡Haber escrito una obra para halagar al Sr. Cañete, y encontrarme con que no nos habíamos entendido!

CAPÍTULO III

La zarzuela nueva.

El público de los espectáculos teatrales no se parece á ningún otro.

Es benévolo para los chistes de cadeneta y blando para los arranques de ternura, cuanto más cursis, mejor; pero picajoso en cuanto se cree aludido y pronto y duro en el castigo de los que se le figuran atrevimientos ó desmanes.

En un mitin político ó administrativo puede levantarse un orador y decir muy fresco, ante cinco ó seis mil personas:

—Señores: somos miembros podridos de un cuerpo degradado; avergüenzan nuestras costumbres públicas; hemos perdido la dignidad colectiva y hasta el valor individual, que constituían antaño nuestros más preciados timbres de gloria... ¡Merecemos, pues, una albarda!

Y el concurso, electrizado, aplaudirá lo de la albarda frenéticamente, como si á ninguno de los circunstantes le tocase un ápice de la degeneración, ni una hilacha de la cincha.

Un fraile cualquiera es muy dueño de decir desde el púlpito:

—Hermanos míos: las alas de Satán se ciernen sobre vuestras cabezas, porque la maldad anida en vuestros corazones. ¡Sois carne de caldera de Pedro Botero! La concupiscencia os roe las entrañas, la mentira se ha aposentado en todos los hogares y la verdad ha huído de todos los labios... ¡Temblad por vosotros y por vuestros hijos, porque se aproxima el castigo justo de todos vuestros crímenes! Oremus.

Y el auditorio sollozará con emoción honda, y el que más y el que menos se juzgará capaz de comerse los niños crudos y merecedor del aceite hirviendo con que le amenaza el reverendo padre.

Pero como un autor dramático se atreva á decir por boca de un personaje:

—Respetable público: de esa decadencia del teatro que deploras constantemente, tienes tú alguna culpa, porque te perviertes el gusto á sabiendas; porque te dejas arrastrar por lo chabacano; porque permites que te llamen para juzgar un parto del ingenio y luego no te enseñen más que las pantorrillas de una tiple...

—¡Alto ahí! ¿Qué falta de respeto es esa? ¿Qué dice usted de pantorrillas? ¿Quién es usted para insultarnos? —exclamarán á una todos los espectadores, incomodados de veras. Y allí se acabarán los razonamientos con el estrépito consiguiente.

Por no haber averiguado á tiempo esta verdad, tengo yo clavada en el corazón la espina del fracaso de *La zarzuela nueva*...

*
* *

La cual zarzuela nació de la manera siguiente:

En el cuarto de Manolo Rodríguez, primer actor y director de escena del teatro de Apolo, una noche en que se hacía en tercera sección *El dúo de la Africana*, entraron, previa la más correcta demanda del permiso correspondiente, dos caballeros de edad madura, pero tiesos y bien conservados, con sendos fraques de irreprochable corte, con el empaque de gente de alta alcurnia y una finura de modales exquisita.

Yo tengo la costumbre, desde hace quince años, de tomar todas las noches tres vasos de café seguidos en el cuarto de algún artista de Apolo. Esta debilidad, que confieso sin reparo alguno, puesto que antes de ahora se ha hecho pública por medio de la prensa, fué causa de que yo presenciara la entrevista. Aquellos caballeros me sorprendieron en el segundo vaso, y tuvieron la bondad de indicarme por señas que no estorbaba.

Á Manolo y á mí, que en punto á cortesía, rendimientos y zalemas nos andábamos en palotes, se nos pusieron los pelos de punta ante el aspecto solemne y el señorío natural de los recién llegados, que olían á gente de pro á cien leguas.

Efectivamente, ambos eran senadores, no sé si electivos ó por derecho propio, y bien se les conocía la importancia social y política... Lo que venían á decir debía de ser cosa de gravedad extraordinaria, y el excelente actor y este su amigo verdadero estábamos con el alma en un hilo.

He aquí un extracto de la conversación, en que por fortuna no tomé parte:

—Tenemos la honra de hablar con el director de escena de este teatro, ¿no?

—Sí, sí, señores; pero la honra es. . es... vamos, ¡es mía!

—Bien; y según parece, si no nos han informado mal, al director de escena compete (este compete acabó de azorar á Manolo) la elección de los coristas que han de ocupar tales ó cuales lugares y representar estas ó las otras figuras.

—Sí, señor, le compete.

—Me alegro, porque de ese modo podrá usted hacernos un señaladísimo favor, que no ha de costarle gran trabajo, y que le agradeceremos este amigo y yo muy sincera y profundamente. *(Reverencia exagerada de Rodríguez, que quería decir: ustedes dirán.)* Se trata de esa muchacha morena, alta, con el pelo muy negro y los ojos muy grandes, que creo se llama... *(al otro)* ¿cómo se llama, duque?



D. Manuel Rodríguez.

—Casilda.

—Eso es, Casilda.

—¡Ah, sí! la malagueña.

—Justo; de Málaga me parece que es. Bueno, pues ya sabe usted que en *El dúo* unas coristas salen de sacerdotistas con traje talar, y otras de bailarinas, para acompañar á la tiple al final de la obra.

—¡No lo he de saber!

—¡Claro! Pues... parece que á la Casilda la molesta mucho salir de mallas. ¡Caprichos ó piques entre ellas! ¿sabe usted? y nosotros la hemos dado palabra de intervenir con el director para que desde esta noche la coloque entre las sacerdotisas.



Teatro de Apolo.

—¡Oh! con mucho gusto *(otra reverencia)*: serán ustedes servidos inmediatamente, ¡no faltaba más!

Gracias expresivas, saludos, apretones de manos, sonrisas agradables... y la comisión del Senado salió majestuosamente del *camerino* con la misma prosopopeya que si acabara de depositar un mensaje importante en manos de la Reina regente.

*
* *

—¿Qué le parece á usted?—exclamó Manolo respirando fuerte, como si se hubiera quitado un peso de encima.—Aquí de lo que decía Luceño: pone usted esto en un sainete, y dicen que es mentira.

—Pues mire usted, valía la pena de probar, por ver si lo dicen.

—¿Eh?

—Sí, señor; y daría cualquier cosa por saber escribir comedias, para hacer una preciosa con este asunto.

—¡Hombre! ¿Con éste sólo?

—¡Vaya! Figúrese usted que uno de esos señores tiene muchos amigos en la Alta Cámara, ó es jefe de grupo ó sencillamente puede influir con su voto en un momento determinado. ¿No es esto verosímil?

—¡No ha de serlo!

—Pues siga usted figurándose que el Gobierno prepara una reforma importante en la ley Municipal para acabar con el caciquismo, que presenta á las Cortes el correspondiente proyecto y que en el Senado están equilibradas las fuerzas porque los caciques se agitan para defenderse y los senadores no estudian á fondo la cuestión para evitarse quebraderos de cabeza.

—Adelante.

—Hágase usted cuenta de que el carpintero por quien se muere la malagueña le tiene tirria al Gobierno por estas ó las otras razones ó sin razones de ninguna especie, y le dice á la chica que la corta la cara si su senador no tumba al ministro. ¿Qué cree usted que hace la Casilda?

—Decírselo al senador, que la manda á freir espárragos.

—¡Qué ha de mandar, hombre! Menos le importa á él la reforma municipal que lo de las mallas,

y ya ve usted cómo ha venido. Lo que hace es hablar á ese amigo y á todos los que tenga y votar



D.ª Clotilde Perales,
Intérprete del papel de "corista„ en *La zarzuela nueva.*

en contra con la tranquilidad del mundo. El hombre, cuanto más alto está y más méritos tiene, más

goza en humillarse para servir á la señora de sus pensamientos.

—Eso es verdad.

—¡Pues mire usted por dónde el simple capricho de una corista puede atascar el carro del progreso y afianzar el régimen feudal en la nación por los siglos de los siglos!

*
* *

De esta manera surgió la idea *madre.*

La desconfianza en mis fuerzas la hizo evolucionar poco á poco, achicando sus proporciones hasta encajarla en una zarzuelita en un acto, que tuvo la desgracia de excitar la indignación del público.

Pero se me ha ido mucha tinta en el preámbulo, y el desarrollo completo del asunto capítulo aparte requiere.

CAPITULO IV

Continuación del tercero.

La evolución fué muy sencilla. De la soñada comedia en tres actos quedó... lo que debía quedar cuando me sentí sin alientos para empeño tan grande: un cuadro de costumbres de teatro, para el que de algo serviría el haberme pasado en los escenarios la flor de la existencia.

Púseme á ello, pues, y pronto vivieron y colearon sobre las cuartillas: el senador de marras, que se considera muy honrado atando el calzadillo á una corista pizpireta; la tiple que se regala ramos á sí misma; el actor que juzga todos los papeles inferiores á su mérito; el crítico que amenaza con llamar bazofia á cuanto se estrene si no le dan dos butacas; el autor primerizo á quien obligan á variar cien veces el plan de una obra; la florista que trae y lleva entre rosas y claveles el veneno de las proposiciones amorosas de mala índole; el camarero del café que toma confianza con el autor y llega á preguntarle: —¿Con que *nos* han gritado, Sr. de Villanueva?—y otra porción de tipos que yo me sabía de memoria.

Á decir verdad, la sátira que palpitaba en todas las escenas no me salió muy suave que digamos: y como de esas interioridades del teatro el público



D.ª Pilar Vidal.
Intérprete del papel de "florista".

entiende poco, temí que me sucediera lo que á los banderilleros malos, que clavan los pinchos en la atmósfera. Imaginé, pues, un asunto pequeño, pero que pudiera ser interesante, y hele aquí en cuatro palabras:

Una chica muy mona, empujada por la miseria, se hace corista de un teatro por horas, donde su novio gana dos reales como portero del escenario. El mozo, que la quiere con toda su alma, sufre, clavado en su silla, tormentos indecibles; tiene celos de todo: del público que se recrea en la belleza de la mujer, del maestro de coros que la mima, de los abonados que la piropean entre bastidores... y cuando averigua que el senador del cuento ha empezado la seducción enviando una tarjeta entre unas flores, pierde los estribos y estalla de pronto como una bomba.

Tira entonces sus dos reales por la ventana, arranca el ramo á la vendedora, quiere matar al viejo verde, dice cuatro frescas al empresario, y cuando la chica se dispone á salir á escena en un coro de guerreras vistoso y *sugestivo*, la separa violentamente de la fila, y estrechándola contra su pecho, grita á la faz del mundo:

—Tiene dos caminos: ó morirse de hambre ó morirse de vergüenza. Se morirá de hambre, ¡pero conmigo!

En fin, un dramita comprimido de los que empezaron á estilarse luego, pero sin desplantes de tragedia griega ni parlamentos ridículos, á Dios gracias.

*
* *

Ya metido en faena, se me ocurrió que, puesto que la prensa tronaba un día y otro contra la pobreza de ingenio de las piezas en boga, y el público mismo renegaba de su condescendencia para sufrirlas, tal vez sería conveniente, aunque un poco arriesgado, dar la batalla al mal gusto, cara á cara y en su propio terreno.

Y, enamorado de la idea, me atreví á poner en boca de un autor silbado, y en la tercera escena para mayor prueba de audacia, una diatriba contra los compañeros que rebajaban su arte, y algunos consejos al público, que, recreándose en lo malo, se hacía principal responsable de tales desafueros.

Entregué el libreto al maestro Torregrosa, que lo sirvió á las mil maravillas, y empezaron inmediatamente los ensayos.

En el primero de los llamados de conjunto, se me acercó, airada y casi furiosa, la florista que yo había pretendido retratar y que, oculta en la sombra de las últimas filas de butacas, lo había presenciado todo.

—¡Oiga usté!—me dijo.—Así no me saca usté á escena, porque está mal, y no lo consiento.

—Señora, yo...

—Sí, señor, sí. Ahí he visto que el que hace de portero me quita un ramo de flores y encuentra dentro una carta para una corista ó lo que sea... ¡y eso es falso! ¡Eso es una mentira!

—¡Pero mujer de Dios!...

—Que digo que es una pura mentira, ¿sabe usté? Porque si yo llevo una carta dentro del ramo, no me la dejo quitar ni con tenazas...¡ni de ese ni de nadie!



Á las diez en punto de la noche, el 7 de Octubre de 1897, se alzaba el telón del teatro de Apolo para el estreno de *La zarzuela nueva.*

Y á las diez y dos minutos penetraba por la puerta del escenario un viejo actor muy conocido, que acababa de regresar aquella misma tarde de «una brillante excursión por provincias».

Llegaba el hombre ansioso de contar sus triunfos, y... fuí yo la primera persona conocida que halló á mano. Él ignoraba mi situación en aquel momento; yo no me atrevía á hacerle callar, porque no lo tomase á descortesía, y en estas y las otras no podía enterarme bien de lo que ocurría un poco más lejos, y que tanto me interesaba.



D. Jaime Ripoll.
Intérprete del papel de "autor...

--Mire usted —decía el respetable anciano, —en Burgos el negocio puede decirse que no fué tal negocio... ¡Ya sabe usted lo que es Burgos en esta época! ¡No va nadie al teatro! Pero á los pocos que iban les gustamos mucho... ¡Nos han salido *Los soldados de plomo* como nunca! Desde allí pasamos á Pamplona. ¡Ya sabe usted lo que es Pamplona! Una población levítica, refractaria á las comedias, donde todo el mundo odia á los comediantes...

Y por ahí seguía mi hombre. Por un oído me

entraba el relato de su correría artística, y por el otro la voz del actor Sr. Ripoll, que hacía en mi obra el papel de autor silbado y decía junto á la concha, por mi cuenta y riesgo:

—«El vulgo tiene instintiva predilección por lo chabacano, por lo grosero, por lo adocenado, por el arte de baja estofa. Seguirle en su mal gusto es una garantía de buen éxito; contrariar su afición es exponerse á la derrota. Pero el autor de veras debe poner su arte sobre todas las cosas Debe plantarse ahí arriba bravamente, y fustigar al público en sus vicios, y zaherirle por su ignorancia, y enseñarle los buenos derroteros, como se enseñan esas cosas á las muchedumbres: ¡á latigazos, si hace falta! Y si el monstruo se aburre, porque no lo entiende, ó se enfurruña, porque lo entiende demasiado; si airado se arroja sobre la obra y sobre el autor, y los atropella, pisotea, magulla y despedaza, no hay sino aguantar el envite, dejar que pase el turbión, limpiarse la ropa, curarse los cardenales y levantarse en cuanto se pueda para volver á manejar briosamente el látigo. Porque no hay término medio: ó dejarse amarrar como un esclavo á la noria de la necedad, ó empuñar osadamente las riendas y dirigir con energía el carro de combate...»

Al llegar aquí, cuando mi interlocutor iba á entrar en Logroño, le suspendió el viaje un estruendo infernal de bastoneo y voces que estalló en la sala.

—¿Qué es eso?—me preguntó un poco asustado.

—Nada, que estoy estrenando y me gritan... Siga usted.

—¡Por Dios! habérmelo dicho... ¡En qué ocasión se me ha ocurrido!... Dejo á usted en seguida.

—No, hombre, no; ya ¿para qué? La obra se ha hundido, y no tiene remedio. Continúe usted contando lo que le pasó en la Rioja.

*
* *

Sin embargo, allá al final, un aplauso prolongado y unánime vino á sacarme de la modorra del desaliento.



Emilio Mesejo.
Intérprete del papel de "portero del escenario...

Era que Emilio Mesejo había intervenido en la lucha con todo el brío de su alma de artista, y al quitar el ramo á la vendedora, al plantarse gallardamente ante el senador que venía á robarle la mujer amada, y al apartar á ésta de las filas del coro, había hecho vibrar las almas de los espectadores en un arranque de pasión verdadera y grande.

Pero aquel triunfo era del actor exclusivamente, y la obra, después de aletear en el cartel algunos días, vino á caer herida de

muerte en el foso donde duerme el sueño de los justos.

Sin embargo de lo cual, yo creí entonces, y sigo creyendo ahora, que aquello estaba bien. No era una maravilla artistica, ¡eso no! pero estaba bien.

Si me hubiera salido la cuenta, el público habría comprendido el excelente propósito que me guiaba, y el éxito hubiera cambiado tal vez el rumbo del teatro por horas, atiborrado de majaderías mías y de los otros.

Pero siempre que se me antoja dar un golpe de esos, soy yo el que cae de bruces.

Y para remate de fiesta, el discursito de *La zarzuela nueva* zumba desde entonces en los oídos del público, que se empeña en creer que le ofendo, cuando ni por la imaginación se me pasa. Aunque en el asunto ó en el diálogo no me dirija sino al Preste Juan de las Indias, la mitad, por lo menos, de los espectadores se me indignan dándose por aludidos, como si ellos fueran los prestes.

Y por lo visto, la broma va á durar hasta el fin de mi vida, que me guarde Dios muchos años.

CAPITULO V

Don César de Bazán.

—«No es posible tolerar un día más que los infelices coristas anden corriendo la farándula por esos pueblos de Dios, ni más ni menos que los pobres diablos del carro de la Muerte, explotados por logreros que prometen y no cumplen, abandonando los equipajes en sustitución de la nómina no satisfecha, y organizando, olvidados y sin recursos, vergonzosas funciones de beneficio para pedir limosna, mientras el mercachifle que á su costa probó fortuna, huye muy lejos á engañar á otros desgraciados.

»Hay que acabar con los préstamos escandalosos de usureros y prenderas que chupan con escaso riesgo el producto del trabajo de toda la semana, y hay que dignificar la clase, expulsando de ella á los perdularios que la desacreditan...»

Estos parrafitos, que revelan su origen *parlamentario* á tiro de ballesta, formaban efectivamente parte de un discurso que tuve la honra de pronunciar, en uno de los últimos días del siglo pasa-

do, en el Centro de Sociedades obreras de la calle de Relatores.

¿Que á santo de qué? Pues á santo de un *festival* que celebró la Asociación general de coristas de España, en el cual cantó un orfeón, dirigido por Chapí, unos «aires montañeses» de Calleja, y lució su magnífica voz Lucrecia Arana.

Después que yo, habló Pablo Iglesias para felicitarse de que se unieran también, para conseguir la libertad, los obreros artistas, los trabajadores intelectuales...



D.ª Lucrecia Arana.

—«Ayer—decía el compañero Pablo—los autores dramáticos se emanciparon de la tutela de los editores, hoy los coristas ansían redimirse, mañana los esclavos de la Prensa romperán sus argollas... ¡Saludemos á este brillante ejército que viene á ayudar al proletariado de todos los oficios para cambiar la faz del mundo, acabando con el odioso capital y con la explotadora burguesía!...»

¡Sí, sí! ¡Buenas y gordas!

Ignoraba el jefe del socialismo español, y yo

no lo sabía tampoco entonces, que los obreros intelectuales son mucho más arrimados á la cola que los otros.

Es más fácil convencer á un albañil ó á una cigarrera de Madrid de que no deben comer en un mes para que logren aumentar diez céntimos al jornal los carpinteros de Pontevedra, que hacer comprender á un escritor insigne que si las obras de Calderón se representan gratis y las de Echegaray cuestan el dinero, Echegaray sale perjudicado.

Y por si alguien lo duda, tengo los papeles.

*
* *

Algunos coristas de buena voluntad habían formado la Asociación con fines muy laudables. Pero la cuota mensual se pagaba cada vez con mayores dificultades y aquello iba de capa caída.

Para animarlo cantaron la Arana y el Orfeón, y *eché* yo el discurso, á consecuencia del cual me nombraron presidente honorario, haciéndolo constar en un diploma pintado á la aguada, que conservo como santa reliquia.

Y no paró ahí la cosa. Tenía yo entonces una fama de organizador y de *financiero* que daba envidia, y una comisión vino á pedirme que interviniera directamente en los asuntos de la Asociación, dándola cuantas vueltas fuesen precisas para lograr aquello de la abolición de la esclavitud y la dignificación de la clase.

Bullíame en la imaginación un vasto plan que se explicará en ocasión oportuna, y acepté el encargo, decidido á que sirviera de algo mi concurso.

Lo primero que se me ocurrió ¡y cómo no! fué la

función de beneficio, agarrándome al clavo ardiendo de que he hablado en otra parte. Pero como los coristas no tienen público suyo, ni influencia para reunir tres ó cuatro compañías que trabajen gratis ni facilidad para formar un programa que lleve gente á una función de tarde en día de trabajo... lo menos que se les podía dar era un estreno.

¿Y quién es el guapo que se echa á pedir á un libretista y á un músico acreditados que hagan una zarzuela magnífica para una sola representación y perdonando los derechos?



D. José Valls.
Fundador y primer presidente de la Asociación general de coristas.

De aquí que yo no pensara en ello siquiera y me decidiera á coser de balde, poniendo el hilo.

Nació, pues, *Don César de Bazán* tras una laboriosa gestación de seis días justos, y nació para vivir tres cuartos de hora. Pero yo no hago trampas. Bien sabe Dios que puse en él músculos, nervios y sangre suficientes para llegar á una edad avanzada y caerse de viejo.

*
* *

Constituye la acción de la obra uno de los episodios del *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, modificado de manera que ni el mismo gran poeta francés lo

conocería, y queda como protagonista el noble arruinado, pendenciero y rufián, que sólo descubre la nobleza, oculta en la mugre de sus harapos y el cieno de sus vicios, cuando el honor comprometido de una dama lo requiere

Me di un hartazgo de clásicos para *empaparme* en el espíritu de la época y para que el diálogo no se tirara á las paredes; versifiqué la obra con cariño, como si de aquellas escenas, destinadas á perderse en el vacío, dependiese mi reputación literaria; un músico novel ¡infeliz! puso las *folías* correspondientes, y representaron todo aquello las segundas partes de Apolo una tarde de Marzo de 1901, fastidiosa y desapacible.



D. José Ontiveros.
Intérprete del papel de *Don César*.

Y lo hicieron las segundas por evitar á las primeras una molestia inútil, y porque demasiado sabía yo que la noticia de que tenían que ensayar una zarzuelita mía para una tarde les

iba á sentar como un tiro. Pero el público, que se pasa de avisado, cuando no ve en escena las que él llama primeras figuras, se dice: «¡Tate! lo que digan éstos no debe de ser interesante, porque si lo fuera no lo dirían éstos», y se pone á pensar en las musarañas y no atiende como es debido.

Así fué que, aunque Ontiveros no interpretaba mal el principal personaje y había estudiado el papel de veras, y aunque los demás actores casi hicieron prodigios, *Don César de Bazán* no le importó un comino al resto de la compañía del teatro en que se representaba, ni á la escasa concurrencia que se metió allí por no saber dónde ir en un día tan desagradable, ni á mis compañeros de profesión, que se fueron al café tranquilamente sin pretender averiguar lo que yo había hecho con aquel Grande de España venido á menos.

Es decir, que á mi *Don César* no le conoce nadie absolutamente, y ha quedado para que yo me lo lea solito y me relama de gusto...



Excusado es decir que con el producto de la función no salió de apuros la Asociación de coristas. Pero esto excitó mi amor propio de presidente honorario; pasé dos ó tres noches en vela haciendo números; saqué de mis ahorros una cantidad relativamente respetable, alquilé un piso, compré muebles, y en un santiamén quedaron instaladas las oficinas con un lujo *asiático*. Los humildes artistas del montón tuvieron sala de juntas, gabinetes de lectura, salón de recepciones con butacas, divanes y sillas modernistas, unos aparatos de luz eléctrica que ni los del palacio de la Infanta, un gerente, un escribiente, un ordenanza... ¡qué sé yo cuántas co-

sas! Redacté circulares, hablé á los empresarios, escribí á medio mundo, y antes de una semana empezó á funcionar la Administración nueva.

Sustituyó á la cuota fija un impuesto del tres por



D.ª Felisa Torres.
Intérprete del papel de *Leonor*.

ciento sobre los sueldos, que se comprometieron á abonar casi todas las empresas formales á cambio de las debidas compensaciones, y como para ser socio no se exigía desembolso alguno, aquello fué como la espuma y en la caja había dinero siempre.

Íbamos á escape á fundar la agencia de contra-

tación, á dar títulos de coristas para que no lo fueran los que no debían serlo, á socorrer enfermos y desvalidos, á mejorar los sueldos, á asegurar el cumplimiento de los contratos y... á la realización rápida de una porción de sueños, que se evaporaron como la niebla. ¿Por qué? Porque por nosotros no pasan años, á Dios gracias, y aunque un español grite á pleno pulmón «¡Viva la libertad!» no le crean ustedes. Por dentro está diciendo: «¡Vivan las *caenas!*»

*
* *

Ello fué que no tardaron los asociados en decirse unos á otros:

—¡Caramba! Este nuestro presidente honorario es un métome en todo: mangonea en la Sociedad de autores, anda en tratos con la de actores, y á nosotros nos dirige á rajatabla con el «ordeno y mando...»

—Pues ya somos mayores de edad.

—Eso; y ya está visto que tenemos fuerza propia.

—La tutela va resultando un poco ofensiva...

Y así sucesivamente. Total: que me devolvieron el anticipo, ¡eso sí!; que despidieron á mis empleados, que implantaron reformas ellos solitos y que se me declararon independientes, á la chita callando, pero con la gracia del mundo.

Pero ¡ay! madrugaron más de lo debido para romper la tiranía odiosa. Los empresarios, que olieron el desbarajuste, se negaron á pagar el tres por ciento; los socios, en cuanto se habló de cuota, dijeron que hasta allí llegaban, y la Sociedad siguió marchando unos cuantos meses, por la velocidad adquirida, hasta que los pocos que en ella quedaban acordaron disolverla y repartirse lo

que hubiera buenamente, porque más valían ocho duros en mano que dignificación de la clase volando.

*
* *

Al hacer almoneda, hubo dos proposiciones para la compra de muebles y enseres: una de 500 pesetas y otra de 510.

Entonces me presenté á la comisión liquidadora y dije:

—¡Vaya! Cubro la oferta más alta, y me quedo en la casa, si á ustedes les parece.

Conferenciaron aparte y brevemente los señores de la comisión, y al fin, adelantándose uno de ellos, me contestó con la sonrisa en los labios:

—Mire usted, D. Sinesio, por ser para usted... se lo dejamos todo en mil pesetas.

CAPITULO VI

Doloretes.

—¡María Santísima! ¡qué desgracia! Se ha vuelto loco este hombre—dirá Arniches en cuanto lea el encabezamiento.—¡Pues no coloca en su *teatro* una obra mía!

—¡Atiza!—exclamarán todos los demás mortales que me leyeren.—Ahora éste se va á poner en el repertorio cuanto han escrito sus amigos, y no vamos á acabar nunca.

Tranquilícese el verdadero autor y siga cobrando los derechos, en la seguridad de que no hay pleito pendiente. Tranquilícense asimismo cuantos se hubieren asombrado, y atiendan todos á razones. ¡No! *Doloretes* no es mía. No he puesto en ella ni siquiera unos puntos suspensivos, y así me apresuro á declararlo noble y lealmente.

Pero de su estreno, de su vida escénica, soy único responsable según telegrama del autor fechado en El Escorial y que obra en mi poder, y, por lo tanto, la incluyo en mi catálogo con perfecto derecho, acepto la responsabilidad consiguiente y

tengo en ambas cosas no sólo una satisfacción muy viva, sino un orgullo desmedido que Dios me perdone.

Porque no se trata solamente de una zarzuela que obtuvo un éxito grande y merecido, sinó de uno de los estrenos más importantes, el más importante quizá de cuantos se han verificado en España desde el paso de *Las aceitunas* á la hora presente.


D. Ventura de la Vega.

—¡Basta! ¡Esa es una exageración de mal gusto!—interrumpirán los lectores benévolos.—Si sigue usted por ese camino, aquí tienen remate sus Memorias íntimas, por lo menos en la parte que á nosotros toca. ¿De dónde saca usted semejante desatino, hombre de Dios?

—Calma, señores—contesto con una sonrisa,—¡calma! que no hay tal desatino, ó por lo menos noes tan grande como parece, y ya hablaremos á la postre.

Para probar la importancia excepcional del estreno de *Doloretes*, para demostrar la influencia decisiva que ejerció en la vida teatral de España y en la de cuantos el teatro sustenta, empresarios, autores, músicos, actores, coristas, bailarinas, comparsas, peluqueros, sastres, pintores, acomodadores y carpinteros, necesitaría yo escribir un tomo de quinientas páginas en letra menuda, y todavía me quedaría corto. Aun sintetizando mucho y con-

cretándome á contar lo más saliente, hay tela cortada para rato.

Pero no se asusten ustedes. Yo juro que el asunto es tal que, si cayese en manos de un escritor de veras, de fino ingenio, instrucción sólida y estilo ameno y brillante, la lectura del tomo susodicho había de ser cosa de chuparse los dedos de gusto.

Porque ¡para que se vea lo que son las cosas! ahora, que empiezo á apropiarme las obras que no me pertenecen, es cuando adquiere mi repertorio un interés grande y positivo...

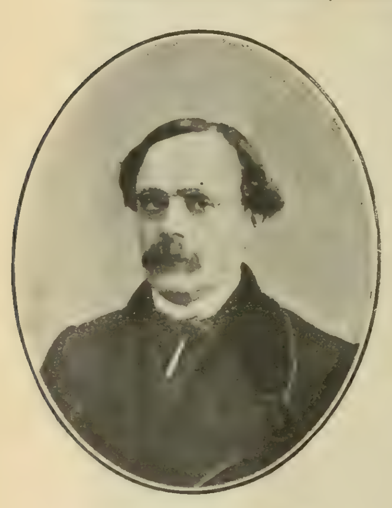


D. Luis Olona.

*
* *

Antes de que el conde de San Luis publicase en 1843 el decreto orgánico de teatros, reconociendo y reglamentando la propiedad intelectual (y perdón si lo tomo de tan lejos, pero me hace falta), la parte *crematística* de los productos del ingenio español andaba, como suele decirse. manga por hombro. Los que escribían comedias vendían el manuscrito en tanto más cuanto á las compañías de representantes, y allí acababa el

jugo de la obra. Hacíala después quien, como y cuando quería; sacaban copias de ella, cortando, añadiendo y alterando el texto á su gusto, cuantos lo tenían á bien; la imprimía el que se le antojaba y la vendían los libreros al precio que estimaban conveniente. De derechos de representación y del dominio del autor, sobre lo que había sacado de su cabeza, no había que hablar, porque hubiera sido gastar saliva en balde.



D. Antonio García Gutiérrez.

Poco á poco fueron sustituyendo á las compañías, en lo de la compra, unos caballeros que se llamaron editores, que adquirían los manuscritos y los explotaban como mejor podían. Después del decreto del conde de San Luis, se estableció paulatinamente el cobro de los derechos de propiedad, ignoro en qué forma, y como las obras empezaron á producir algo, subió la tasación unos puntos y se llegaron á pagar las comedias de superior calidad, en tres ó más actos, fresquitas y sin máculas, á diez mil reales una con otra.

Porque ¡eso sí! los autores siguieron vendiendo cuanto producían, por no comprender que producían con otro objeto, y asombrándose de que se cotizasen con tanta fortuna los partos de la fantasía. Verdad es que *Marcela*, *Los Amantes de Teruel* y *El Trovador*, enajenadas á mil realitos cada una, habían producido en poco tiempo sesenta mil du-

ros entre las tres; pero, á pesar de eso, á ningún escritor se le pasaba por las mientes variar de sistema, y todos preferían los cuatro cuartos *vistos*, á los miles de duros probables.

*
* *

Por fin hubo un espíritu valiente.

D. Francisco Camprodón, resistiendo todas las tentaciones imaginables, conservó para sí la propiedad de *Flor de un día* y encargó al editor don Alonso Gullón que se la administrase. Durante tres años él y Eguílaz, que entusiasmado con aquel arranque de independencia le siguió poco después con sus *Verdades amargas*, aguantaron impávidos las burlas y cuchufletas de sus compañeros, que les tenían por vanidosos ridículos, locos de atar ó dejados de la mano de Dios.

Pero en los tres años de prueba, *Flor de un día* produjo 3.000 duros y *Verdades amargas* 150.000 reales. La segunda acabó pronto. La primera *crecio* de tal modo, que lo que había de venderse en 2.500 pesetas ha producido á estas fechas algunos millones. ¡Como que se representa todavía!

Ante ejemplo tan claro se convencieron otros cuantos señores, y pronto dejaron también de vender sus obras Ventura de la Vega, Luis Mariano de Larra, Barbieri, Gaztambide, García Gutiérrez y Olona. Con tan lucida hueste, la casa editorial de Gullón adquirió importancia y desarrollo y organizó la administración lo mejor que pudo.



Cincuenta años después, á fines del siglo pasado, funcionaban tres casas editoriales en Madrid: la de D. Florencio Fiscowich, sucesor de Gullón;

la de los Hijos de Hidalgo y la de D. Luis Aruej, que había tenido como base la antigua de Lalama.

Los cuales editores rendían á cada autor cuentas trimestrales de los derechos recaudados por la representación de sus obras, y anuales de los ejemplares vendidos. De ahí viene aquello de «Fulano ha tenido buen trimestre», y lo de «es una obra escrita con vistas al trimestre», que se sigue diciendo todavía.



D. Francisco Asenjo Barbieri.

Del producto total se descontaban: el 15 por 100 de lo recaudado en provincias, el 25 de lo del extranjero y el 2 ó el 5 de lo de Madrid. Á pesar de estos descuentos, no estaba el negocio en la administración, en la cual venía á salir lo comido por lo servido, sino en los préstamos á los autores con un interés anual variable entre el 9 y el 12 por 100, y en la compra de obras, que seguían vendiendo los más con verdadera delectación, como si Camprodón no hubiera hecho nada.

La facilidad con que se hacían ambas operaciones era causa de que no llegaran á diez los autores dramáticos libres de deudas, ni á quince los que al morir tuvieran «una almena que pudieran decir que era suya».

Fíjese el lector en estos detalles, al parecer pesados y nimios, pero que son la exposición del drama. De no hacerlo así, corre peligro de no entender el desenlace.



D. Francisco Camprodón.

La recaudación total que por derechos de representación obtuvieron al año las casas editoriales hasta 1900 llegaba con trabajo á un millón de pesetas. Dos años después subía á millón y medio. En 1904 ha alcanzado la cifra de un millón seiscientas mil pesetas.

¿Por qué? ¡Por el estreno de *Doloretes!*

Ya verán ustedes cómo.

*
* *

De donde se deduce que Camprodón (cuyo mérito artístico dejo aparte), si la Sociedad de Autores llega á cuajar, debe tener una estatua. La que pensaban erigirme á mí, antes de querer cortarme la cabeza, pertenece de derecho á Camprodón, que fué el que trajo las gallinas.

Confiésolo humildemente y sigo.

CAPITULO VII

Los archivos musicales.

Periodistas ilustres, de inteligencia privilegiada y vasta cultura, se ocuparon no hace mucho tiempo del objeto de este capítulo, y lo hicieron extensamente, detalladamente, esgrimiendo con tal motivo contra la Junta directiva de la Sociedad de Autores las aceradas péñolas. A pesar de lo cual, ninguno se atreverá á jurar sobre los Santos Evangelios que conocía á fondo el asunto. Ni á fondo ni por encima.

El público está, pues, enterado de que hay en el mundo una cosa que se llama Archivo musical, pero no sabe con qué se come. Cree ¡eso sí! que se trata de un abuso intolerable, de una materia de explotación inicua de los infelices empresarios y de los pobrecitos cómicos, y lo cree por obra y gracia de los que intervinieron en la cuestión sin saber á punto fijo lo que decían.

Pero todo llega en este mundo. Y ha llegado la hora de poner los puntos sobre las íes y demostrar

que lo que parece abuso no es sino correctivo de abusos que no favorecían á nadie y perjudicaban á mucha gente. Vamos á ver si nos entendemos.

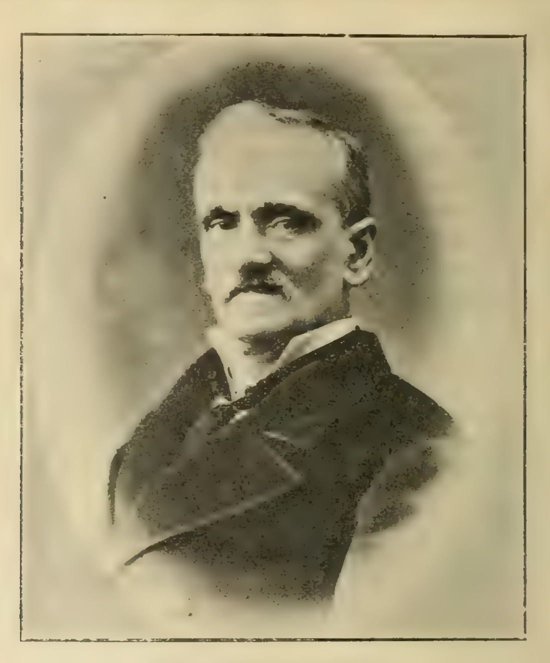
*
* *

Los beneficios de la ley de Propiedad intelectual alcanzan, como no podía menos de suceder, á los señores músicos, los cuales, en el caso de no pactar previamente otra cosa con el autor del libreto, disponen de su música y de la letra cantable correspondiente. Nadie, sin su permiso, puede copiar, grabar, alquilar ni vender una sola nota, como nadie puede vender ni alquilar la casa que á su costa haya levantado el vecino. Esta propiedad es, por lo tanto, tan sagrada como las otras, mientras el concepto de la propiedad no varíe en el mundo.

Bueno, pues esos papeles pautados que pueden ustedes ver sobre los atriles de las orquestas contienen el fruto de la inspiración de un caballero particular... ó de su habilidad para aprovechar la de otros sin que el auditorio lo conozca. Sin ellos no se puede tocar y, por consiguiente, no hay representación de zarzuela posible. Son de precisión absoluta, y todos juntos componen lo que se llama un material de orquesta. Una compañía, para funcionar, necesita llevar consigo ó tener á su disposición tantos materiales como zarzuelas haya de poner en escena. Tan claro está esto que lo entenderían fácilmente los niños de Rusia, que deben ser los más atrasados del mundo según las últimas noticias.

Pues bien, aunque los compositores hacían caso omiso de los beneficios que la ley les concede, y el primero que pasara por la calle podía reprodu-

cir, copiar, alquilar y vender libremente las obras musicales, los empresarios no se aprovechaban de la ganga. ¿Por qué? Porque los materiales cuestan caros. Los actos de zarzuela vienen á salir á cien



D. Ángel Povedano.

pesetas uno con otro, y dado el enorme consumo que se hace del género, sobre todo en provincias, no tenía cuenta emplear en papeles un respetable capital, que quedaba muerto al terminar la temporada y disolverse la compañía.

Surgió, pues, forzosamente el intermediario, y varios apreciables sujetos se dedicaron á copiar las

obras que, á su juicio, habían de tener salida y á alquilar á las empresas un número determinado de materiales por una cantidad alzada. El negocio resultaba saneadito y limpio; al olor de la ganancia brotaron archiveros por todas partes, y aparte de las empresas constantes que tenían su archivo propio, había varios en Madrid, Barcelona, Cádiz, Sevilla, Valencia y otras capitales de importancia.

Servíanse las compañías del que les parecía mejor, y así se iba repartiendo el dinero de los alquileres como pan bendito, sin que al maestro compositor, dueño absoluto de la cosa, le diera nadie ni las gracias. Y todos vivíamos felices y contentos.

Pero el sistema tenía un inconveniente grave. Como los archiveros, por la cuenta que les tenía, se resistían tenazmente á sacar copias de los materiales que no habían de rendir utilidad segura, los archivos eran menguados y pobres, las compañías necesitaban á veces alquilar dos ó más, todo se volvía dilaciones, dificultades y embrollos, y representar en provincias una zarzuela que no hubiera obtenido en Madrid un éxito colosal costaba Dios y ayuda.

Pinta la situación una frase del buen D. Ángel Povedano, el más conocido y reputado de los archiveros de entonces.

Si al terminar el estreno de una obra que no había hecho más que pasar le preguntaba algún amigo: «¿Qué le ha parecido á usted, D. Ángel?», contestaba invariablemente al oído del interlocutor:

—¡Je, je! No la copio.

Con lo cual condenaba irremisiblemente á los autores á no cobrar una peseta más por derechos de representación en todos los días de su vida.

*
* *

Y así estaban las cosas cuando entró gallardamente en escena un personaje interesante que había de ejercer en lo sucesivo grande influencia en el teatro; un hombre de inteligencia despejada, en el trato amable y fino, en los negocios hábil, activo y prudente, en todas las ocasiones avispado y despierto como él solo, y gran conocedor del corazón humano en general y del de los autores dramáticos en particular.

Érase (y es, y mil años viva) D. Florencio Fiscowich y Díaz de Antoñana, heredero y sucesor de la casa editorial de D. Alonso Gullón é Hijos, la más importante de todas. El cual D. Florencio, pensando en los materiales de orquesta, tuvo un momento de inspiración feliz y se dijo sin duda:

—El alquiler de archivos musicales produce una regular ganancia, pero se reparte entre muchos. ¿Por qué no ha de ser para mí solo?

Y lentamente, suavemente, sin dar una chispa de importancia al proyecto, hoy éste, mañana aquél, en la siguiente semana el otro y el de más allá, todos los maestros compositores en activo servicio fueron recibiendo la visita de Fiscowich, que les decía:

—Muy señores míos: El derecho de copia y reproducción de materiales de orquesta que la ley les concede no les produce á ustedes un céntimo. ¿Me lo venden ustedes?

Los músicos ¡y cómo no! en cuanto olieron que tenían algo que vender, se apresuraron á firmar en los contratos como en un barbecho, y salían de casa del notario muriéndose de risa y creyendo que el comprador era una cándida paloma que daba un puñado de billetes por una cosa que no valía nada.

Los tales contratos eran sencillísimos. El autor vendía, cedía y traspasaba á perpetuidad á D. Florencio Fiscowich, sus herederos ó derecho habientes, el derecho exclusivo de reproducción,



D. Florencio Fiscowich.

copia é impresión de todas las obras que había escrito hasta la fecha y de cuantas escribiera en lo sucesivo, y recibía, en cambio, unas cuantas pesetas (de quinientas á dos mil quinientas, según la categoría del *interfecto*) y el compromiso del comprador de servir los papeles á las compañías

que lo solicitasen, por el precio y en las condiciones que á aquél se le antojase fijar.

Como consecuencia lógica de esto, en cuanto firmaron dos docenas de músicos de cartel, Fiscowich se apresuró á participar á los empresarios la grata nueva de que «se había acabado lo que daban», y que en lo sucesivo no toleraria, con el Código en la mano, que se colocara en los atriles un solo papel que no llevara su sello.

Las condiciones de alquiler eran las siguientes: quince pesetas diarias por treinta actos; cincuenta céntimos más por cada uno que pasara de los treinta; seis duros de prima si la zarzuelita era nueva, y otros seis duros si la empresa quería que se la enviaran pronto. Con esto y quinientas pesetas de fianza para responder de los desperfectos, todo estaba arreglado.

Los demás archiveros fueron hundiéndose poco á poco, y aquel derecho que, según los músicos, no valía nada, empezó á producir de veinte á veinticinco mil duros anuales, limpios de polvo y paja, y á dar como propina al comprador el dominio absoluto de los teatros de zarzuela chica y grande, puesto que tenía en su mano la primera materia.

Así y todo, el nuevo sistema significaba un progreso evidente. La máquina funcionaba mejor; en los almacenes había abundancia de materiales; el servicio se hacía con mayor rapidez y más cuidado; las compañías podían disponer de todas las obras, fuesen las que fuesen, y empezaron á cobrar derechos de representación los autores medianos, que en su vida las habían visto más gordas.

Me parece que todo lo dicho está claro también y al alcance de los niños rusos.

* * *

Bien, pues... por designio providencial, Chapí tiene un carácter altivo, tenaz, independiente, enérgico y firme. De no haberle hecho Dios de esa manera, los herederos y derecho habientes de don Florencio Fiscowich y Díaz de Antoñana serían los árbitros y señores del teatro lírico nacional por los siglos de los siglos.

Á Chapí sólo, pues, se debe el gigantesco paso hacia adelante que ha dado la propiedad dramática en estos últimos años y la emancipación completa de cuantos escriben obras teatrales. Y ya se conoce en que no le puede ver casi ninguno y en que no le han arrastrado á estas fechas por milagro de Dios.

Porque el autor de *La Tempestad*, con un valor sin ejemplo, no sólo se negó siempre á firmar el contrato con Fiscowich, resistiendo tentadoras proposiciones, sino que se atrevió á fundar un archivo musical, tomando como base sus propias obras, y á ponerlo enfrente del otro.

Cualquiera hubiera sucumbido en la empresa á las primeras de cambio, pero á Chapí le ayudaron poderosamente su talento portentoso y su fecundidad inagotable.

Gracias á ellos pudo sostener aquella lucha homérica de seis años, solo, enfrente de medio mundo, con los teatros cerrados para sus obras, con la animosidad inexplicable de sus compañeros que se conjuraban para aislarle, y viendo que cuantos cuervos criaba le sacaban los ojos y cuantos músicos noveles salían á luz, gracias á su ayuda, corrían á visitar á Fiscowich en cuanto estrenaban una obra, para venderle la primogenitura por el susodicho plato de lentejas.

Pero de este hombre excepcional, altruista hasta la exageración y dispuesto siempre al sacrificio para

la realización de una idea, tengo que hablar largo y tendido en alguno ó algunos capítulos más adelante.

Baste por hoy decir que, con la ruda competencia de archivos bufaban los libretistas, metidos en



D. Ruperto Chapí.

batalla sin comerlo ni beberlo, trinaban los actores diciendo que no vivían ni pelechaban á gusto, y los empresarios no podían disponer de todo el repertorio si no pagaban, por lo menos, seis duros diarios de alquiler de materiales y dejaban mil pesetas de fianza.

*
* *

Y ésta era la situación de las casas editoriales, explicada en el capítulo anterior, y la de los archivos musicales, definida en el presente; es decir, la situación del teatro en España cuando, á fines de 1898, el maestro Torregrosa me detuvo un día en la calle y me dijo:

—¿Qué hace usted ahora?

—Nada; desde que dejé el *Madrid Cómico*, que me ha tenido con los nervios de punta durante quince años, he caído en el aplanamiento y me aburro soberanamente.

—Pues ya tiene usted distracción, si le da la gana.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Hemos pensado hacerle á usted socio, y luego nombrarle secretario de la Junta directiva, en la Asociación Lírico-Dramática.

—Y eso ¿qué es?

—Pues .. una reunión de autores y músicos para defender nuestros derechos.

—¡Caray! Si yo no soy músico, ni autor, ni tengo derechos que defender...

—No importa. Allí andan por el aire algunas ideas, y necesitamos uno que no tenga nada que hacer para que nos empuje un poco.

—¿Ideas? Pues yo, como casi profano en el asunto, no tengo más que una; pero... ¡mire usted qué demonio! sólo con la condición de llevarla á la práctica entraría en eso de la defensa que usted dice.

—¿Cuál es la idea?

—Muy sencilla: la supresión de los intermediarios.

—¿Eh?

—Sí, señor, sí; la destrucción de las casas editoriales existentes, para que las obras sean adminis-

tradas directamente por sus dueños, y la fusión de los archivos musicales, para constituir un archivo único... que sea también de propiedad exclusiva de los autores mismos.

Calló Torregrosa, pensando, sin duda, en las deudas de casi todos los compañeros, en los millares de obras vendidas, en los contratos de cesión de derechos... Me miró luego con asombro indescriptible, como si le hubiera propuesto trasladar la Giralda á la Puerta del Sol, rompió de pronto á reir á carcajadas... y me dejó con la palabra en la boca.

Bien mirado, hizo bien. La realización de aquel plan, expuesto en cuatro palabras, era absolutamente imposible.

CAPITULO VIII

La Sociedad de Autores.

Tengamos todos un poco de paciencia. Todavía estamos á cien leguas del estreno de *Doloretes*, pero aquí no se engaña á nadie. Ya advertí que necesitaba atar muchos cabos para demostrar su importancia, que el camino era fastidioso y largo, y que el que quisiera seguirme que me siguiera, que más pasó Cristo por nosotros.

El lector que, sin otra molestia que la de aguantar mi estilo vulgar y pedestre, se fatigare de andar por estos senderos, al parecer muy separados de la carretera principal, tenga en cuenta que yo ¡ay de mí! los recorrí de veras, entre ahogos y sudores de muerte, á pie y sobre guijarros puntiagudos, para encontrarme con la cruz al término del viaje. No con la de Isabel la Católica, que sirve para darse tono, sino con la otra, la grande, la verdadera, la de Jesús Nuestro Señor, que está sentado á la diestra de Dios Padre.

Digo esto porque estoy viendo que, al leer el título «que encabeza estas líneas», la gente se me va

á echar atrás, presintiendo un verdadero alud de cuartillas, *plagadas* de observaciones, cálculos, documentos, anécdotas, cuentos y chismes .. Pero ¿por qué vamos á andar con embelecos, engañifas y paños calientes? ¡Sí, señores, sí! ¡Eso es lo que se les viene á ustedes encima! Se lo aviso con una franqueza audaz y peligrosa. . y el que quiera picar, que pique.

Y advierto también que en este capítulo voy á tratar de tres sociedades distintas que, por la semejanza de sus fines, pueden ocasionar confusión á los profanos en la materia que no se fijen bien para distinguirlas y no pongan en lo que voy á decir los cinco sentidos.

Ellas son: la Asociación Lírico-Dramática, la Sociedad de Autores, Compositores y Editores de música, y la Sociedad de Autores Españoles. Las dos primeras, muertas á su debido tiempo, fueron algo así como el padre y la madre de la última, que nació completa, fuerte y robusta, y ahora está, como si dijéramos, en el período de la dentición. ¡Sáquela Dios de él con toda felicidad, como se lo pido en mis cortas oraciones!

Y hechas estas leves advertencias, absolutamente precisas, digamos como los pescadores al cruzar la barra: «¡Jesús, y adentro!»

*
* *

La Sociedad de Autores, Compositores y Editores de música se fundó en 1892 con un capital de 15.000 pesetas en acciones nominativas de á 100.

Tenía por objeto, en combinación con la francesa del *Petit Droit*, cobrar los derechos correspondientes por la ejecución de piezas musicales en conciertos, cafés, plazas de toros, reuniones públi-

cas... en fin, en todas partes donde se tocara algo. Por lo cual, y para no confundirla con las Administraciones de los derechos de representación, se la denominaba, como en Francia, del *Pequeño Derecho.*

Las 150 acciones estaban repartidas entre los editores de música para canto y piano, los representantes de las casas editoriales citados en otros capítulos, y algunos, pocos, músicos y autores. No hay que decir que D. Florencio Fiscowich poseía el mayor número, y como, según los estatutos, éstos no podían va-

D Vital Aza.
Primer presidente de la Sociedad de Autores españoles.

riarse si en la Junta general convocada al efecto no estaban representadas las dos terceras partes del capital, sin la presencia del Sr. Fiscowich era imposible la más leve reforma.

Hago constar esto, que al parecer no conduce á nada, porque si D. Florencio se hubiera abstenido de acudir á una reunión verificada el 16 de Mayo de 1896, no hubiera podido aprobarse, contra su voluntad, ni tener fuerza legal la base adicional siguiente:

« Esta Sociedad podrá encargarse del cobro de los derechos de representación de las obras dramáticas ó lírico-dramáticas completas de los socios ó asociados que la confíen su administración. »

Idea de Chapí, que con clarividencia asombrosa comprendió que en ella estaría en lo porvenir la transformación completa del sistema administrativo, la tal base durmió tranquila en los estatutos hasta que, picado por la carcajada burlona de Torregrosa, y resuelto á dar cima á aquel plan que parecía absurdo, llegué yo á despertarla.



Efectivamente, hiciéronme secretario de la Asociación Lírico-Dramática, otra entidad muy respetable... que no servía para nada absolutamente. Formáronla algunos autores por la necesidad de reunirse algunas veces para la alteración de tarifas, prohibición de repertorio por falta de pago y cosas por el estilo; pero como no administraba directamente, las órdenes de la Junta eran obedecidas ó no por las casas editoriales, y todo se reducía al cambio de comunicaciones muy atentas y de besalamanos empapados en almíbar, sobre motivos fútiles y de poca monta.

Al primer *oficio* que tuve el honor de redactar como secretario, en términos un poco más secos que los usuales, los editores hicieron oídos de mercader. y en vista de que la debilidad de la Asociación era patente, todos los socios firmaron sendas cartas para sus editores respectivos, participándoles que delegaban en la Junta sus derechos y, por consiguiente, que debían hacernos caso.

Pero ¡ay! aquel rasgo de energía

> «fué como el heno: á la mañana, verde;
> seco á la tarde.»

Y á los tres días de remitidas á su destino las primeras cartas, empezaron á venir otras, firmadas por autores renombrados. en que nos comunicaban que lo habían pensado mejor; que su administrador único era el señor Tal ó Cual; que por lo tanto retiraban guapamente su firma anterior, y que la Junta podía irse á escardar cebollinos, si lo tenía por conveniente.

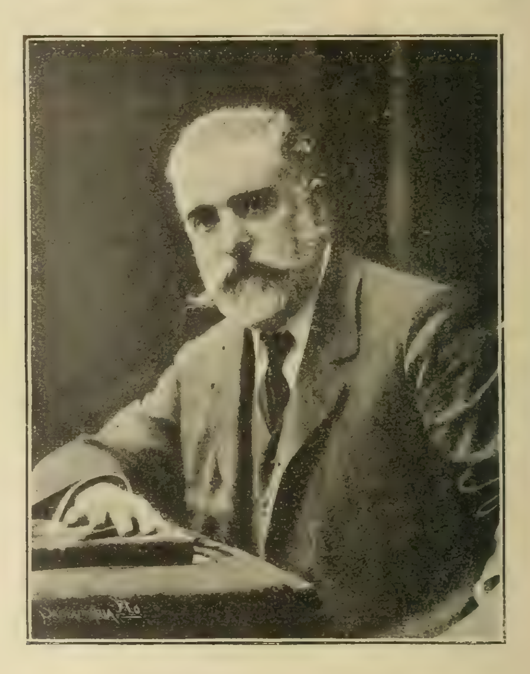
Convencido de que por allí no íbamos á ninguna parte. me decidí á echar por la calle de en medio, y de pronto sorprendí á la directiva del *Pequeño Derecho* con una solicitud, fechada el 24 de Abril de 1899, en que decía:

«Creo llegado el momento de que los autores dramáticos administren sus obras por sí mismos. porque la supresión de intermediarios puede servir de base á la prosperidad y á la independencia de la clase.

»Resuelto estoy á intentar la prueba, siendo el primero que utilice los elementos de que esa Sociedad dispone, arrostrando las contingencias y salvando los obstáculos que pudieran surgir, con objeto de servir de ejemplo á los demás. ¡Ojalá

obtenga buen éxito y todos mis compañeros me sigan, más tarde ó más temprano!

Por lo tanto, deseo que esa Sociedad se encargue de la administración de mis obras desde



D. Miguel Ramos Carrión.

1.º de Junio próximo, y ateniéndome á la base 5.ª adicional de los estatutos lo pido en forma, para que la Junta directiva acuerde lo que proceda y se sirva indicarme condiciones, que estoy dispuesto á aceptar desde luego, fuesen las que fuesen.»

El 27 del mismo mes recibí respuesta aceptando el encargo y felicitándome «por mi gallarda iniciativa (híspete, pavo), más transcendental de lo que á primera vista pudiera parecer.»

Firmaban la comunicación D. Ruperto Chapí como presidente y D. Eusebio Sierra como secretario, y excuso decir que conservo como oro en paño el papel y que no le he puesto marco dorado porque no digan...

Avisé á mis editores que me dieran de baja, se imprimió mi catálogo en un santiamén, y desde el 1.º de Junio los quinientos corresponsales del *Pequeño Derecho*, hartos de andar á bofetadas con los dueños de cafés-conciertos para cobrar una futesa y previendo un porvenir de color de rosa, empezaron á atisbar como tigres á las compañías que caían por sus dominios, á ver si por casualidad representaban una obra mía, que casualidad grande tenía que ser, entonces y ahora.

Hoy todos los autores dramáticos y compositores de música constituyen una sola agrupación poderosa y libre, administran sus obras, mandan directamente en lo suyo, exigen y tumban Juntas directivas, discursean y gritan á pleno pulmón, usando de una soberanía sin trabas como y cuando se les antoja... y lo primero que han hecho ha sido olvidarse de aquello de «la iniciativa gallarda», porque ven, á través del tiempo, la sencillez candorosa del acto.

Sencillo fué, en efecto... pero allí se estaba, durmiendo durante tres años en los estatutos, la dichosa base 5.ª adicional, sin que se atreviera á aprovecharla ningún alma nacida.

*
* *

Durante un mes estuve solo.

Mi recaudación en Madrid, provincias y extranjero ascendió á 39 pesetas, según comprobante. Pero ¿qué se le iba á hacer? Estoy seguro de que no dieron más de sí mis obras.

Yo esperaba que, andando el tiempo, algunos



Casa de la calle del Florín, núm. 8, en cuyo piso bajo, izquierda, se fundó la Sociedad de Autores.

atrevidos vendrían á colocarse á mi lado, y con esta esperanza aguanté estoicamente burlas donosas y cuchufletas chispeantes en cafés, escenarios y saloncillos. ¡Todos mis conocidos, chicos y grandes, se creían obligados á tomar mi determinación á chacota!

Y hete que un hecho casual vino á precipitar los acontecimientos.

Un autor distinguido á quien había negado una casa editorial un pequeño anticipo á cuenta del trimestre, se presentó una tarde, cariacontecido y apurado, en las modestísimas oficinas del *Pequeño Derecho* (Florín, 8, bajo), donde solían acudir algunos amigos.

Su queja produjo al principio sosegados comentarios, que fueron convirtiéndose en protestas airadas; subióse la sangre á las cabezas, y enardeciéndose los ánimos más de la marca, acabaron por acordar los allí reunidos que aquello no se podía tolerar (aunque antes había ocurrido un millón de veces) y que era preciso castigar á aquel editor que negaba la sal y el agua á una pobre víctima. ¿Cómo? Dándose todos de baja simultáneamente, y encargando á otra casa editorial la administración de sus obras. Y calándose los sombreros, se lanzaron rápidamente hacia la puerta.

Ya estaban en la calle cuando Chapí, que iba á la cabeza del grupo, tuvo una ráfaga de inspiración benéfica, y olfateando una lucha próxima, titánica y noble, alzó el brazo para contener la marcha de los demás, y dijo:

—¡Esperad! ¿Qué se adelanta con salir de un editor para entrar en otro? ¿Por qué no nos quedamos aquí con Sinesio?

Cayeron las palabras sobre las frentes ardorosas como lluvia de Mayo, y convinieron todos allí mismo en constituir una Sociedad nueva que había de ser administrada por la del *Pequeño Derecho.*

De prisa y corriendo se redactaron los estatutos, se buscó dinero debajo de la tierra ó se inventaron combinaciones para salvar á aquellos de los presentes que debían algo á las casas edito-

riales, se habló á cuantos podían aceptar las bases acordadas, y el día 16 de Junio de 1899 los señores D. Vital Aza, D. Miguel Ramos Carrión, don Ruperto Chapí, D. José Francos Rodríguez, don Tomás López Torregrosa, D. Carlos Arniches, don Joaquín Valverde y Sanjuán, D. José López Silva, D. Eugenio Sellés, D. Eusebio Sierra y el que esto escribe, reunidos ante el notario D. Antonio Turón, constituyeron y fundaron la *Sociedad de Autores Españoles*, llamada á los más altos destinos, en sustitución de la Asociación Lírico-Dramática, que no era más que una amenísima conversación de Puerta de Tierra.

Uniéronse pronto á los fundadores Luceño, Bretón, los Quintero, Chueca y unos pocos más, y tomadas las posiciones, cargados los fusiles y desplegadas las guerrillas, empezó con ímpetu la terrible guerra de emboscadas, en que cien veces estuvo á punto de quedar deshecho aquel puñado de hombres de corazón que, para recabar la independencia de sus compañeros, se lanzó á una lucha desigual... contra los compañeros mismos.

Y punto y aparte, que ahora viene lo bueno.

CAPITULO IX

Negociaciones diplomáticas.

Firmar un compromiso ante un notario es la cosa más fácil del mundo teniendo cédula; cumplirlo después, sobre todo si trae aparejados trabajos y peligros, es harina de otro costal.

Pero los once fundadores de la *Sociedad de Autores Españoles* firmaron y cumplieron, aguantando á veces furiosos temporales. ¿Por qué? Porque tuvieron fe en la nobleza de sus propósitos y entusiasmo por la idea redentora que les animaba, y porque ninguno estaba contaminado de los miasmas del egoísmo, que vinieron después á emporcarlo todo.

Los asociados me enviaron prontamente la lista de sus obras; yo pasé unas cuantas horas ordenando aquello; velaron una noche los cajistas; el día 29 de Junio tenían todos los representantes en su poder el catálogo y las instrucciones, y los autores que habían recobrado su libertad pudieron irse á veranear tranquilamente, seguros de que el movimiento de la máquina administrativa no se interrumpiría ni un instante.

Quinito Valverde (un *currinche*) y yo (otro),

total, dos currinches, echamos sobre nuestros débiles hombros la tarea de la nueva organización, que había de servir para aumentar la recaudación de los genios inmortales en un sesenta por ciento. *Creamos* empleados, les enseñamos á entenderse con los corresponsales, á despachar las cartas, á distribuir los derechos y á hacer la liquidación mensual que los editores, aferrados á su trimestre, juzgaban imposible. La brega fué pesada y ruda, y en los dichosos meses de estío sudamos verdaderamente tinta.

Á Quinito, siquiera, le regaló la Junta, algunos meses más tarde, previo acuerdo solemne, un magnífico canastillo de Navidad, con flores, lazos, ricas viandas y vinos generosos. Á mí... ya verán ustedes las flores y las frutas que me reservaba el fiero destino. En fin, ello fué que Ramos Carrión, al volver en Octubre de su excursión á Asturias, me dijo:

—Mire usted, salí de aquí resignado al sacrificio de mis derechos de seis meses, tiempo que yo calculé necesario para meter esto en caja; pero cuando recibí en Gijón la liquidación de Julio y vi, no sólo que la recaudación superaba en mucho á la de igual mes de otros años, sinó que cobraba en pueblos de que no tenía la menor noticia, tuve el triunfo por seguro, porque la Providencia estaba de nuestra parte.

Este elogio indirecto, que D. Miguel trajo en los labios y los demás en el pensamiento seguramente, borró de un golpe el recuerdo de todas las fatigas pasadas y me animó á demostrar más tarde lo que es capaz de hacer un aldeano de Castilla, tozudo y machacón, que no se lanza á un empeño sin poner en él sus nervios y su sangre.

*
* *

Formábamos la Junta directiva (¡oh, aquella primera Junta directiva!) Aza, Chapí, Ramos Carrión, Arniches, Torregrosa, López Silva y este humilde criado de cuantos me leyeren.

La flamante Sociedad funcionaba de una manera muy sencilla: Cobraba á los autores el 8 por 100 de su recaudación de provincias, el 2 de la de Madrid y el 20 de la del extranjero, y pagaba el 5 por 100 á los representantes de provincias, el 15 á los del extranjero y el 2 del ingreso total á la sociedad del *Pequeño Derecho*, á cambio de la casa, la luz y los sueldos de empleados, que corrían de su cuenta.

De este modo ingresos y gastos venían á salir *ras con ras*, y cada autor obtenía un beneficio positivo, con relación á las casas editoriales, del 7 por 100 en provincias y el 5 en el extranjero, que no eran granos de anís y que, como primer paso, algo y aun algos representaban.

Los amigos que aún tenían puesta la argolla se reían de la administración al 8 por 100 y profetizaban una catástrofe financiera en el primer balance; pero ante la fuerza de los hechos cesaron las sonrisitas de conmiseración y acabaron por unírsenos casi todos los que no debían nada ó debían poco á los editores.

Hacían bien, porque la victoria era indudable. Al cabo de diez, de veinte, de cincuenta años, la evolución se habría hecho. Los autores actuales abandonarían á los editores en cuanto pudieran, y era de suponer que los que se dedicaran á la profesión en lo sucesivo preferirían la administración barata y la liquidación mensual, que en parte hacía innecesarios los anticipos, á la trimestral con su secuela inevitable de préstamos y venta de obras.

Pero el plazo era largo; lógicamente, ninguno de

nosotros vería realizado el plan, y, sobre todo, yo no podría cumplirme á mí mismo la palabra empeñada de unificar catálogos y archivos en manos de la Sociedad de Autores.



D. Joaquín Valverde y Sanjuan.

Veraneaban por entonces casi todos los individuos de la Junta y solamente quedábamos en el chicharrero de Madrid López Silva y yo. Las circunstancias eran favorables, porque las discusiones ocasionadas por la diversidad de criterio dificultan ó entorpecen las decisiones trascendentales

y rápidas; así es que, sin detenerme á meditar el asunto, dije una noche á mi compañero de Junta á la salida del teatro de Apolo:

—Oiga usted, mi amigo, mañana á las diez le espero en el café de la Montaña.

—¿Á las diez? ¿Va usted á madrugar tanto?

—No, señor; no madrugaré... porque no pienso acostarme. Tengo que madurar una idea diabólica para someterla á su aprobación mañana.

—¿Una idea? ¿Sobre qué?

—Ahora no le digo á usted más porque no está madura y porque así tengo la seguridad de que no faltará usted á la cita.

*
* *

Y no faltó. ¡Qué había de faltar! Pedimos dos copas de cualquier cosa para tomar ánimos, y reanudó López Silva la conversación en estos términos:

—Vamos á ver, ¿para qué nos reunimos aquí á estas horas?

—Porque tenemos que hacer una visita.

—¡Caramba! ¿Á quién?

—Á D. Florencio Fiscowich.

—¡Hombre! Nos recibirá con palmas seguramente, ahora que se le han despedido los Quintero para venirse con nosotros. Y ¿qué le vamos á decir?

—Cuatro palabras. Que nos dé su archivo.

—¡Bonita ocurrencia! Nos dará la contestación en menos de cuatro palabras.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Tirándonos por el balcón.

—Es probable. Pero ¿usted no cree que la dualidad de archivos musicales, sobre todo estando uno

de ellos en manos de Fiscowich, será siempre una rémora para la Sociedad de Autores?

—Sí, claro.

—¿Y que en cuanto haya uno solo, y lo administremos nosotros, y lo sirvamos con mayor rapidez y más barato, aumentarán las compañías de zarzuela?

—Es casi seguro.

—¿Y que con las compañías aumentará la recaudación y, por consiguiente, la riqueza general y podrá vivir del teatro mucha más gente?

—Sin remedio.

—Pues ¡qué diantre! todo eso vale la pena de que usted y yo corramos el riesgo de estrellarnos en los adoquines de la calle de las Pozas.

—No hay que hablar más. Choquemos las copas y andando.

Y chocamos y fuimos.

*
* *

La casa de vecindad en que Fiscowich tenía las oficinas, y donde yo penetraba por primera vez, era de un aspecto deplorable.

Entrábase á ella (y se entrará todavía si no la han tirado, como debieran) por un portaluco de mala muerte, que daba á un patinillo sucio del que salía un fuerte olor á cuadra ó establo. Cerca de la puerta del patinillo arrancaba la escalera, estrecha y desvencijada, por donde habían subido tantos escritores eminentes y tantos músicos famosos, á esperar, en un recibimiento destartalado y pobre, que su administrador se dignara recibirlos.

Ahora todos, músicos y escritores, son dueños de un palacio con escalera monumental, jardín espléndido y habitaciones regias, donde nadie puede

obligarles á hacer antesala, y muchos de ellos ¡oh dolor! sienten la nostalgia del mísero portal y del patinillo con olor á establo. ¡Eran verdaderamente muy dulces aquellas horas empleadas en derro-



D. José López Silva.

char ingenio para conmover el corazón de un hombre listo á quien había que sacar dinero á cuenta del trimestre!

Recibía D. Florencio en una amplia sala donde tenía su modesta mesa de despacho... y las de sus empleados todos. De manera que no había posibi-

lidad de decirle nada en secreto. Hasta en ese detalle revelaba su prodigiosa habilidad, porque si era difícil engañarle á solas, delante de gente tenía que ser imposible.

Cuando entramos los dos señores de la Junta, no pudo reprimir un gesto de contrariedad y una mirada de desconfianza. Nos tenía indudablemente por enemigos... Y bien sabe Dios que yo no lo fuí de Fiscowich ni entonces ni nunca. Siempre admiré su competencia para los negocios, reconocí su derecho y comprendí sus razones para tratar como trataba á músicos y danzantes. Pero él representaba lo perjudicial, lo viejo, la rutina... y contra todo esto y no contra la persona cerré, cuando llegó el caso, en nombre del progreso y de la prosperidad generales. El choque no fué de hombres, sino de ideas. Y por eso no sirvieron de nada el dinero, ni la influencia, ni las consideraciones de ninguna especie.

—Pues... ustedes dirán—añadió Fiscowich á los saludos de rúbrica.

—El caso es que... lo que tenemos que hablar es reservado,

—¡Ah! ¿sí? ¡No importa! Estos señores (por los empleados) son de mi absoluta confianza. Pueden ustedes decir lo que quieran como si estuviera yo solo.

—Pues al grano entonces. Usted sabrá que nos hemos reunido unos cuantos autores para administrar directamente nuestras obras.

—Sí, ya lo sé. Y es una idea feliz que me gusta mucho.

—Me alegro. Lo que acaso no sabrá usted es que, á pesar de ser pocos hasta ahora los asociados, su recaudación puede competir ya con la de la casa editorial más fuerte, con la de usted, por ejemplo.

—Sí, sí; también me han dicho algo.

—Lo creo que se lo habrán dicho. Bueno; pues esta Sociedad nuestra, á la que representamos en este momento, tiene un plan vastísimo que juzga beneficioso, pero para desarrollarle necesita encargarse del servicio de materiales de orquesta, y por tanto, quisiéramos quedarnos con el archivo musical de usted.

—¿Quedarse? ¿Qué es eso de quedarse?

—De buena manera, se entiende. Y venimos á que usted nos diga cómo puede hacerse eso.

—Pues no hay más que dos maneras lícitas: cediéndolo yo ó vendiéndolo. Ustedes comprenderán que lo de ceder... sería un poco fuerte; de modo que no queda más que un camino: la compra.

—¡Ah, pues eso es lo que queríamos saber! ¿Usted lo vendería?

—Hombre... según las condiciones. Si el trato me conviniera, ¿por qué no?

Fiscowich no decía la verdad entonces. No quería vender nada. Pero dueño de sí mismo y pasada la primera impresión que le produjo nuestra presencia, quiso proporcionarse el grato placer de la ironía, comprendiendo por nuestro pelaje que López Silva y yo no llevábamos *á bordo* más de cinco duros.

—Y ¿cuánto cree usted que podrá valer?—pregunté yo tímidamente.

—Es muy fácil echar la cuenta. En los almacenes habrá unos 20.000 materiales; á cien pesetas uno con otro..

—Son dos millones de pesetas.

—Justos.

—Pero eso es lo que han costado, no lo que valen. Más de la mitad pertenecen á obras que no se usan, y no representan capital de ninguna especie.

—Convenido; pero compensaremos esa depreciación con lo que representa el derecho exclusivo de reproducción de la música de casi todos los compositores que, como ustedes saben, me pertenece, y...



D. Carlos de Arroyo y Herrera.
Director gerente de la Sociedad de Autores desde su fundación hasta 1902.

—No; eso se lo pagaremos á usted en lo que dió por ello.

—Al revés; habrá que tasarlo en lo que vale ahora. ¿No dice usted que es el mejor procedimiento? *(Pausa engorrosa.)* Pero ustedes, ¿qué piensan hacer?

—El archivo único.

—Pues eso es muy fácil. Ya le he dicho yo muchas veces á D. Ruperto... (Fiscowich llamaba siempre á Chapí D. Ruperto.)

—Ya; ya sé lo que le ha dicho usted á D. Ruperto muchas veces. Que le venda el suyo, y así no queda más que un archivo en España. Pero eso no nos tiene cuenta.

—Pues entonces ya lo saben ustedes. Me traen ustedes dos millones de pesetas un día de éstos y se lo llevan ustedes todo.

Y dándonos unas palmaditas cariñosas en los hombros, nos despidió con una afabilidad extremada y se volvió á sus cuentas.

Al llegar al portaluco, López Silva me dijo:

—¿Lo ve usted? Tiempo perdido. Un ratito de pitorreo y á casa.

—¡Ca, hombre! Ahora es cuando vamos por buen camino.

—¿Sí? ¿También usted se chunguea?

—No, señor. Á Fiscowich se le ha escapado en broma la palabra de que está dispuesto á vender su archivo.

—¡Claro! En dos millones.

—Eso es lo que vale ahora, puesto que le produce 25.000 duros; pero... en nuestras manos está que valga menos.

—¿Cómo?

—Haciendo que no le produzca nada.

CAPITULO X

El ultimátum.

De que Fiscowich acabaría, más tarde ó más temprano, por vendernos su archivo en condiciones aceptables, no me cabía duda. La riqueza representada por el derecho exclusivo de reproducción de materiales de orquesta era efectivamente enorme; pero... se apoyaba en una base falsa. Si el capital de un hombre consiste únicamente en el trabajo de otro, deja de serlo en cuanto este otro no trabaja. Los músicos tenían el deber de entregar á Fiscowich cuantas partituras hicieren, pero no estaban obligados á hacerlas.

De modo que si se conseguía que los que habían de producir se cruzaran de brazos, los dos millones serían inmediatamente agua de cerrajas. La tarea era difícil, pero no la juzgaba yo entonces imposible, sobre todo haciendo ver á los interesados que de ese modo podían llegar al ideal de convertirse en únicos explotadores de sí mismos, indemnizando cumplidamente al capitalista, eso sí, pero supriméndole en absoluto.

Si los obreros de todas clases pudieran hacer otro tanto con tan pequeño esfuerzo, las condiciones económicas del mundo cambiarían de pronto, sin trastornos ni convulsiones...

Podía, pues, Fiscowich darse por vencido, pero



D. Serafín Alvarez Quintero.

aún quedaba un cabo suelto. De sobra conocía yo las ideas de Chapí; su generosidad me constaba de cierto; pero ¿qué combinación podía inventarse para destruir su archivo también, aquel archivo creado y sostenido á tanta costa y tendido como

cable salvador á los músicos que quisieran conservar su independencia?

En estas cavilaciones me sorprendió el propio D. Ruperto, que tornó á Madrid en pleno Agosto, traído sin duda por los hados, cuando no le esperaba nadie.

Su presencia fué el numen que me inspiró de pronto, como hace el numen siempre ¡Algo podía intentarse para lograr el fin apetecido sin apelar á recursos heroicos! Hablé, pues, á Chapí; le expuse en dos palabras mi plan, que aceptó en el acto, y contando con su aquiescencia, López Silva y yo volvimos á la calle de las Pozas.

Pero volvimos confiados y seguros de haber encontrado una solución que, armonizando todos los intereses, había de parecer de perlas á cuantos de ella dependían.

D. Florencio nos recibió muy afable; pero se dijo para su capote sin duda:

—Vaya, éstos tienen gana de conversación y no me van á dejar trabajar este verano.

Y añadió en voz alta:

—¡Qué! ¿Ya me traen ustedes los dos millones?

—¡Ay! no, señor; todavía no.

—Pues yo creí...

—Pero no perderá usted la visita, porque yo, particularmente, vengo á hacerle un regalo.

—¿Á mí? ¡Hombre! ¿Y qué es ello?

—Mil duros en oro.

Fiscowich dirigió una mirada interrogante á López Silva; pero las patillas se le antojaron otras dos interrogaciones, y me miró entonces á mí un poco duramente, como para advertirme que no toleraría bromas pesadas.

Le tranquilicé en seguida diciendo:

—No es broma, no, señor. ¡En oro contante y

sonante! ¿Recuerda usted que cuando yo intervine para hacer la paz entre la empresa de Apolo y Chapí, tuve que tratar con usted para suavizar cierto contrato que la impedía?

—Sí; y por cierto que accedí en el acto á la demanda.

—Cosa que yo le agradecí mucho, porque ayudó usted á resolver una crisis zarzuelera bastante grave. Bueno, pues entonces, hablando de los perjuicios que ocasionaba la guerra de archivos, porque Chapí, á pesar de ofrecerle una fortuna, rechazaba la fusión del de usted con el suyo, usted me ofreció mil duros en oro si yo lograba hacerla. ¿No es verdad?

—Sí, algo recuerdo; pero como usted comprende...

—Yo no comprendo más sino que ahora le traigo á usted hecha la fusión, que no le cuesta un cuarto, que va usted á ganar mucho con ella... y que renuncio á los mil duros de corretaje. Y le regalo á usted, además, el beneficio del cambio, que está á cuarenta.



Sospechó Fiscowich que la broma del oro era inocente y tolerable, comparada con la que traía al retortero, y tuvo que apelar á su exquisita educación para no indicarme con un ademán que por la puerta se iba á la calle. Pero á los cinco minutos se había convencido del escaso fundamento de la sospecha.

Porque la proposición era la siguiente:

D. Florencio tenía alquilados, á quince pesetas, veinticinco archivos, por término medio, los cuales, descontados los gastos, le producían sesenta

duros diarios, más bien más que menos. Chapí alquilaba generalmente doce, también á tres duros, que le daban un producto líquido de ciento cuarenta pesetas cada día. Y por lo tanto, el primero obtenía una ganancia anual de veintitantos mil



D. José Francos Rodríguez.

duros, y el segundo de diez mil y pico. Me parece que la cosa está clara y, además, ambos conservarán las cuentas, que no me dejarán mentir.

Pues bien, juntos los dos y administrados por una tercera persona ó entidad (la Sociedad de

Autores, naturalmente), que había de simplificar el servicio quitando trabas y expedientes, favoreciendo la formación de compañías, suprimiendo ó reduciendo mucho las fianzas, y persiguiendo con mayor facilidad ocultaciones y fraudes, era de suponer que el término medio de archivos alquilados diariamente á cuatro duros, había de ser, por lo menos, de treinta y cinco.

Y como de estas veinte pesetas quince recibiría Fiscowich y cinco Chapí, reducidos en la debida proporción los gastos, saldrían ganando todos: las empresas, porque podrían disponer del repertorio entero, ahorrándose cada día diez pesetas y las gabelas de fianza, obra nueva y pronto envío; Fiscowich, porque recibiría próximamente treinta mil duros anuales; Chapí, porque seguiría cobrando sus diez mil, ó algo más, sin quebraderos de cabeza; la Sociedad, porque apartando para sí el 10 por 100 del ingreso como administradora, podría rebajar el tanto de administración á los socios; y éstos, porque además de obtener el beneficio de ese tanto, aumentarían su recaudación por la mayor facilidad que se daba para la representación de sus obras.

Fiscowich, ante la claridad meridiana de estos cálculos, cuya exactitud conocía mejor que nadie, se quedó con la boca abierta y no encontró reparo alguno que poner. Únicamente dijo, por decir algo:

—Bueno, sí; está bien. Pero ¿y D. Ruperto...?

—D. Ruperto acepta desde luego, y con su licencia venimos.

—Sin embargo, sería conveniente que él me escribiera.

—No hace falta. Está en Madrid, y si usted quiere nos reunimos en la calle del Florín esta misma

tarde, para que la combinación empiece á dar sus frutos mañana.

—¡Hombre! Tanto como mañana...

—Bueno, mañana no, porque comprendo que es demasiado pronto. Pongamos dentro de ocho días.

*
* *

Celebróse la reunión, se estudiaron las bases, diéronse un abrazo, con lágrimas en los ojos, los dos irreconciliables enemigos, convinieron en cesar en los pleitos que entre sí tenían (siempre habían andado en eso), y Fiscowich prometió redactar la minuta del contrato en Fuenterrabía, para donde salía al día siguiente, remitírnosla para la aprobación y convidarnos después para firmarlo en San Sebastián... ¡Hasta tal punto había llegado su enternecimiento!

Pero ¡ay! en cuanto le oreó la fresca brisa de la playa, se le enfrió un poco el entusiasmo y penetró en su corazón la desconfianza. Una desconfianza que se explica fácilmente. ¡Demasiado conocía él á los autores dramáticos! Aquella Sociedad que iba á administrar su archivo, ¿duraría mucho tiempo? ¿No le echarían la zancadilla más temprano ó más tarde? ¡Nada! lo mejor era apelar al sistema moro de discusiones lentas y aplazamientos largos... Poco á poco se iría pasando el primer ímpetu, á los seis meses no se acordaría nadie del asunto y las cosas quedarían como estaban.

Lo cual hubiera sucedido probablemente si no estuviera yo en el mundo. Pero estaba, gracias á Dios, y como á falta de otras virtudes tengo la de la constancia rayana en terquedad, menudearon las cartas de recordatorio, y á las cartas sucedie-

ron los telegramas apremiantes. Todo ello obtenía siempre parecida respuesta: «El asunto era demasiado grave y había que meditarlo despacio. Calma, que todo se andaría...»

En estas y las otras se reunió en Madrid toda la



D. Tomás Bretón.

Junta, díla cuenta de nuestras gestiones, la expuse mi opinión, y con perfecta unanimidad acordaron los señores del margen que había que terminar aquello. ¿Cómo? ¡Ah! yo tenía mi plan, ¡el plan número cincuenta y tantos! que se podía poner en práctica.

Para no cansar, allá por Diciembre se envió á D. Florencio una atenta carta participándole que no estábamos para perder más tiempo, y que des-

de aquel instante mismo quedaban rotas las negociaciones y abiertas las hostilidades.

Seguramente no había acabado el destinatario de leer la comunicación, cuando sonaron los primeros tiros.

Y empezó la lucha

CAPITULO XI

La guerra de la independencia.

En el antiguo café de Madrid, que ya ha desaparecido del mapa, al terminar una comida de diez reales el cubierto, con tres platos á elegir, pan, vino y postre, quedó resuelto que Chapí cedía, vendía y traspasaba á perpetuidad á la Sociedad de Autores Españoles su archivo musical y el derecho exclusivo de reproducción de sus obras. ¿En qué precio? En el de cien mil pesetas pagaderas en cuatro plazos de veinticinco mil anuales, y el 5 por 100 del ingreso que la Sociedad obtuviera en lo sucesivo por alquiler de materiales.

Si se tiene en cuenta, y debe tenerse, que ambas cosas le producían diez mil duros al año, se verá claramente que Chapí entregaba á sus compañeros una propiedad que tanto trabajo le había costado defender, considerándose pagado en cuatro anualidades con la mitad de la renta. El 5 por 100 llegaría á representar, cuando el plan se realizase por completo, diez ó doce mil pesetas al año; y aun eso, que era el pan de sus hijos, lo cedió más tar-

de, á la primera indicación, en condiciones increibles.

Añádase á esto que, por lo que daba á la Sociedad en veinte mil duros, Fiscowich había llegado á ofrecerle dos millones de reales, ó seis mil duros de renta, á escoger, y se comprenderá la enormidad del sacrificio que D. Ruperto hizo entonces sin pestañear y con la sonrisa en los labios.

Varios apreciables sujetos, incapaces de cometer calaveradas de esa especie, y que no sólo no han perdido por la Sociedad un minuto de su vida ni un céntimo de su bolsillo, sino que, gracias á tan generoso arranque, han obtenido de ella ventajas grandísimas, han dicho después, no tan bajo que no pudiera oírseles, que aquello fué un buen negocio... ¡El mismo que haría el dueño de la casa de Fornos vendiendo su finca, á pagar en cuatro años, con la mitad de lo que le producen los alquileres! No podía ser más redondo.

¡Vive Dios, que si lo hubiéramos sabido antes no damos un paso! Y á estas fechas Chapí tendría sus dos millones, ó se los habría comido si tenía gana, y el 90 por 100 de los autores seguirían administrados al 15 y entrampados hasta los ojos...



Pero, en fin, ello se hizo así, y la Sociedad contó desde entonces con un poderoso elemento de combate.

Se envió una circular á las compañías ofreciendo nuestro archivo por diez pesetas diarias, sin limitación de número de obras y, por consiguiente, quedó entablada la competencia. Sin embargo, ese no era más que el primer golpe. Claro está que los empresarios podían adquirir por cinco duros lo

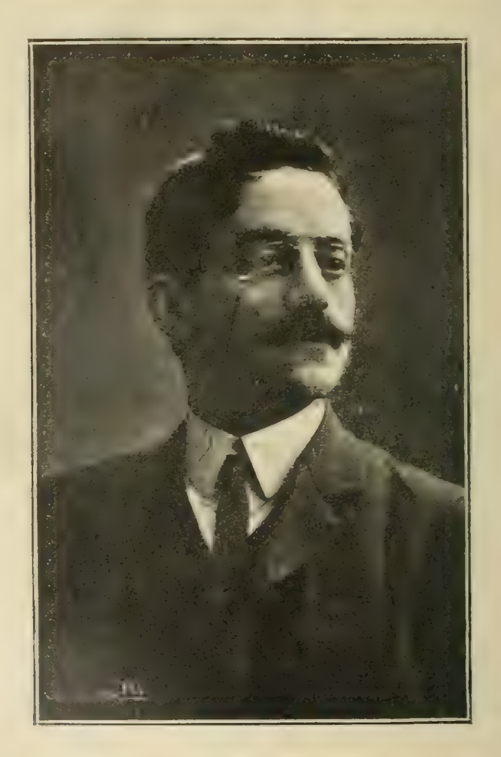
que antes les costaba seis, pero ¿qué adelantábamos con eso? El objeto era que algún día pudiesen prescindir del archivo de Fiscowich en absoluto, para lo cual era preciso aumentar rápidamente el catálogo del nuestro, y aumentarle con obras de los mismos músicos comprometidos por los contratos. A primera vista, esto parecía imposible; sin embargo, resultó de una facilidad encantadora.

Véase cómo:

Á los que estaban obligados á no permitir que nadie más que D. Florencio copiase su música, nada les impedía colaborar con quien les diese la gana. Este cabo quedó suelto en los susodichos contratos, porque nada hay perfecto en el mundo, y á él nos asimos como tabla de salvación. ¿Qué inconveniente habría para que un compositor comprometido hiciese en adelante todas sus obras en colaboración con otro libre? Ninguno. Y siendo indivisible el trabajo é iguales los derechos de ambos colaboradores, Fiscowich podría copiar y alquilar la música de los que con él habían contratado, pero la Sociedad haría lo mismo con la de los que á ella pertenecían. Y poco á poco ambos archivos irían igualando sus fuerzas, hasta que las empresas eligieran, naturalmente, el más barato. Como se ve, la idea parece diabólica, y sin embargo, es inocente y sencilla como una codorniz.

Toda la dificultad se reducía á encontrar músicos noveles, capaces de arrostrar todos los peligros y resistir todas las tentaciones, y Chapí, que conocía el paño, presentó dos: D. Manuel Quislant y D. Tomás Barrera. Ambos, especialmente el último, como se verá más adelante, se portaron con verdadero heroísmo, y á ellos se debió el triunfo completo un poco más tarde. Porque el

plan empezó á ponerse en práctica en seguida, y se dió la primera batalla en el teatro Romea, con el estreno, por la compañía Prado-Chicote, de *La*



D. Tomás Barrera.

señora capitana, letra de Jackson y música de Barrera y Valverde, hijo. Cinco días después de la primera representación, treinta y tantos materiales completos, reproducidos en un abrir y cerrar

de ojos por medio de la litografía, habían llegado á las empresas de provincias, remitidos por la Sociedad de Autores. En la copistería de Fiscowich no habían concluído aún el primero.

D. Florencio vió el peligro y acudió á él como un rayo; pero acudió de mala manera: llevando á los Tribunales á Quinito para exigirle el cumplimiento del contrato. Dióme Valverde un poder en regla, y en su nombre acudí al juicio de conciliación, pertrechado con todas mis razones: «¡Señor! ¡Si aquí no se ha faltado á lo convenido! ¡Si Quinito lo cumple entregando su partitura para que saquen copias! Lo que no puede evitar es que su colaborador haga lo mismo en otra parte».

Nada; no hubo avenencia, y el asunto pasó al Juzgado de primera instancia y á la Audiencia después. En ambos sitios quedamos en lo que teníamos que quedar: en que Fiscowich copiaría y alquilaría los materiales de *La señora capitana*, pero también los podríamos copiar y alquilar nosotros, autorizados por Barrera.

El golpe era de muerte... y el enemigo izó en seguida bandera de parlamento.

Para pactar la paz nos reunimos en casa del maestro Bretón: D. Florencio en representación propia, Ramos Carrión y yo en la de la Sociedad, y los maestros Bretón y Nieto como amigables componedores.

Hablamos todos durante tres horas, se hicieron cálculos, se echaron cuentas, se agotaron los argumentos... y, cuando volvimos á la calle del Florín los comisionados, tuvimos que decir á los señores que esperaban ansiosos el resultado de la conferencia:

—Nada. Hemos tomado una trinchera, puesto que Fiscowich rebaja la mitad del precio; pero to-

davía no podemos transigir. Pide un millón de pesetas al contado.

Torregrosa, harto ya de dilaciones, pleitos, viajes y zarandajas, exclamó con un ademán magnífico:

—¿Un millón de pesetas? ¡Dárselo y acabemos de una vez!

Pero Sánchez Pastor añadió irónicamente:

—Hombre, sí; darle el millón en seguida. Por lo visto, el amigo Torregrosa lo tiene en el bolsillo.

* * *

No; ni lo tenía Torregrosa, ni lo tenía nadie, ni lo podríamos encontrar detrás de la esquina, por lo cual era necesario seguir la pelea apretando las clavijas un poco.

Y para eso, para apretarlas, nacieron entre el papel pautado, como Venus entre la espuma de las olas, dos apreciables seudónimos: los maestros *Montero* y *Montesinos*, de fausta memoria. Tras ambas caretas se ocultaban los propios Barrera y Quislant, que de esa manera, siendo dos parecían cuatro, y acabaron por parecer cuatrocientos

La razón de su nacimiento fué la siguiente: convenía, claro está, que las dos columnas firmísimas de la Sociedad siguieran colaborando con cuantos músicos comprometidos pudiesen, pero eso era ir á pie y nosotros queríamos avanzar en tren expreso. Se necesitaba, además, que escribieran muchas obras solos... pero desgraciadamente ni Quislant ni Barrera tenían nombre *de cartel*, y el público se paga mucho de esas cosas...

La firma con seudónimo tenía dos ventajas: primera, que siendo libres Barrera y Quislant, Fisco-

wich no podría copiar ni servir sus obras, y su catálogo no iría ya á la par que el nuestro; y segunda: que el público sería muy dueño de suponer que detrás de Montero estaba Beethoven y detrás de Montesinos Meyerbeer, en vez de los verdaderos modestos autores, con lo cual no perdían, sino que ganaban importancia los estrenos.



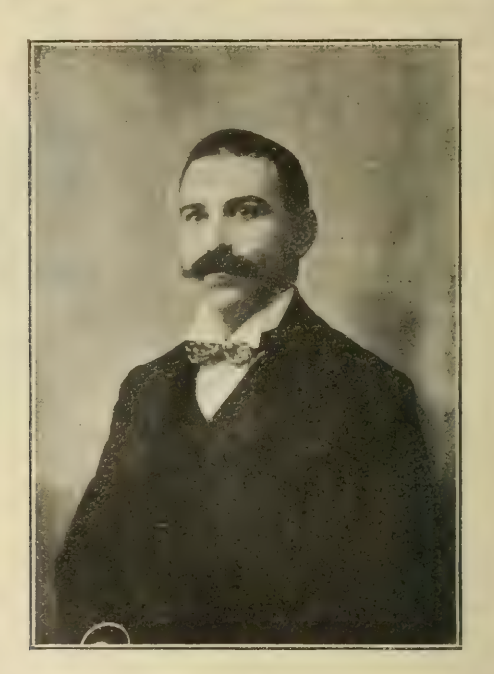
D. Tomás L. Torregrosa

Lo malo fué que Fiscowich empezó á sospechar infundadamente lo mismo que podía suponer el público y, ni corto ni perezoso, reunió datos, buscó testigos suficientes para la prueba de indicios y pidió al Juzgado que incoara procedimiento criminal por estafa contra los Sres. Valverde, Torregrosa, Lleó, Calleja y Vives, que él se figuraba ser los legítimos y auténticos Montero y Montesinos.

Admitió la denuncia el juez del distrito de Buenavista, y empezaron los amargos y crueles días de las declaraciones Como los estrenos menudeaban que era un gusto, libretistas y músicos acabaron por perder la cabeza y no saber á ciencia cierta cuáles obras eran de Barrera, cuáles de Quislant, cuáles de Montesinos, cuáles de Montero y cuáles de todos juntos...

Acudimos á declarar en favor de los procesados los libretistas de las obras en litigio, y á *deponer* en contra, con la frescura del mundo, empresarios, avisadores, partes de por medio y hasta compañeros y amigos de los reos presuntos, que se veían en semejante trance precisamente por hacer un favor á los testigos de cargo.

Larga y difícil fué la prueba, porque una palabra obscura, un olvido, una equivocación leve, podían traer malas consecuencias para las cinco víctimas, y, por otro lado, el miedo á la influencia de



D. Manuel Quislant.

Fiscowich hacía que se acumularan en contra, aun sin querer los declarantes, cargos indecisos, borrosos, pero muchos...

Una tarde, cuando menos se podía esperar, se presentaron el Juzgado y D. Florencio en las oficinas de la calle del Florín. Iban á ver los libros,

los recibos, las liquidaciones... á comprobar, en fin, en los documentos oficiales si cobraban ó no cobraban sus derechos Montero y Montesinos. Pero todo estaba en regla, ¿no había de estarlo? y la visita sólo sirvió para que se acaloraran los presentes y para que Vital Aza, que á ratos tiene malas pulgas, olvidando que se hallaba en presencia de la justicia, estuviese á dos dedos de ir á la cárcel por decir cuatro frescas al escribano.

*
* *

Por aquellos días tuve una entrevista (¡otra!) con Fiscowich. Citóme en el Circulo de la Unión Mercantil (terreno neutral); hablamos largamente á solas. y la conversación puede reducirse á estos términos:

Él.—Vamos á ver: ¿á qué viene esto? ¿Por qué es ese odio? ¿Qué objeto tiene esta campaña, que á todos ocasiona tales trastornos y perjuicios? ¿Qué daño le he hecho á usted en mi vida?

Yo.—Ninguno; ni yo pretendo hacérselo á usted tampoco. Aquí no hay odio ni animadversión personal de ninguna especie. No hay más sino que los autores dramáticos están haciendo ahora lo que todos los obreros del mundo: quieren acabar con el capital para explotarse á sí mismos. Los obreros tardarán acaso algunos siglos en llegar al fin; nosotros. . debemos tardar algo menos, porque para eso somos intelectuales. Si somos vencidos, ya sabemos lo que nos espera; si vencemos... usted se convencerá de que es noble la idea que nos guía.

Y esto fué todo. También di á los compañeros cuenta detallada de la conferencia, y también su inutilidad sirvió para levantar de cascos á la gente más de lo que estaba.

Pero no fué eso lo peor. Lo peor fué que para extender el campo de la lucha, para hacer más temible el choque final que á desmesurados pasos se acercaba, surgió entonces lo inesperado, lo absurdo, lo increíble...

CAPITULO XII

La batalla.

Y lo increíble, lo absurdo, lo inesperado fué..., que ya no tuvimos enfrente á Fiscowich solo.

Se unió á él, con el propósito deliberado de convertirnos en polvo menudo, la flor y nata de los autores amarrados al yugo de las casas editoriales. Fué aquél un inexplicable «¡vivan las *caenas!*» lanzado pública y solemnemente por las personalidades más ilustres del arte teatral, que con ese hecho acreditaron su abolengo de pura raza española.

Ha pasado el tiempo, que suele dar la explicación de las cosas; ha venido la calma, que limpia de telarañas el cerebro, y aún no he podido entender la razón de que tantos hombres de talento acudieran, de buena fe, sin duda, á defender con su prestigio las fortalezas del abuso y de la rutina, que nosotros tratábamos de asaltar para libertarlos. La Sociedad de Autores intentaba llevar á cabo una obra beneficiosa y grande; los que se oponían á su avance, ¿qué se proponían? ¡Jamás podrá saberse!

Y, desgraciadamente, no se trataba de renacuajos. Á la primera reunión, verificada en el teatro de la Zarzuela el 12 de Junio de 1900 para constituir la Asociación de Autores, compositores y propietarios de obras teatrales, asistió mucha gente de pro, se derrochó el ingenio prediciendo nuestra derrota, que era la suya, con la alegría propia del caso, y quedó nombrada la Junta directiva, dividida en dos partes para mayor gala.

¿Ustedes creen que formaron esta junta Juan, Pedro, Diego, etc.? Pues no, señores; la constituyeron los autores y músicos que á continuación se expresan:

Consejo de honor: D. Benito Pérez Galdós, D. Eusebio Blasco, D. Gaspar Núñez de Arce, D. José Echegaray, D. Luis Mariano de Larra, D. Manuel del Palacio y D. Manuel Fernández Caballero.

Comisión ejecutiva: D. Antonio Vives, D. Carlos Fernández Shaw, D. Jerónimo Jiménez, D. Julián Romea, D. Mauricio Gullón, D. Manuel Nieto, don Miguel Echegaray y D. Miguel de Palacios.

Esa lista de nombres, comparada con la de los relativamente modestos que figuraban en la Sociedad de Autores, dará idea de la importancia del obstáculo que se alzaba delante de nosotros.

Los fines declarados de la flamante agrupación, que dimos en llamar la *Contrasociedad* desde entonces, se reducían á la defensa, vaga y confusa, de los intereses generales, y á la fundación de un Montepío y de un Boletín. Por milagro no se acordó también costear á los socios féretro y exequias, que es lo primero en que piensan los españoles cuando se reunen para redactar estatutos.

El lema de la Contrasociedad era éste: *Unidos y libres*, y en él se revela el espíritu humorístico y burlón de la raza. Porque unidos... había que

verlo, y libres... ¿de qué estaban libres? Lo primero que hicieron fué nombrar gerentes administrativos, ¡*inamovibles*! ¡á Fiscowich y á los Hijos de Hidalgo!

D. Florencio, verdadero y único maese Pedro de aquel retablo, cometió dos imprudencias temerarias: habló de Montepío dejando las deudas en pie y en disposición de crecer como la espuma, y pidió dinero á los autores para sostener la Sociedad, en lugar de dárselo. Por ambas equivocaciones el Consejo de honor, que no llegó á funcionar, el Boletín, que no empezó á publicarse, y el Montepío, que fué pura broma, se vinieron abajo al primer soplo, como se verá más adelante. Pero entre tanto sirvieron para enardecer los ánimos, encender las pasiones, sembrar odios africanos entre compañeros de profesión que jamás debieron chocar unos con otros, y prolongar durante un año una lucha sin cuartel que hubiera llegado á producir una hecatombe á no haberse estrenado tan á tiempo *Doloretes*...

*
* *

Fiscowich no se fiaba mucho de la eficacia de sus huestes, con ser tan brillantes y lucidas, y mientras procuraba caldearlas con el fuego de la indignación, no descuidaba la causa criminal por estafa contra los cinco imaginarios malsines que entregaban, según él, sus obras al abismo insondable del seudónimo, y tenía secretamente con nosotros frecuentes conferencias para buscar algún arreglo.

Claro está que éste, si llegara, habría de ser tanto más ventajoso para él cuanto mejores fuesen las posiciones que ocupara, y he ahí por qué la

Contrasociedad hacía, sin saberlo, armas contra sí misma.

Arniches, López Silva y yo fuimos en comisión á visitar á D. Florencio en su nueva casa de la calle Ancha de San Bernardo y á ofrecerle por su archivo 750.000 pesetas, pagaderas en diez años, con un interés del 10 por 100.



D. Rafael Calleja.

Aceptó la proposición en un principio (como se ve, la tasación iba bajando lenta, pero continuamente), y no cuajó la idea porque D. Florencio puso por condición que había de administrar él su archivo y el nuestro hasta el completo pago de la cantidad estipulada, cosa que rechazamos en redondo.

Y fracasada esta tentativa, yo le expuse en los siguientes términos otro plan que llevábamos á prevención, porque planes no faltaban nunca:

—Usted nos entrega ahora mismo 30.000 duros de prima y 10.000 más cada año durante diez, al cabo de los cuales nos cederá la propiedad en

absoluto, y en cambio recibe íntegros los productos de los dos archivos musicales unidos. ¿Hace?

¡Qué había de hacer! Fiscowich no comprendió que la combinación le produciría en los diez años 2 millones de pesetas, de los cuales no tendría que entregar á la Sociedad más que 650.000, y por no detenerse á examinar el fondo de la proposición, contestó con una mirada que era una oda, pensó que aquello de invitarle á que vendiera su archivo, dando dinero encima, era una burla sangrienta, y... no nos dió de coscorrones porque éramos tres contra uno y estábamos en su casa.

La discusión, agriada por este incidente, tuvo que oir. Fiscowich es buen orador y muy aficionado á comparaciones y símiles; pero Arniches no le va en zaga en ambas cualidades, y los discursos fueron breves, pero sustanciosos.

—¡Esto es intolerable!—decía D. Florencio.—Yo he edificado una casa á costa de muchas fatigas, y ustedes, hoy un ladrillo, mañana otro, se me van llevando todas las paredes maestras.

—Porque esos ladrillos—contestaba Arniches—no eran de usted, sino de los autores, y en cuanto cada uno coja el suyo, se quedará usted con el solar limpio y lirondo.

—Pero ¡si ni el solar respetan ustedes!

—Porque necesitamos abrir en él un camino que creemos de utilidad pública.

—¡Eso no podrá ser! El guarda, que representa la ley y mi derecho, les saldrá á ustedes al paso para impedir el despojo, y ¿qué harán ustedes?

—¡Matar al guarda y seguir adelante!

Y por ahí continuó la conversación, acalorada y vehemente hasta terminar, calándonos los chapeos y requiriendo las espadas, y yéndose Fiscowich á

tomar parte en las deliberaciones del Consejo de honor y de la Comisión ejecutiva, en los cuales tenía voz y voto según los estatutos.

* * *

Entre tanto, el sumario de la causa por estafa tocaba á su fin y faltaba sólo la declaración de Barrera para darle por concluso. Barrera andaba entonces por esos pueblos de Dios ganándose difícilmente la vida al frente de la orquesta de una compañía lírica trashumante, y aunque manteníamos con él frecuente correspondencia, encargándole cuanta música nos hacía falta, ni estaba al tanto de las obras que estrenaba, ni podía decir con seguridad sus títulos, que á lo mejor se cambiaban en los ensayos, ni á veces había un alma caritativa que le comunicase los éxitos.

El hombre estaba, pues, en las peores condiciones del mundo para prestar declaración, cuando el Juzgado de Écija, donde á la sazón vegetaba el coautor de *La señora capitana*, recibió un exhorto del de Madrid para que practicase aquella diligencia. Y al mismo tiempo que la citación corresdiente llegaron á manos de Barrera dos avisos, al parecer míos, con el intervalo de dos horas de uno á otro, en que se le decía: «Todo arreglado. Declare la verdad. Estamos de enhorabuena», y cosas por el estilo.

Digo al parecer, porque lo chusco es que ni directa ni indirectamente me puse yo jamás al habla con Barrera respecto á semejante asunto. Lo cual demostrará que en aquella batalla, que había de ser decisiva, no sólo se peleaba á la luz del sol, sino en las espesuras del bosque y en las profundidades de la mina.

Barrera conservó la serenidad de juicio y el vigor de alma suficientes en momento tan peligroso, y pensando que, si todo estaba arreglado efectivamente, no tenía yo para qué hablarle de verdades ni de mentiras, declaró la verdad escueta, la misma verdad de siempre, y salió como pudo, pero con garbo, de aquel intrincado laberinto de seudónimos, estrenos y colaboraciones que apenas conocía.



D. Vicente Lleó.

Despachado el exhorto, el juez de Buenavista envió la causa á la Audiencia, encontrando, sin duda, en lo actuado materia de delito, pero no calificándole de estafa, como Fiscowich quería, sino de defraudación de la propiedad intelectual, que no es lo mismo, ó no suena tan mal por lo menos.

Entonces fué cuando la Junta directiva de la Sociedad de Autores, lejos de amilanarse, juzgó llegado el momento oportuno para errar ó quitar

el banco, y citando á junta general, que se celebró en el Teatro Moderno el día 4 de Junio de 1901, propuso lo siguiente:

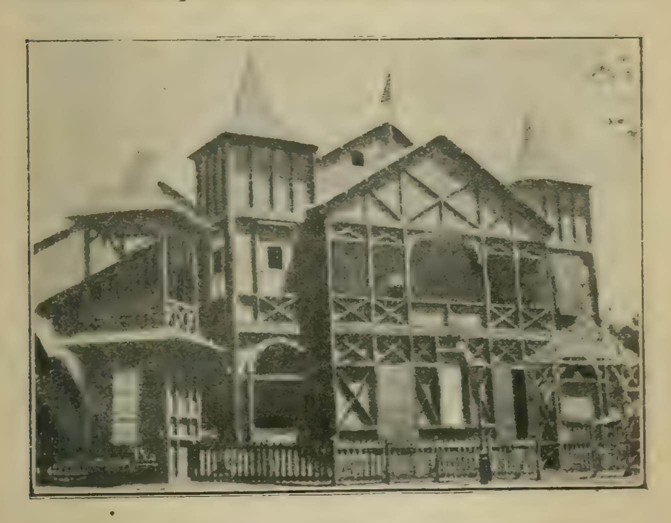
«A la querella que llevará al banquillo á cinco de nuestros compañeros, debemos contestar con un acto de valor y de energía; debemos pagar los gastos que ocasione la causa, destinando á este fin cuantos ingresos obtengan los autores asociados en la República Argentina, y debemos hacer saber á cuantas empresas y compañías soliciten de la Sociedad el servicio de materiales de orquesta la condición precisa de que no han de utilizar al mismo tiempo el archivo musical del Sr. Fiscowich.

Y no hubo discusión; los acuerdos se tomaron por unanimidad. Friamente, serenamente, aquellos hombres, bien avenidos, aunque pocos, se jugaron á cara ó cruz su porvenir y el pan de sus hijos. Si las empresas elegían el archivo de Fiscowich, como era de temer, por ser el más copioso, cuantos autores formaban la Sociedad tendrían que abandonar la profesión ó rendirse incondicionalmente á los editores. Todo por defender una idea generosa de redención y de libertad... ¡Jamás colectividad alguna ha realizado un acto de solidaridad y de compañerismo tan hermoso y tan grande!



La publicación del acuerdo, que obligaba á las compañías á elegir uno de los dos archivos produjo en el mundo teatral honda perturbación que duró tres semanas. La indecisión y la duda primero y el pánico después se extendieron por saloncillos y escenarios. Los momentos fueron de

verdadero peligro, y la balanza permanecía en el fiel, llevando la ansiedad á cuantos dependían de la inclinación de sus platillos. Para echar peso en el nuestro trabajaron con ardores de fiebre cuantos tenían condiciones probadas de autores dramáticos. Porque funcionaban entonces dos teatros



Teatro Eldorado.

únicamente: Eldorado y Apolo; del primero eran empresarios unos cuantos autores adictos á las casas editoriales, que nos cerraban naturalmente aquel portillo, y no quedaba libre más que Apolo, terreno neutral de que podíamos disponer para dar la última carga á la bayoneta.

Para Apolo, pues, se hicieron de prisa y corriendo tres obras: *Doloretes*, *El género ínfimo* y *Los niños llorones*, que habían de estrenarse por el or-

den en que las cito. Si no gustaba la primera, si el teatro no seguía funcionando todo el verano, Eldorado, en poder de la Contrasociedad, lanzaría al mercado obras nuevas, y las compañías, que necesitaban los estrenos para vivir, nos abandonarían seguramente, y nuestra derrota era inevitable.

Compréndase ahora la importancia excepcional, inmensa, del estreno de *Doloretes*. Si no se verificaba en los primeros días de Julio, ó fracasaba la obra en la primera representación, la Sociedad de Autores moriría apenas nacida, por no tener palenque donde batirse; su archivo quedaría inútil, sus individuos condenados al hambre, las casas editoriales triunfadoras apretarían el dogal á los ingenios españoles, y volverían éstos á trabajar, por los siglos de los siglos, en condiciones onerosas, cobrando con mermas el producto de su labor y esperando horas y más horas, sombrero en mano, en las obscuras antesalas, que sus administradores se dignaran recibirlos.

Vamos, pues, al estreno.

CAPITULO XIII

En vísperas.

Veinte veces he comenzado á planear este capítulo y el siguiente, y otras tantas he roto la primera cuartilla. No sé cómo relatar los acontecimientos, porque á ellos va ligado íntimamente un dolor intenso que me destrozó el alma, y estos dramas del hogar, estos pesares íntimos, hondos, terribles, que perduran á través de toda la existencia, deben ser guardados en el santuario del corazón, porque, al salir á la luz, más que la compasión excitan la burla, y el sentimiento verdadero, al airearse, corre peligro de convertirse en sensiblería ridícula.

Pero ello es preciso, y lo contaré con toda la concisión posible.

Cinco hijos de mi alma hubieran podido presenciar conmigo el estreno de *Doloretes*. Á la vigésima representación ya no habrían podido acompañarme más que cuatro, porque á uno de ellos, amado como los otros, ó más tal vez, y sacrificado, sin embargo, en holocausto á una idea, se lo habían

llevado allá lejos, á la región de donde no se vuelve nunca, cubierto de flores y bañado en mis lágrimas de dolor, de rabia, de arrepentimiento.

No sabéis qué quiere decir eso del sacrificio, ¿verdad? Pues oidme.



Mi hijo mayor fué atacado de la coqueluche ó tos ferina, á los diez años de edad, en los últimos días de Junio. La dolencia no infunde temor porque reviste generalmente la forma benigna y, aunque dura mucho y ocasiona grandes molestias, pasa y acaba sin producir trastornos de mayor cuantía. Pero en algunos casos, pocos por suerte de la humanidad, adquiere sin causa conocida una gravedad extraordinaria: inficiona la sangre, daña los pulmones, ataca al corazón y lo destruye todo en pocos días. La ciencia desconoce en absoluto la naturaleza del mal y no dispone, por lo tanto, de otros medios de combate que los paliativos del cambio de clima y el alejamiento del foco de infección.

Para aminorar el primer ímpetu y evitar, si era posible, el contagio, huí con el enfermo, sin rumbo fijo, hacia las provincias del Norte. Aquí no hacía falta. Dábanse los ensayos generales de *Doloretes*, iban de vencida los del *Género ínfimo* y empezaban los de *Los niños llorones*. La batalla iba á darse, pues, en condiciones excelentes, el triunfo era casi seguro y... mi presencia inútil.

Por otra parte, los efectos de mi determinación fueron asombrosos. La enfermedad, entre el aire puro del mar y de los montes, perdía intensidad á ojos vistas, y las noticias que recibía de Madrid eran buenas. No había novedad en mis otros chi-

quillos... y por lo visto se había logrado á tiempo evitar el contagio.

Considerábame, pues, feliz, cuando á las pocas horas de llegar á Bilbao (cinco días después de mi



D. Luis Aruej.

salida de la corte), recibí un telefonema que decía sobre poco más ó menos: «Estreno suspendido. Cierre teatro anunciado fin Junio. Urge venida.» Y firmaba... uno que veía en peligro la nómina y acudía á mí como recurso para la prolongación de la temporada.

No necesito jurar que pasé intranquilo, nervioso, febril toda aquella noche. ¿Qué habría pasado para que nuestro plan, empezado á desarrollar con tan grandes fatigas, se viniera abajo de pronto? No lo sabía ni podía saberlo, pero veía claramente la situación peligrosa y difícil. Olvidándome de todos los demás, me consideraba vencido y humillado yo sólo, Fiscowich triunfante, nuestro archivo deshecho, la soñada libertad de los autores imposible, la propiedad literaria teatral en manos de los intermediarios para siempre, y nuestro ímprobo trabajo de dos años, baldío é inútil.

¿Qué hacer para buscar el remedio? Sólo una cosa, puesto que faltaban cuarenta y ocho horas no más para que Apolo cerrara sus puertas: volver á Madrid inmediatamente. Pero conmigo volvía la posibilidad del temido contagio y, aunque más remota, la de la enfermedad maligna que mata irremisiblemente...

¡Bien sabe Dios que en aquellas horribles horas le pedí con toda mi alma que me inspirase lo que debía hacer! Y la inspiración vino entre la calentura á decirme: ¡Marcha! ¿Por qué te has de poner en lo peor? No te ocurrirá nada malo. Cuando se tiene una idea noble, se la sirve sin vacilaciones, sin dudas, saltando por todo...

Y tomé el tren y vine.

Después, cuando el público, indignado sin razón ni motivo contra la Sociedad de Autores, pedía á gritos mi cabeza en las salas de espectáculos; cuando casi todos los intelectuales de España se alzaron airados en contra mía; cuando empezó á rodearme la atmósfera envenenada de la calumnia, me he preguntado muchas veces por qué Dios me inspiraría aquello...

*
* *

Era verdad. La empresa había anunciado oficialmente la conclusión de la temporada. Una enfermedad repentina de la Srta. Pino ocasionó aquella resolución, que ponía en peligro tantos y tan grandes intereses.

Suspendido el estreno el mismo día en que estaba anunciado con letras rojas, y en vista de que el médico no respondía de la brevedad de la dolencia, Arniches se marchó desesperado á El Escorial, anunciando que sin la Srta. Pino no consentiría la representación de su obra, y la empresa, para evitarse perjuicios, acordó anticipar el descanso veraniego.

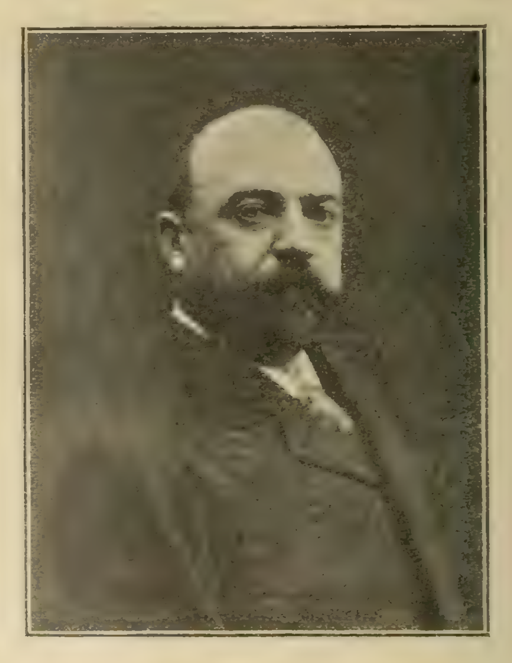
En cuanto entré en el escenario me rodeó la tropa menuda, que iba á perder, por lo menos, un mes de sueldo, y atropelladamente, entre lamentaciones y quejas, dióme cuenta de la situación. No había que perder el tiempo: al día siguiente les darían el pasaporte, y á casa. Hice llamar en seguida á D. Enrique Arregui y á D. Luis Aruej, cosa que no me había yo atrevido á hacer jamás, y me encerré con ellos. Ambos estaban serios y graves, adivinando que tendrían que darme una repulsa seca y desabrida. Porque los empresarios de Apolo tienen la formalidad por norma, una formalidad exagerada á veces, pero que es la base del crédito del teatro, no superado por otro alguno.

—Vengo desde Bilbao—les dije—á pedir á ustedes un favor.

—Si es el que me figuro—me interrumpió Arregui,—no siga usted hablando. La empresa ha dicho ya que cierra el 30, y el 30 cierra sin remedio. Ya nos conoce usted.

Miré á Aruej para buscar apoyo. Pero Aruej estaba impávido, imperturbable, decidido, sin duda, á no hablar una palabra en toda la noche.

Comprendí por su actitud que tendría que habérmelas con D. Enrique solo y... abrí el corazón á la esperanza. Porque Arregui tiene un carácter violento, al parecer; es rápido en las decisiones y te-



D. Enrique Arregui.

naz y enérgico para cumplirlas; pero el corazón no le cabe en el pecho, y al corazón iba yo á dirigirme en línea recta.

—Pues ese favor—continué después de una pausa—es el que pido precisamente.

—Es inútil. Hablemos de otra cosa.

—No; hablemos de ésta. Es preciso que el teatro de Apolo continúe abierto todo el mes de Julio... y aun el de Agosto si se puede.

—¡Claro! y que la empresa pierda seis mil duros.

En cuanto D. Enrique sacó á colación el dinero como argumento de fuerza, perdió terreno, porque de sobra sabía yo que no le había importado un pito jamás.

—Los perderá ó los ganará, ¡quién sabe! Pero aunque los pierda, ¿qué importa? (Asombro mudo de Aruej ante aquel desatino.) ¡Sí! ¿qué importa? De que la empresa de Apolo tire á la calle un puñado de billetes depende ahora la suerte del teatro en España. Estamos en lo más duro del combate; las compañías de provincias no podrán funcionar en muchos meses si la cuestión de los archivos no se resuelve pronto; el pan de centenares de miles de personas depende de lo que se decida aquí esta noche... ¡Y no es eso sólo! Con nuestra victoria vendrá el aumento de producción, la extensión incalculable del mercado, el enorme crecimiento de la recaudación de los autores... ¡No son seis mil duros, Sres. Arregui y Aruej, son muchos millones los que se juegan!

Levantóse Arregui del asiento, húmedos los ojos y rojas por la emoción las mejillas, y, dando un vigoroso puñetazo sobre la mesa, dijo:

—¡Tiene usted razón! (un taco redondo). La empresa de Apolo se vuelve atrás por primera y última vez en su vida. No treinta mil pesetas (otro taco); pongo sobre el tapete mi fortuna entera, en un caso como el presente!

D. Luis, sin emocionarse tanto, asentía en silencio...

* * *

Pero quedaba una cuestión difícil de resolver. Arniches había retirado la obra hasta Septiembre, y aunque yo conocía á mi amigo Carlos y sabía que no un acto, sino diez tiraría por la ventana en circunstancias como aquéllas, la empresa no aceptaba la responsabilidad del estreno sino con dos condiciones: que hiciese su papel la Srta. Pino y que estuviese preparada la Srta. Taberner, para sustituirla en caso de que no pudiera continuar las representaciones.

—Comprendo esos escrúpulos—dije entonces.—Avisaremos á Arniches; citen ustedes á la Taberner para que ensaye mañana y dispongan el cartel ahora mismo. La Srta. Pino vendrá al estreno aunque sea en camilla.

Y tomando un coche fuí á escape á la calle de Génova, donde vivía la distinguida tiple. No sé cuál era su enfermedad: la ciática. cólico nefrítico... una cosa nerviosa que la producía dolores agudísimos y constantes que no la permitían descansar ni moverse, y que lo mismo podían durar un día que quince.

Al apretar el botón del timbre. á la una y media de la madrugada, me palpitaba el corazón como si me estuviese jugando la vida. La campana sonaba allá dentro con estrépito ensordecedor; sin embargo. á los cinco minutos no había parecido un alma. Volví á apretar y se repitió el estruendo. pero tampoco contestó nadie. Insistí tres, cuatro. cinco veces... ¡nada! ¡La casa parecía una tumba! Por fin, á los veinte minutos de espera, después de un repiqueteo más largo que los otros. eché escaleras abajo y me volví al coche con la desesperación en el alma. ¡Los hados se tornaban adversos!

En los tres minutos que duró el viaje de vuelta

se me ocurrió un rasgo de audacia que ahora, al recordarlo, me parece increíble. Hice mi composición de lugar; compuse mi semblante para que no se conociera la contrariedad que me consumía



D.ª Joaquina del Pino.

por dentro, y entré en la dirección de Apolo entre dos filas de coristas que me esperaban anhelantes.

—¿Qué dice?—preguntó Arregui en seguida.

—Que sí, que está mucho mejor y que podrá venir mañana á estrenar *Doloretes*. Avísenla ustedes la hora del ensayo.

Y en el acto se envió el cartel á la imprenta y los sueltos á los periódicos anunciando el estreno y la continuación de la temporada,

Yo, aquella noche, no pegué los ojos.

*
* *

Efectivamente, al otro día por la tarde se presentó la señorita Pino sana y rozagante como una manzana.

Al felicitarla por su rápida mejoría, la dijeron:

-Ya, ya sabíamos por Sinesio que estaba usted buena.

—¿Por Sinesio? Y él, ¿de qué lo sabe, si no me ve hace un siglo?

Volviéronse todos hacia mí, estupefactos de asombro, y me miraron como pidiendo una explicación de la mentira.

—Joaquina tiene razón—tuve que murmurar humildemente;—no he tenido el honor de verla hace mucho tiempo.

-Entonces, ¿cómo se atrevió usted á decir anoche que estaba curada?

—En primer lugar, porque hacía falta que lo estuviera, y en segundo, porque lo estaba efectivamente, ó no hay lógica en este mundo.

—¿Eh?

—Vamos á cuentas. La enfermedad de esta señorita consistía en unos dolores continuos que no la dejaban reposar un instante, ¿no era eso? Pues bien, anoche, no sólo ella, sino toda su familia y servidumbre, durmieron á pierna suelta, de tal modo, que no hubieran despertado aunque se cayese la casa. ¡Señal evidente de que la dolencia había hecho crisis y de que la crisis era favorable! Por eso me atreví á asegurar que vendría. Y ahí

la tienen ustedes dispuesta á interpretar su papel en el estreno de esta noche y á lucirse como nunca...

Y así sucedió efectivamente.

Pero este capítulo resulta demasiado largo y hay que dividirlo en dos partes.

CAPÍTULO XIV

El estreno de «Doloretes».

Bajo la responsabilidad de usted, haga lo que quiera», contestó Arniches telegráficamente desde El Escorial en cuanto se enteró de lo que pasaba.

La Srta. Amparo Taberner, que era, y supongo que seguirá siendo, avispada como ella sola, quedó en disposición de sustituir á la Pino, aprendiéndose letra y música en menos tiempo del que se emplea en contarlo, y ¡por fin! llegó el instante deseado y temido de alzarse el telón para el estreno de *Doloretes.*

El público, que pausada y tranquilamente iba ocupando las localidades, no podía sospechar la importancia que iba á tener su voto, ni imaginar siquiera que del resultado de aquella representación dependía el porvenir de los autores dramáticos en España. Semejante ignorancia fué acaso una fortuna, porque si la gente se hubiera percatado de lo que valía una palmada aquella noche, ¡quién sabe lo que hubiera ocurrido! El auditorio de las obras teatrales es bueno como el pan; pero

á veces goza extraordinariamente haciendo daño...

La envidiable habilidad de Arniches decidió pronto el éxito al escribir la señorita Bru una carta, dictada en competencia de cariño por dos viejecitos simpáticos, la Sra. Vidal y D. José Mesejo, y dirigida al nieto ausente; carta modelo de ingenuidad, de gracia y de ternura, que hizo reir y llorar al público y que terminó con una prolongada salva de atronadores aplausos. El senado estaba vencido... y Fiscowich también.


AMPARO TABERNER

Después, cuando á la quejumbrosa dulzaina del abuelo contesta allá lejos, con alegre redoble de tamboril, el soldado que vuelve; cuando el nuevo amante de Dolore-

tes se presenta, trayéndola á la grupa del caballo, á pedir un donativo para la Virgen; cuando los dos rivales se desafían brava y gallardamente y cuando la infiel queda abandonada y sola en medio de la fiesta, la sala entera se alzó una, tres, cinco, muchas veces, aclamando con verdadero júbilo á los autores.

Y el triunfo de Arniches, Vives y Quislant, que yo podía considerar mío gracias al telegrama, lo fué también de cuantos al arte teatral se dedican. Gozaron todos de él entonces, y recogerán sus frutos las generaciones futuras... pero la suerte quiso que fuese yo sólo quien lo pagara.

Porque al otro día todos mis hijos, contagiados rápidamente por el mayor, caían atacados por la coqueluche. Nunca la infección ha producido sus efectos tan pronto y con caracteres tan alarmantes. Sobre todo, en dos de los enfermos, un niño de cuatro años y una niña de quince meses, hizo su aparición con tal fuerza, que el médico, no queriendo ocultarme la gravedad de la situación, me dijo:

—Salga usted de aquí con todos inmediatamente. Llévelos á la montaña á buscar aire puro... ¡y quiera Dios que para estos dos pequeños lleguemos á tiempo todavía!

*
* *

En las Navas del Marqués, y por motivos parecidos, veraneaba también López Silva, que me demostró entonces un cariño fraternal que no olvidaré nunca. Sin él, sin su ayuda y su consuelo constantes, no sé qué hubiera sido de mí en aquellos quince días de angustia y de tormento, sin sueño y sin reposo, en continua insufrible excitación nerviosa.

Mientras yo bregaba con mi desdicha, no se descuidaban los compañeros que habían quedado en Madrid para sacar de la victoria todo el partido posible. Los materiales de orquesta de *Doloretes*, autografiados en un santiamén como los de *La señora capitana*, inundaron las provincias; con felices augurios se preparaba á toda prisa el estreno de *El género ínfimo*, que había de dar, y dió efectivamente, el golpe de gracia; Berriatúa, aconsejado por Chapí, tomó en arrendamiento y puso á disposición de la Sociedad de Autores el teatro de la Zarzuela, aprovechando un momento de vacilación de D. Florencio, indeciso para renovar su contrato; las obras de Eldorado no daban lumbre, y la pólvora de la contrasociedad se agotaba por momentos.

Empresas y compañías, como era de esperar, devolvían en gran velocidad el archivo de Fiscowich y pedían el nuestro. Los autores que del primero dependían vieron el porvenir obscuro y, sitiados por hambre, se rindieron incondicionalmente quinientos ante doce.

En uno de los salones del teatro Lírico se celebró una reunión, á que asistí, llamado por telégrafo. Acudió á ella numerosa y notable representación de la Asociación de autores, compositores y propietarios de obras teatrales, cuyo repertorio había quedado reducido á pavesas por el estreno de *Doloretes*, y Chapí llevó la voz en nombre de la Sociedad de Autores Españoles.

—Vencidos estamos—vinieron á decir los comisionados en pocas palabras.—No hemos luchado por odio á nuestros compañeros, sino en defensa de nuestros intereses, que estaban en manos ajenas. Para cooperar al triunfo de ustedes que, aunque parezca mentira, es también el nuestro, veni-

mos á ayudarles resueltamente y esperamos de su generosidad que nos admitan en sus filas.

—Aquí no hay vencidos ni vencedores—contestó D. Ruperto en un arranque de los suyos;—aquí no hay más que músicos y autores dramáticos que se unen para lograr su independencia. Abracémonos, pues, y olvidemos todos los incidentes de la batalla.



D. Carlos Arniches.

—¿Qué debemos hacer?

—Tres cosas. Disolver inmediatamente esa Asociación incomprensible, patrocinada y dirigida por los editores.

—Deshecha queda desde ahora mismo.

—Obligarse cuantos compositores han firmado contratos con Fiscowich á colaborar de hoy en adelante con los que están libres de compromiso, para que nosotros podamos reproducir los materiales de sus obras, y comprometerse los libretistas á autorizar bajo su firma la copia de sus respectivas zarzuelas de repertorio. La Sociedad de Autores Españoles los servirá todos, aceptando la

responsabilidad consiguiente, y satisfará cuantos gastos ocasionen los litigios que sobrevengan...

Quedaron aceptadas sin discusión las bases del acuerdo, y, sellado el pacto con los correspondientes abrazos efusivos, salió una comisión á participar á Fiscowich aquella misma tarde que se había quedado solo y que sería en él torpeza y temeridad insignes proseguir el combate.

*
* *

Y mi hijo se moría.

Por el temor de dejármele para siempre allá, en aquel pueblecillo perdido en lo alto de la sierra, y con la esperanza de salvarle aún acudiendo á los médicos notables, torné con él á la corte, y López Silva recordará siempre con espanto aquellas dos horribles horas de viaje. Volaba el sudexpreso montaña abajo en demanda de la llanura, y su misma velocidad era acicate de la impaciencia, porque nada hay tan angustioso como correr en busca de un remedio posible, creer que falta siempre poco para llegar á tocarle con las manos y pensar que en cada minuto, en cada segundo, puede extinguirse en el camino la existencia de una criatura.

La noche del día en que llegamos, la Sociedad de Autores tuvo el segundo éxito. *El género ínfimo*, de los hermanos Quintero, Valverde y Barrera, era recibido con muchos y grandes aplausos á la misma hora en que mi pobre enfermo sufría un ataque más fuerte, más duro que los anteriores. ¡No parecía sino que la Providencia me exigía un nuevo y profundo dolor como precio de cada victoria!

Y en la tarde del 18 de Julio, cuando mi niño,

reclinado en mi hombro, descansaba, al parecer, de un acceso de tos violenta, abrió los ojos lentamente y me miró de una manera extraña. Comprendí en seguida que aquél era el instante solemne que media entre el ser y el no ser, cuando parece que el cerebro del que iba á ser un hombre recoge toda la lucidez, toda la actividad que había de tener en la vida que se le escapa, y brillan en los ojos los destellos de una inteligencia superior, sobrehumana, infinita... ¿Sabéis lo que leí en aquella mirada última? Pues esto: —«Padre, no mientas; no me amabas. Me entregaste á la muerte por realizar un ideal que creiste bueno... Habrás hecho algo meritorio para los demás: ¡conmigo has sido infame!»



D.ª Isabel Bru.

Y el corazón, destrozado, dejó de latir, y Dios me arrancó para siempre un pedazo del alma.

* * *

En aquel momento mismo recibí una carta que, por burla sangrienta del destino, reclamaba contestación urgente. La abrí al otro día, cuando calmó mis nervios ese estupor que sigue siempre á las grandes crisis dolorosas, y la leí sin darme cuenta.

Era de Fiscowich. Rendíase á discreción y apelaba á la generosidad del enemigo, que no había combatido contra él sino contra lo que representaba, para que las condiciones que se le impusiesen no fueran demasiado onerosas.

¿Comprendéis ahora la injusticia que han cometido conmigo el cielo y los hombres? Pues es porque sin duda está escrito allá arriba que todo el que pretenda hacer á sus semejantes un bien, grande ó pequeño, pague su intención con jirones de su honra y selle su triunfo con sangre de su sangre, ¡y ni el mismo Jesús de Nazareth, con ser Dios, pudo eludir esta ley fatal, inexorable y dura!

Los autores iban á romper sus cadenas; el vasto plan de redención empezaba á realizarse, y pronto el ambiente de libertad ensancharía los corazones...; pero á aquel hijo de mi alma se lo llevaban allá lejos, á la región de donde no se vuelve nunca, cubierto de flores y bañado en mis lágrimas de dolor, de arrepentimiento y de rabia.

CAPITULO XV

La leyenda dorada.

En distintas ocasiones habían intentado los actores unirse para prestarse mutuo apoyo y corregir la legendaria informalidad de los empresarios y la suya propia; pero las tentativas habían sido infructuosas porque la gente de teatro no suele estar bien avenida y, acostumbrada á fingir pasiones, aumenta las proporciones de las verdaderas.

Sin embargo, un día el ejemplo de los autores sirvió de acicate á los que jamás habían podido entenderse, y cesando como por encanto los recelos, envidias y suspicacias tradicionales, quedó constituída la Asociación de artistas dramáticos y líricos, que desde los primeros momentos adquirió grandísima importancia.

Dios Padre me perdone la sospecha de que no contribuyó poco á suavizar asperezas el temor de que los autores, unidos y fuertes, acabaran por perjudicar á los intérpretes de sus obras, porque está muy arraigada la convicción de que la prosperidad de una clase no se logra sin fastidiar á sus

similares ó adjuntas, y los actores debieron juzgar conveniente la creación de una fuerza capaz de contrarrestar, si llegara el caso, la que se alzaba enfrente. La idea era errónea, pero merece alabanzas porque dió fruto, y desde entonces los representantes de comedias han ganado en consideración individual y colectiva un ciento por ciento.



D. Fernando Díaz de Mendoza.

Proponíase la Asociación meter en cintura á las empresas que no cumpliesen como es debido, pensionar á los viejos é inútiles, socorrer á los enfermos, enterrar á los muertos (esto no podía faltar, naturalmente) y *dignificar la clase*. Se llevó á cabo la organización pronto y bien, en poco tiempo pasó de dos mil el número de asociados, y la flamante entidad surgió vigorosa y potente, con gran satisfacción mía, por lo que se verá más adelante.

Todos los actores, altos y bajos, chicos y grandes, llevaron su grano de arena; pero el éxito rá-

pido y feliz se debió principalmente al entusiasmo y á la energía de dos de ellos. ¿Quiénes? Emilio Carreras, administrador inteligente y hábil de los intereses ajenos y propios, y capaz de sacar dinero de los adoquines, y Fernando Díaz de Mendoza, hombre de mundo, acostumbrado al derroche con grandeza, y que sabe que no se atrae á la multitud con percalina y talco, sino con tisúes, terciopelos y piedras preciosas.

Al primero le debe la Asociación el haber pisado desde el principio en terreno firme, y al segundo los cinco mil duros que *inauguraron* la caja y su incesante aumento por el reclamo enorme de la esplendidez y el boato. Premian á Carreras sus compañeros reeligiéndole tesorero, por la cuenta que les tiene, en todas las Juntas generales, y á Díaz de Mendoza haciéndole presidente honorario, ofreciendo á su esposa ramos de flores empapados en lágrimas de agradecimiento... y procurando echar á ambos del teatro Español, á que han dado vida, esplendor y lustre...



El producto de las cuotas, con ser muy crecido, no podía resolver la cuestión principal, es decir, la creación de un capital suficiente para constituir con la renta el fondo de pensiones. Para esto había que apelar á los beneficios, y se acordó que todas las compañías de Madrid unidas diesen uno cada año con todos los alicientes que pudieran atraer al público.

Para la primera función de esta clase, verificada en el teatro de Apolo en Enero de 1902, la comisión tuvo la bondad de suplicarnos á Chapí y á mí que hiciéramos algo. Y el *algo* que hicimos

fué ¡claro está! un himno á la redención de los trabajadores del teatro. ensalzando su unión y cantando su fuerza. De la letra no he de hablar. porque alabarla sería vanidad ridícula y menospreciarla tontería insigne, y además porque no se entendió una palabra, como acontece generalmente, pero sí diré que la música era un primor de los que Chapí hace como si jugara.



D.ª Balbina Valverde.

Cuando, después de breves recitados de las Sras. Cobeña, Pino, Valverde, Bru, Suárez y Prado, que representaban géneros dramáticos distintos, avanzó hasta la batería un nutrido coro de treinta y tantas tiples, guapas las más de ellas y peripuestas y elegantes todas, y estallaron aquellas notas valientes, enérgicas, centelleantes. una corriente de entusiasmo vibró en la sala. se le humedecieron los ojos á Manolo Rodríguez y lloró á lágrima viva D. José Mesejo, que tiene el corazón como la manteca.

A consecuencia del himno, D Ruperto y yo re-

cibimos los nombramientos de socios de honor y la promesa de regalarnos sendas colecciones de retratos de todas las mujeres que habían tomado parte en la fiesta.

No sé lo que le habrá pasado á Chapí. De mí sé decir que no he recibido más que siete fotografías hasta ahora; y para eso una es de mi suegra, que me la entregó en propia mano, después de comer, con una dedicatoria muy expresiva.

*
* *

El beneficio del año siguiente se dispuso para el teatro Real, y como allí se necesitaba algo más substancioso que un himno semi-bélico, la comisión encargó á Benavente una comedia en un acto, con el pie forzado de que habían de trabajar en ella todos los primeros actores residentes en Madrid, que eran ciento y la madre.

Obligóse á ello el autor insigne, pero comprendiendo después que no se trataba sólo de hacer una obrita para una tarde, sino de acarrearse una porción de sinsabores, malquerencias y disgustos, ocho días antes del señalado para la fiesta dió una prueba más de su grandísimo talento suplicando con la mayor cortesía que le relevaran del compromiso, porque se había vuelto loco y no había podido tomar la embocadura.

¿Á quién acudir con tal apremio de tiempo? Al ungüento amarillo.

—¡Por los clavos de Cristo!—me dijeron entonces,—sáquenos usted de este apuro!

—¿De qué se trata?

—De hacer algo en que trabajen todas las primeras figuras de los coliseos de la corte.

—¿Sin otra condición?

—Sí; que cada uno tenga un papel adecuado á su categoría para que no se moleste nadie.

—Pues no es tan fácil como parece hinchar ese perro.

—Pero con un poco de buena voluntad... ¡Se trata de que la Asociación tenga un ingreso considerable!



D.ª Rosario Pino.

—Está bien. ¿Cuándo hay que empezar los ensayos?

—Lo más tarde, dentro de tres días.

Puse en prensa hasta la última celdilla del cerebro, y al terminar el plazo marcado leí con toda solemnidad *La leyenda dorada*, revista fantástica en seis cuadros, ante la mitad justa de los que en ella habían de tomar parte, porque los restantes eran poco curiosos y no tenían prisa por conocer lo que yo había escrito en su obsequio.

La revista, destinada á morir apenas nacida, como el *Don César de Bazán* dichoso, tenía su miga

correspondiente. Andaba entonces, y creo que anda todavía, un poco alicaído y cobarde el espíritu público, á causa de la pérdida de las colonias, y era opinión casi general que los españoles no valíamos cuatro cuartos, que las glorias de nuestros antepasados eran pura fantasía, que jamás pintaríamos nada en el mundo y, en fin, que nuestra leyenda dorada había quedado deshecha en Santiago de Cuba por los cañones de los yanquis.



D. Miguel Soler.

Contra esta depresión moral, que podía contribuir al aniquilamiento de la patria, creía yo que debían alzarse cuantos pudieren, y allá me fuí á desarrollar el tema, á riesgo y ventura.

Cinco días, mortales de necesidad, duraron los ensayos, y ni con tenazas hubo manera de reunir una sola vez á toda la gente. Estos tenían otros quehaceres á la misma hora, aquéllos andaban algo delicados de salud, Fulanita no iba porque el día anterior había faltado Menganita, Zutano no había recibido el aviso, Perengano creía que su

papel era inferior al de Perencejo .. En fin, D. Miguel Soler, encargado de poner la obra en escena, no pudo jamás ensayar con todas las figuras una gavota de Chapí, intercalada en el texto, y yo me pasé tardes y noches de teatro en teatro, hablando y suplicando á los empresarios y á los actores, escribiendo cartas apremiantes á damas y galanes, tiples y barítonos, como si fuera á mí y no á ellos á quien interesaba el asunto.

Así estábamos cuando llegó la hora del estreno. La noche anterior nos la habíamos pasado en claro, en el escenario del Real, Amalio Fernández que había pintado *gratis et amore* una magnífica apoteosis representativa de las glorias nacionales, Miguel Soler y yo. Después de muchas fatigas para probar la luz, tomar medidas, acoplar las decoraciones y ensayar á los comparsas, pudimos descansar satisfechos y desayunarnos con pan y chorizo, por nuestra cuenta, naturalmente, á las ocho de la mañana.....................................

*
* *

Llenóse el teatro Real por completo y se pagaron las localidades á precios altos. El público sabía que, de no acudir aquella tarde, jamás podría ver trabajar juntos y en una misma obra tantos artistas notables de tan distintos géneros.

Iban á interpretar *La leyenda* las señoras y señoritas: María Guerrero, Matilde Rodríguez, Isabel Bru, Clotilde Domus, Balbina Valverde, Dolores Bremón, Loreto Prado, Pascuala Mesa, Rosa Vila, Concha Catalá, Amparo Taberner, Rosario Pino, Leocadia Alba, Concha Ruiz y Julia Martínez, y los caballeros Francisco Morano, Francisco García Ortega, Emilio Carreras, Manuel Rodrí-

guez, Fernando Díaz de Mendoza, Anselmo Fernández, Enrique Chicote, Antonio Perrín, José Gamero, Valentín González, Francisco Meana, José Calle, Emilio Duval, Fernando Porredón, José Santiago, Antonio González, José Rubio, Vicente García Valero, Bonifacio Pinedo, Emilio Orejón, Manuel Díaz y José Ontiveros. . ¡la nata y flor, como quien dice!



Díaz de Mendoza vistió con la ropa del Español á cuantos lo necesitaron; la Sra. Guerrero estrenó una túnica alegórica pintada por Gomar, y yo, *por si me llamaban*, me presenté con levita y sombrero de copa que me sentaban como un tiro.

A trancas y barrancas, porque al alzarse el telón había en el amplio escenario más de dos mil personas entre actores, comparsas, parientes, amigos y testamentarios, fuimos echando fuera la revista, que se desarrollaba del modo siguiente:

Isabel la Católica (María Guerrero), indignada ante el aplanamiento de la nación que había formado, salía de su sepulcro en la Catedral de Gra-

nada, y evocando las sombras del pasado, hacía desfilar en cuadros distintos á los guerreros de la Edad Media, á los galanes bravucones del siglo XVII, al pueblo indómito de la guerra de la Independencia, á los gañanes en quienes aún pal-



D. Amalio Fernández.

pita fieramente el honor de Castilla... y al final, reunidos todos ante el monumento pintado por Amalio, les endilgaba la relación siguiente, que copio íntegra porque sintetiza la idea de la obra. y porque si no la leen ustedes ahora no la van á leer nunca:

«¡No! No es falsa la santa leyenda
que escribieron con sangre los héroes:
¡que ha ondeado el pendón de Castilla
triunfador desde Oriente á Occidente!
¡Cobardía es negarla! Traidores
y malditos de Dios los que piensen
que es un crimen gritar «¡viva España!»
cuando deja secar sus laureles.
Porque nada concluye. Las tumbas
dan calor de la vida á los gérmenes,
y la encina que hendieron los rayos
presta savia á la nueva simiente.
¡Levantad el espíritu! Giman
de dolor los cobardes que temen
que abandone la patria, su madre,
la corona ceñida á sus sienes.
Que los niños se asusten y lloren,
que las hembras se aflijan y recen;
pero sufran serenos y firmes
sus desdichas los hombres de temple...
¡Y al trabajo con alma! Los campos
aún esconden cosechas de mieses,
esperando que caiga sobre ellos
fecundante sudor de las frentes.
¡Maldición al que el hombro retire,
rezagado en la brega se quede
ó, traidor, abandone las filas
y del alma española reniegue!
¡Al taller, á la fábrica, al barco!
¡A probar que mi España no muere!
Y, olvidando á los necios ilusos
que del mundo se erigen en jueces,
tremolad las augustas banderas,
confiados, tranquilos, alegres,
¡con la fe en la salud de la patria
que las almas pequeñas no tienen!»

Al llegar aquí oyóse dentro, confusa y lejana, una marcha guerrera, cuyos sones iban percibiéndose mejor cada vez, hasta que al hacerse las notas claras y vibrantes aparecieron en el fondo, en formación correcta, grandes masas de guerreros de todas las épocas agitando lanzas, espadas, es-

tandartes y banderolas. La muchedumbre avanzó



D. María Guerrero.

imponente hasta ocupar, resplandeciente y vistosa, todo el escenario. Entonces, los demás perso-

najes, caballeros y damas, obreros, soldados y frailes, gritaron á una: «¡Viva España!» y cayó el telón.

El público se entretuvo un poco con los trajes y los desfiles, gozó algo oyendo hablar á Carreras con la Guerrero y viéndome un par de veces vestido de levita, y... se marchó tranquilamente á casa.

Pero la Asociación de Actores tuvo un ingreso de cuatro mil duros, que era lo que se pretendía precisamente, y la Junta, agradecida al esfuerzo realizado y á que Chapí y yo perdonamos las mil y tantas pesetas que por derechos de representación nos correspondían, acordó poco después gastarse los once duros que costaba imprimir la obra y regalarme los ejemplares.

Ustedes no la habrán leído impresa, ¿verdad? ¡Qué lástima! Yo tampoco.



Menos mal que se le ocurrió á D. José Mesejo hacer otra vez la revista en la función de su beneficio, y se hizo, efectivamente, por la compañía de Apolo, pero con la condición previa de que no había de representarse más que aquella noche, pasara lo que pasara, para no trastornar los planes de la empresa.

El público se aburrió de lo lindo, hasta el punto de que no *metió los bastones* por respeto al beneficiado, y la Prensa convino al día siguiente, con rara unanimidad, en que aquello de *La leyenda dorada* era una sandez infinita.

Todo sea por Dios, y hasta otra.

CAPITULO XVI

«La chica del maestro.»

Ustedes preguntan:—¿Qué? ¿Vamos á tener otra broma pesada como la de *Doloretes?*

Y yo contesto:—Sí, señores; exactamente lo mismo. Tampoco *La chica del maestro* es cosa mía, sino de López Silva y Jackson Veyán; también puedo y debo incluirla en mi catálogo con perfectísimo derecho, y también necesitan ustedes un poco de calma para aguantar la explicación debida.

En este caso no me hizo responsable el autor por propia voluntad, sino el público, la masa, la opinión, como ustedes quieran decirlo, que se empeñó en atribuirme la paternidad de la obra porque le dió la gana.

Fué *La chica del maestro*, sin saber por qué, la gota que llenó hasta los bordes el vaso de la sacrosanta indignación popular, y la multitud, con el pretexto de corregir abusos que no existían y que, caso de existir, la importaban un rábano, se metió de hoz y de coz en un terreno que descono-

cía en absoluto. Si al salir de la segunda representación las turbas me hubiesen echado la zarpa, me hubieran arrastrado por las calles. Luego les pesaría á los verdugos tal vez, pero arrastradito me quedaría...

¿Cómo se explica absurdo semejante?

¿Por qué se enfureció la gente contra una zarzuela infinitamente mejor que otras muchas que le hacen relamerse de gusto, y contra el ex secretario que firma, que no la conoció hasta el momento del estreno?

¿Por qué los mismos alborotadores, que se habían ido tranquilamente á los toros el día en que se hundió la escuadra de Filipinas, intervinieron tumultuosamente para combatir y aniquilar un intento grande, noble, de paz, de prosperidad y de progreso?

Eso es lo que vamos á procurar entender ustedes y yo, á fuerza de paciencia y de saliva.



Dos años justos después de nuestra primera entrevista con Fiscowich, volvimos á visitarle López Silva y yo para ofrecerle por su archivo trescientas mil pesetas: un millón setecientas mil menos de las que él nos había pedido, tomando á chacota la proposición de compra en firme. Pero esta vez aceptó la rebaja en seguida, porque no estaban los tiempos para dilaciones, y quedamos citados para firmar tres días después la correspondiente escritura.

Dios y ayuda costó reunir los ochenta mil duros necesarios para abonar á D. Florencio la cantidad estipulada, pagar á Chapí el resto del importe de su archivo y atender á los gastos de notario. Ha-

cienda, mudanzas é instalaciones... Capitalistas y banqueros preguntaban: «¿Qué es eso de los papeles de orquesta? ¿Pero valen algo?» Y en vano procurábamos demostrar que aquello podía producir doscientas mil pesetas anuales y ofrecíamos un interés crecido. Todo el mundo renunciaba generosamente á una operación hipotecaria sobre materia tan vaga y confusa, y cerraba á piedra y lodo la bolsa.

Por fin, rebañando aquí y allá, pudimos juntar la suma precisa, apechugando con un interés del 10 por 100, interés que algunos caballeros, que lo encontraron todo después blanco y migado, han juzgado excesivo. Y lo es, efectivamente, pero hay que tener en cuenta que no ofrecíamos en garantía casas de la Puerta del Sol ni tierras de regadío. sino una propiedad que, según acababa de demostrarse, estaba edificada sobre arena.

Ello fué que la Sociedad reconoció una deuda de 620.000 pesetas á que ascendían el capital y los intereses (fíjense ustedes en la cifra, que he de recordar más tarde), comprometiéndose á pagarla en diez años. Como los dos archivos juntos habían de rendir una utilidad de 200.000 pesetas al año, pagar por ellos 62.000 durante diez nada más, no me parece una tontería. ¿Lo era? Pues siento no hacer una por el estilo, por mi cuenta y riesgo.

En los tres días de plazo, pelotones de albañiles, carpinteros, pintores y mueblistas prepararon nuestro nuevo domicilio, Salón del Prado, 12, hotel, porque en el de la calle del Florín no podríamos movernos siquiera; trasladáronse las oficinas en dos horas, sin que ni los empleados se percataran, y quedaron dispuestas las anaquelerías en el pabellón y los sótanos.

Fiscowich, que había calculado que duraría un

mes la mudanza, fué al día siguiente de firmar la escritura á visitar las covachas en que lo tenía todo apilado de mala manera, y las encontró vacías. A fuerza de carros y de hombres, no le ha-



Pabellones de la casa núm. 12 del Salón del Prado, domicilio de la Sociedad de autores al desaparecer las casas editoriales.

bíamos dejado ni un papel, ni una astilla, ni un clavo. Los miles y miles de materiales estaban ya en nuestra nueva casa ordenados, numerados y catalogados, como si hubieran hecho las operaciones hadas milagrosas. El servicio, complicadísimo y difícil, no se interrumpió ni un minuto, y las

compañías de Madrid y provincias no conocieron el cambio sino en que la Sociedad de Autores empezó de pronto á servirles cuanto pedían.

Cuando D. Florencio me buscó para protestar de lo que él juzgaba un despojo, me encontró en amplio salón de altas paredes, donde se apiñaban, limpios y alineados en formación correcta, los innumerables papeles de música que constituían desde entonces el archivo único...

Fiscowich se presentó en son de guerra, diciendo:

—¡Oiga usted! ¡Que se me han traído toda la madera, y la estantería no entraba en el trato!

Pero alzó la vista y continuó, cambiando de tono:

—Esto es inmenso, enorme, colosal; una riqueza incalculable... ¡Qué demonio! ¡Ha hecho usted bien en lo que ha hecho!

*
* *

Miguel Echegaray, á quien yo relataba el incidente al salir del domicilio social aquella misma tarde, me interrumpió diciendo:

—D. Florencio tiene razón. La obra ha terminado de una manera asombrosa, como no podíamos soñar.

—¡Cómo terminar!—le dije.—¡Pero D. Miguel, por Dios! ¿Usted cree de veras que hemos concluído?

—¿No?

—¡Si estamos empezando ahora!

—Pues ¿qué más podemos hacer?

—Mucho. ¿Qué diría usted si la Sociedad pagara las deudas de todos los autores y administrara todas las obras?

Me miró Echegaray como Torregrosa años antes, y acompañando la palabra con su risita habitual, metálica y burlona, me contestó en el acto:

—Diría... que el éxito le ha trastornado á usted, y está atacado del delirio de grandezas, ¡porque eso es una locura!



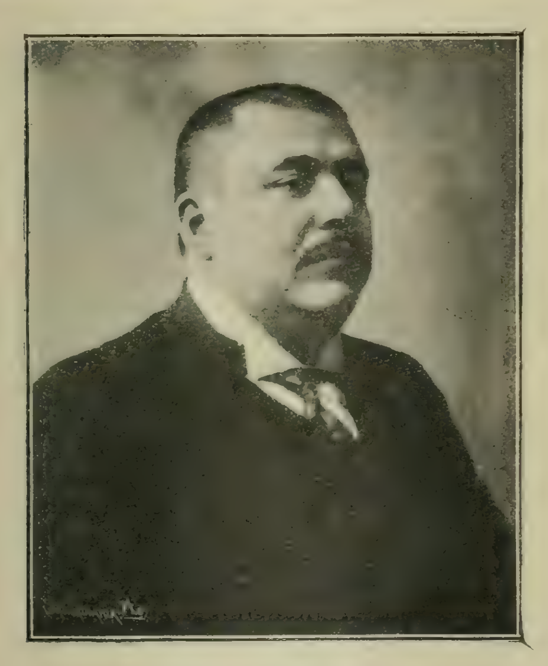
La locura se hizo, sin embargo, dos meses después con una facilidad admirable.

Considerando suficientemente fuerte á la Sociedad, gracias á la posesión del archivo, para acabar de un golpe con las casas editoriales si éstas se resistían, fragüé un plan completo de disolución, pasándome, por cierto, semanas enteras haciendo números, rectificando cálculos y reuniendo los datos indispensables.

Contando desde luego con la aquiescencia de Chapí, Aruej, Fiscowich y los hijos de Hidalgo, después de infinitas entrevistas, cartas y conferencias, sometí mi plan á la aprobación de la Junta directiva en cuanto ésta se reunió completa en Septiembre. Las bases fundamentales eran éstas:

La Sociedad emitiría 5.200 obligaciones de á 500 pesetas, importantes 2.600.000, amortizables en un plazo máximo de veinte años y con un interés anual del 7 por 100. De este dinero se entregarían: 100.000 pesetas á Chapí por la cesión á la Sociedad del beneficio que le reconocía la escritura de venta de su archivo; 1.000.000 á Fiscowich á cambio de las obras de su propiedad y de sus créditos contra los autores; 500.000 á los hijos de Hidalgo, y 600.000 á D. Luis Aruej por los mismos conceptos, y las 400.000 restantes á este mismo señor como devolución del anticipo hecho dos

meses antes para la compra del archivo de Fiscowich, dando por recibidas las 620.000 pesetas que la Sociedad había confesado deberle y quedando cancelada la correspondiente escritura.



D. Antonio Fanosa.
Director Gerente de la Sociedad de Autores, desde 1902 á 1904.

Una vez terminada la operación y entregadas las obligaciones á las casas editoriales, que las recibirían como dinero, la Sociedad se haría cargo de la administración general, recobraría la propiedad de todas las obras vendidas por los autores

muertos y vivos, y se haría cargo de todos los créditos contra ellos.

Suprimiría, además, el interés que éstos devengaban, y los amortizaría insensiblemente en diez años.

Como se ve, la combinación era favorable á todo el mundo: á las casas editoriales, porque se las pagaba espléndidamente; á los autores, porque se ahorrarían el 5 por 100 en la administración y el 12 del interés de sus deudas, viniendo á saldar éstas con lo mismo que se economizaban por ambos conceptos, y á empresas y compañías, por las ventajas que habían de obtener con la mayor baratura y facilidad en los servicios.

Unicamente salían perjudicados: Chapí, que cedía por 20.000 duros lo que valía más del doble, y los autores asociados, que renunciaban, en favor de los compañeros que les habían hecho la guerra, á las enormes ganancias del archivo que les pertenecía en absoluto, y que les permitirían administrarse gratis y repartirse, encima, á 1.000 duros por barba.

En la cuenta de esta broma pesada que, por un exceso de incalificable generosidad, nos dimos á nosotros mismos, no han caído los que después han hecho correr la especie de que la disolución de las casas editoriales se pagó muy cara y que era exagerado el interés señalado á las obligaciones. ¡Lástima que á ninguno de ellos se le ocurriera entonces calentarse los cascos para hacerlo de otra manera!

Mucho dinero recibieron los editores, efectivamente, pero valía mucho más lo que nos dieron, aunque ellos mismos no lo sepan. Nos dieron un ingreso para la caja social de más de 450.000 pesetas al año, nos dieron un aumento en la recauda-

ción de derechos de 120.000 duros anuales y nos dieron la independencia, la libertad y la soberanía. Todo eso no se paga con nada.

Y no sólo no sacó nadie una peseta del bolsillo, sino que muchos ganaron muchas. Tantas que, si cada autor y cada empresario me entregaran las cantidades que han obtenido como beneficio desde que la fusión quedó hecha, hoy mismo quedarían amortizadas todas las obligaciones pendientes.

El único que solamente sacó en limpio tres años de ímprobo trabajo y una porción de canas fuí yo, que sigo tan sin recaudación como estaba. Pero ¡échese usted por ahí á borrar la sospecha de que no hice un gran negocio!, no por nada, sino porque lo contrario no le cabe á nadie en la cabeza. Y es que el criterio general es tan mezquino, tan estrecho y tan pobre...

*
* *

La Junta directiva estudió detenidamente en dos sesiones las bases del convenio; la general, convocada á ese fin, las aprobó por unanimidad y con entusiasmo, y una tarde, en el salón grande de nuestra casa, esperaban con ansiedad más de sesenta autores y músicos el resultado de nuestra última conferencia, para firmar la minuta entre las partes contratantes.

Encerrados estábamos en un cuartito obscuro Arniches, Quinito, Serafín Quintero y yo, en representación de la Sociedad de Autores; Fiscowich, Aruej y Desiderio Hidalgo, en las suyas respectivas.

Leído y releído el borrador, y discutido y aclarado todo, Aruej tomo la palabra y dijo:

—¿Queda así?

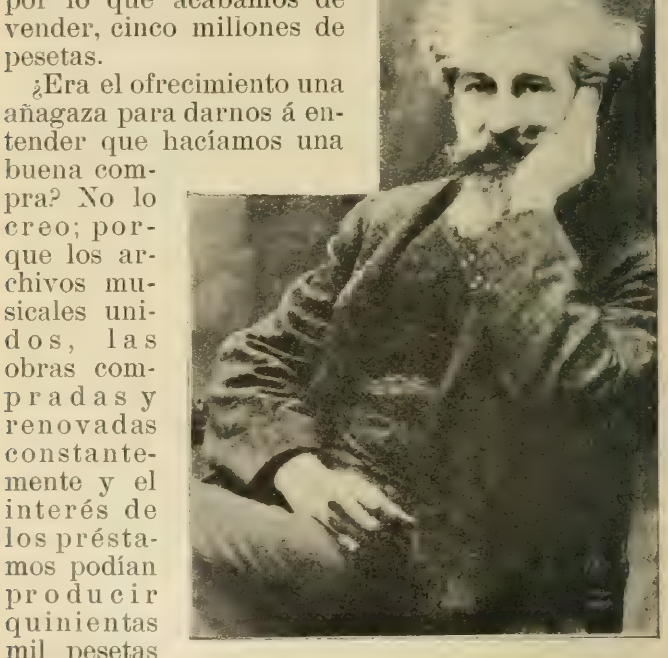
—Así queda.

—¿Estamos todos conformes?

—Lo estamos.

—Pues bien: si uno de ustedes sale ahí fuera y dice que no nos hemos entendido, nosotros damos, por lo que acabamos de vender, cinco millones de pesetas.

¿Era el ofrecimiento una añagaza para darnos á entender que hacíamos una buena compra? No lo creo; porque los archivos musicales unidos, las obras compradas y renovadas constantemente y el interés de los préstamos podían producir quinientas mil pesetas anuales sin forzar la máquina. Y lo que renta medio millón, vale diez millones en todos los mercados del mundo.



D. Santiago Rusiñol.

Sin embargo, los cuatro *currinches* oimos la ten-

tadora proposición sin pestañear, nos miramos en silencio y nos entendimos. Por toda respuesta yo salí al salón grande y dije á los que aguardaban con el alma en un hilo:

—Señores, está hecho. Las casas editoriales han desaparecido de la faz de la tierra.

*
* *

Cumplido quedaba el programa imposible que había producido el asombro de Torregrosa. Los autores eran dueños de lo suyo y lo administrarían sin intermediarios. Desde aquella hora en adelante habría un archivo único; desde aquel momento existiría un catálogo solo.

Por lograr lo primero perdí yo uno de mis hijos; por conseguir lo segundo tiré por la ventana la fortuna de los demás. Dudo que ninguno de los que, sin conocerme, me juzgan con malevolencia, sea capaz de hacer otro tanto. Pero, como dijo el otro, ésta es Castilla, que hace los hombres y los gasta.

CAPITULO XVII

En marcha.

El día 1.º de Octubre de 1901—y escribo la fecha á la cabeza del capítulo, porque debiendo ser memorable lleva camino de olvidársele á todo el mundo, ¡hasta tal punto vamos siendo flacos de memoria!—el día 1.º de Octubre de 1901, vuelvo á decir, no había en España y sus escasas islas quien pudiera legalmente cobrar cuantos derechos devengaran por todos conceptos las obras teatrales más que los representantes de la Sociedad de Autores; aquellos mismos representantes del *Pequeño derecho* que, dos años atrás, se habían pasado un mes ojo avizor para recaudar en todo el orbe civilizado mis treinta y nueve pesetas.

Pero eso era lo de menos. Lo de más era que una parte muy importante de los obreros intelectuales españoles había saludado dignamente al nuevo siglo realizando en un abrir y cerrar de ojos lo que aún hoy se tiene en todas partes por utopía.

A todo esto, como es de suponer, la Sociedad

del *Pequeño derecho* había cumplido su misión de dar á luz á la otra, á la grande; y no tenía razón de ser. Debía morir, y murió.

Los derechos de ejecución de piezas y números sueltos en conciertos, bailes, cafés y salones no necesitaban ya administración propia, y era lo más lógico y natural que el pez grande se comiera al chico.

La Sociedad de Autores liquidó, pues, en el acto todas las acciones de la del *Pequeño derecho*, y ésta quedó disuelta. A consecuencia de la operación, el 40 ó 50 por 100 que de la recaudación se descontaba á los autores para gastos administrativos quedó reducido al 10, y la Sociedad, de acuerdo con la francesa del *Petit droit*, empezó á recibir un beneficio anual de más de quince mil pesetas. ¿Cómo? Ello sería largo de explicar y á estas alturas carece de interés en absoluto.

*
* *

Hecho todo lo dicho, que fué un verdadero arco de iglesia y no me lo negará nadie, me lancé resueltamente á dar el segundo paso para el desarrollo del plan general, aprovechando los primeros momentos para que no se enfriara el entusiasmo; y la tarde del mismo día en que se firmó la escritura destructora de las casas editoriales, Arniches y yo visitamos á la Junta directiva de la Asociación de Artistas dramáticos y líricos, que se componía de quince personas nada menos, en su domicilio social de la calle del Príncipe.

Como Dios me dió á entender, y con la mayor claridad posible, hice á los quince respetables miembros la proposición siguiente:

«Con absoluta independencia de las Asociacio-

nes de actores y de coristas, que pueden conservar su autonomía y regirse por sus reglamentos actuales, la Sociedad de Autores establecerá en sus oficinas un negociado que funcionará de esta manera:

En un registro general figurarán cuantos acto-



D. Manuel Nieto.

res, coristas, avisadores, apuntadores, directores de orquesta y maestros de coros deseen formar una agrupación protegida y amparada por la Sociedad de Autores Españoles. Se llevará á cada uno una especie de cuenta corriente en que se haga

constar su domicilio, clase, condiciones de contratación, sueldo que pide, etc., etc., y con arreglo á este libro y en vista de sus datos, podrán los empresarios organizar sus compañías sin necesidad de consultar uno por uno á los interesados, y prescindiendo de intermediarios y agentes.

Una vez hecha la lista y firmado el contrato, la Sociedad se encarga de que todos los actores escriturados cumplan sus compromisos, y de que las empresas paguen religiosamente los sueldos estipulados.

De este modo no podrán dedicarse al negocio teatral más que personas de respetabilidad verdadera, y actores y coristas podrán tener la seguridad absoluta de que, vayan donde fueren, la Sociedad de Autores responde de que han de cobrar sus sueldos mientras trabajen, evitando en lo sucesivo las catástrofes que á diario ocurren, en provincias especialmente.

Todos los artistas cuyos nombres figuren en el registro general antedicho abonarán á la Sociedad el 2 por 100 del importe de su sueldo, que se hará efectivo por los representantes directamente de las empresas, al mismo tiempo que los derechos de representación y el precio de alquiler de archivos, y se ingresará en caja mensualmente.

Calculando que funcionan diariamente en España cincuenta compañías (son muchas más, pero bueno es no hacerse ilusiones) y que, por término medio, tiene cada una un presupuesto de trescientas pesetas, resulta que el importe total de las nóminas alcanza la suma de seis millones de pesetas anuales. El 2 por 100 de que la Sociedad de Autores se hace cargo ascenderá, por consiguiente, á ciento veinte mil pesetas, de las cuales se destinarán cien mil á pensiones y socorros para los artis-

tas enfermos, viejos ó inútiles para el trabajo, y se empleará el resto en la administración, comisión de representantes y gastos imprevistos.

Estableciendo una escala de pensiones de 1.000 pesetas anuales á 3.000, podrán repartirse 15.000 duros entre 50 pensionados, y los 5.000 restantes se destinarán á socorros en la forma que estime conveniente una comisión ejecutiva de cinco actores, que funcionará con carácter permanente. Esta comisión dictaminará en el acto sobre cuantos asuntos se ofrezcan á su consideración para conceder pensiones y auxilios de todas clases, y sus decisiones se cumplirán inmediatamente, sin expedientes ni dilaciones, para que el beneficio llegue al necesitado en cuanto la necesidad se presente.

Funcionará asimismo constantemente una comisión compuesta de tres individuos de la Junta directiva de la Sociedad de Autores, tres de la Asociación de Artistas dramáticos y líricos y tres de la Asociación general de coristas de España, y aunque las tres entidades conservarán su independencia y autonomía, ninguna de ellas podrá tomar determinación alguna que redunde ó pueda redundar en evidente perjuicio de cualquiera de las restantes, sin el acuerdo de la citada comisión mixta, aprobado además por las tres Juntas directivas.

Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles no autorizarán la representación de obra algun perteneciente á la Sociedad sin que las empresas presenten los documentos que á continuación se expresan: 1.° Contrato en que se obligue á satisfacer el importe de los derechos de propiedad. 2.° Contrato formalizado con la Sociedad de Autores para el alquiler de los materiales de

orquesta cuando se trate de obras líricas. 3.º Certificación del delegado de la Asociación de Artistas dramáticos en que se haga constar que *todos* los actores de la compañía forman parte de la Asociación citada. Y 4.º Certificación del gerente de la Asociación general de coristas acreditando que todos los individuos del coro pertenecen á ella. En caso de faltar uno solo de estos requisitos, negarán el permiso para funcionar y pondrán su negativa en conocimiento de la autoridad para los efectos oportunos.»



D. Joaquín Dicenta.

Estas eran las bases. ¿Se ve clara la idea? Tratábase de la unión completa, firme y absoluta de cuantos elementos contribuyen á la representación de obras teatrales, del apoyo mutuo, formal y serio, de la verdadera dignificación de la clase, en una palabra.

Todo se habría hecho y otro gallo nos cantaría á todos á estas horas si se hubiese firmado el convenio allí mismo, como á mí me gusta hacer las cosas, cuando al empuje de la idea se borran y olvidan las minucias y se abren los corazones... Pero ¡ay! quedamos en que el proyecto de Federación se estudiaría detenidamente, y no se hizo nada. En cuanto se nombra una comisión, y de ésta nace una subcomisión, y ésta delega en una ponencia... ¡adiós mi dinero!

En cuanto aquellos señores, que al parecer se habían entusiasmado con la fogosidad de los discursos y con el calor de las réplicas, se fueron á sus casas y se les calmaron los nervios, dejaron brotar en las almas resquemores antiguos y recelos mudos: — «La Sociedad de Autores ¿no era demasiado absorbente? — La protección que brindaba ¿no sería un poco humillante?—¿No llegaría á tasarles los sueldos y á meterse en camisa de once varas?—¿Á qué venía aquello de mezclar en la combinación á los coristas. .?» Esto último les escocía, más que á los otros, á los que habían sido coristas precisamente.

Total: que pasó el tiempo, mucho tiempo; que á mis recordatorios, ruegos y súplicas para que se decidiera algo concreto, se contestaba siempre con evasivas y pidiendo plazos, y que tuve que suspender el avance para mejor ocasión. Suspenderlo, sí; porque abandonar la idea, ¡no! ¡Eso nunca! ¡No sería yo de mi pueblo!



Creo que lo que nos pierde á los españoles es que damos demasiadas alas á la fantasía y nos molesta aplicar el hombro al trabajo material. Hay

aquí mucha actividad en el cerebro y mucha pereza en los músculos. Hacemos grandes planes, acariciamos ideas sublimes; pero una vez hechos y acariciados, nos tumbamos á la bartola... ¡y que los lleve á la práctica otro!

—¡La salvación de la patria consiste en esto, lo otro y lo de más allá!—decimos en el Parlamento, en los mitins, en los cafés y en los casinos.

—Pues vamos á hacerlo.

—¡Ah! eso no. Este país es tan indolente, está tan corrompido .. El que se tome una molestia por él hace una tontería.

Y satisfechos con esta explicación, dejamos que la casa se quede sin barrer por no coger la escoba.

Para llevar á cabo una idea beneficiosa hay que concebir el plan, estudiarle, detallarle y luego... ejecutarle con las propias manos si es posible. Con el descubrimiento de la locomotora no se habría adelantado nada si no hubiese habido quien cavara la tierra y tendiera los rieles.

Digo todo esto porque, organizadas las oficinas, listos, diestros é inteligentes los empleados, á quienes yo señalé puestos, atribuciones y sueldos (aunque es posible que ya no lo recuerde ninguno), la máquina marchaba sola. Descendí, pues, de las alturas en que me enjuagaba con millones, me puse una blusa y bajé al sótano. Para dar solidez á un edificio hay que afirmar los cimientos, y los cimientos están abajo, donde no se necesitan artistas eminentes ni calculistas insignes, sino modestos artesanos que sepan apretar los puños y aguantar la fatiga.

Llegaban de los distintos almacenes de los editores carros y más carros abarrotados de ejemplares que lo inundaban todo. Los montones aquellos ponían espanto en el ánimo más fuerte, y tengo la

seguridad de que, á su vista, nadie se hubiera atrevido á meterse en faena. Venían allí cuantas ediciones de obras dramáticas se habían hecho durante el siglo XIX, mezcladas y revueltas, y había que separar los títulos unos de otros, consultar los diferentes catálogos, hacer un recuento general, aplicar á cada autor las obras que le correspondían, señalar la parte de cada propietario y arreglar, en fin, todo aquello, porque sin que aquello estuviese arreglado no había nada.



D. Miguel de Palacios.

Apliquéme, pues, al trabajo manual, que era el que hacía falta entonces, y todos los días, durante dos años, de una á siete de la tarde, sin salir á flor de tierra más que para asistir á las juntas, me pasé las horas muertas contando y atando ejemplares. Poco á poco iban disminuyendo los montones informes; el catálogo surgía flamante, limpio, exacto, y mientras abajo se encerraban las obras en sus cajas de hierro (¡oh! ¡ya hablaremos de las

cajas de hierro!), arriba, en los estantes de la biblioteca, se iban colocando uno tras otro, *lenta, pero continuamente,* tomos y más tomos en que se encerraba toda la producción teatral española.

Más de un millón de libros pasaron así por mis manos y me pusieron perdido de polvo, para excitar la burla de los compañeros que fumaban y reían alegremente en el salón, sobre alfombras y entre tapices.



Pero aquello iba bien. En santa paz para los demás, y en un trabajo de peón de albañil ó de aprendiz de herrero para mí, se deslizaban tranquila y serenamente semanas y semanas... hasta que, cuando la recaudación de derechos había aumentado en medio millón de pesetas, cuando el crédito de la Sociedad había llegado al *máximum* y cuando yo tenía contados, atados y encerrados cuatro mil novecientos y tantos paquetes, vinieron desde allá arriba á turbar el silencio del sótano que me servía de sepulcro rumores de revolución y estruendo de guerra.

Y al salir asustado de la covacha sin quitarme la blusa, cegóme el resplandor del rayo que, forjado en ignotas nubes mientras yo trabajaba en la cimentación del edificio, venía derecho á hundir y á destrozar la cúpula.

CAPÍTULO XVIII

Los galeotes.

Contaba yo con la ingratitud humana —¡por algo va teniendo uno cierta experiencia!— y así lo había hecho constar oportunamente en una luminosa Memoria; pero contaba con ella un poco más tarde.

Porque es defecto inherente á nuestra naturaleza el olvido de los favores, cuya importancia achica el tiempo y generalmente aminora la distancia; pero es defecto disculpable. ¿Qué mucho que se borre de la memoria de los mortales infortunados el recuerdo de las mercedes recibidas, si de ella desaparecen también los de las penas que sacuden el corazón y los de los placeres que hacen vibrar los nervios? Costumbre es también, y ésta no tiene tan fácil disculpa, la de arrojar lejos de sí la escalera que sirvió para llegar á la cumbre de donde no se cree tener que bajar; pero olvidar los beneficios, y hasta considerarlos ofensas en el momento mismo de disfrutarlos, y tirar la escalera sin haber llegado arriba, son cosas tan incomprensibles y

desusadas, que sólo pudieron ocurrir en aquella novelesca aventura de la Sociedad de Autores, en que fué todo grande y todo extraordinario.

Sí, señores, sí; las nubes de que hablé al final del capítulo anterior avanzaban cargadas de odio. Los mismos autores que habían pensado primero en ofrecerme una pluma de oro de las que se otorgan como segundo premio en los juegos florales, y después en erigirme por suscripción una estatua con una porción de cadenas rotas al pie... me aborrecían cordialmente. ¿A qué obedecía esa repentina mudanza de opinión? ¡Ah! Eso es lo que no supe entonces, por más que hice por averiguarlo, y lo que no he podido saber nunca.

Porque, no está bien que yo lo diga, pero ¡qué diablos! bien reciente estaba lo que se había hecho, y saltaba á la vista que no siendo yo, como no era y consta en autos, autor dramático bueno ni malo, tuerto ni derecho, mal podían alcanzarme las ventajas del triunfo, que los demás estaban en el caso de recoger pacíficamente.

¿Que qué ventajas eran éstas? ¡Ah! Muchas.

Enumeraré las principales, y perdón por la pesadez, que es absolutamente necesaria.

*
* *

El servicio de materiales de orquesta, que antes de la unificación se hacía con las consiguientes dilaciones y trabas, empezó á verificarse con extraordinaria rapidez, por razones que no se le ocultarán al más topo: la ganancia, que antes era individual, se había tornado colectiva, y como el aumento de la riqueza había de depender no tanto del producto del archivo como de los derechos de representación que de él se derivan, claro es

que en el interés de todos estaba que las demandas de las empresas fuesen atendidas bien y pronto.

Más de sesenta copistas trabajaron día y noche durante algunos meses para que ninguna lista de



D. Joaquín Álvarez Quintero.

pedido quedase incompleta; y para simplificar la tarea y duplicar el trabajo, la Sociedad adquirió en trece mil pesetas una máquina litográfica con motor eléctrico, que quedó instalada inmediatamente.

Púsosela por nombre *Chapí*, bautizándola con

toda solemnidad la Srta. D.ª Joaquina Pino en nombre y representación de todas las tiples españolas, y asistiendo al acto nutrida representación de autores, empresarios, actores y coristas.

En el modesto *gaudeamus* con que dió fin la fiesta, según costumbre en casos tales, Fiscowich dió una nueva prueba de su habilidad y su talento. Alzó la copa y brindó... ¡por la prosperidad de los autores libres!, felicitándose de haber guerreado contra ellos bravamente, puesto que su resistencia tenaz les había servido de acicate para llevar á feliz término empresa tan grande y tan hermosa.

Tan elocuente estuvo y tal acento de sinceridad dió á sus palabras, que los mismos que meses antes le hubieran descuartizado ferozmente, le aclamaron con estruendo y le alzaron sobre el pavés, ebrios de entusiasmo. ¡Creo que se emocionaron de veras hasta Paso y García Alvarez!

Sirvió desde aquel instante la máquina para que las obras de éxito verdadero, las que podían formar la base para defender los negocios teatrales en provincias, llegasen á manos de las empresas ocho días después de su estreno, mientras los copistas, sin dar paz á las manos, despachaban hoy diez, mañana veinte, los materiales de las demás obras que habían de constituir el *relleno* de la temporada.

Todas las zarzuelas, pues, hasta las silbadas con razón, podían salir á probar fortuna ante público diferente. Compárese esto con lo que ocurría en tiempos de los archivos múltiples primero y en los de Fiscowich después, y se verá clara y patente la ventaja que la fusión produjo á los autores.

*
* *

Pero no fué ésta sola.

Desde que empezó á estar en auge el llamado género chico, algunos teatros de Buenos Aires andaban á la greña por adquirir el material indispensable para representar zarzuelitas. Agentes misteriosos copiaban música y libreto y los enviaban secretamente como mejor podían; la competencia llegó á adquirir proporciones terribles, y se dieron infinitos casos de estrenar las obras en la capital de la República Argentina el mismo día en que llegaba el correo que conducía los *ingredientes*, y de instrumentar de prisa y corriendo aquellas de que sólo se había podido adquirir la parte de apuntar.

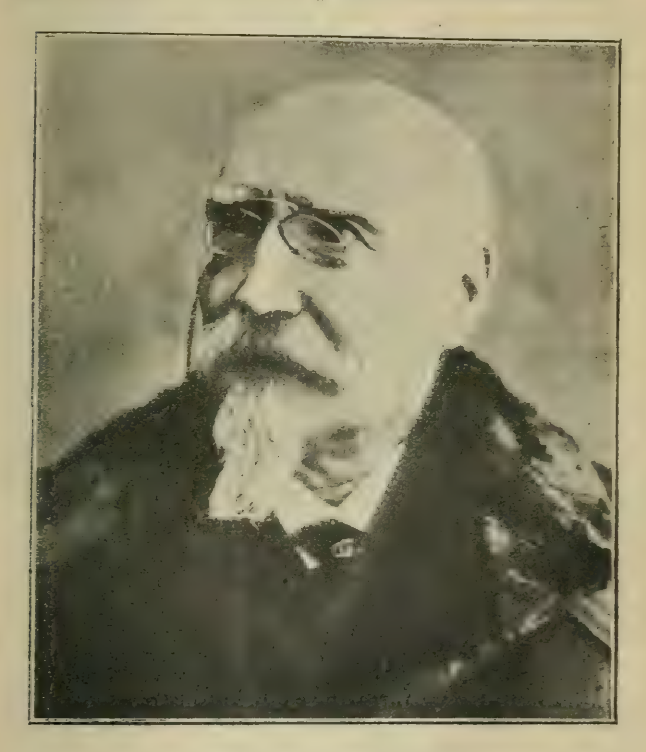
El desbarajuste era enorme; con el pugilato se volvían locos los empresarios bonaerenses, y... los autores no veían jamás una peseta. El material de *La verbena de la Paloma* costó mil duros: la obra dió un dineral en Buenos Aires, y Vega y Bretón se quedaron *per istam*.

Había, pues, que poner mano en aquello. Después de varias tentativas infructuosas, que se estrellaban ante la falta de tratado con la República y ante el gusto de no pagar, demasiado generalizado en ambos continentes, pudimos por fin conseguir algo, aunque no mucho.

La cuestión estaba en adelantarse á los que enviaban la música clandestinamente, y la Sociedad podía hacerlo con un poco de buena voluntad de los autores.

Gracias á la habilidad y al tacto desplegados por D. Eduardo Siver, representante en Buenos Aires de la casa Berard y C.ª, de Valencia, que entendió y siguió admirablemente mis instrucciones, la empresa del teatro Mayo, que allá cultiva el género de zarzuela chica, comprendió al cabo sus

intereses y se comprometió á pagar cincuenta pesos diarios á la Sociedad de Autores si ésta le enviaba las obras con la anticipación necesaria para que ningún otro teatro pudiera adelantársele.



D. José Echegaray.

Se logró cortar de raíz la importación fraudulenta, y desde entonces acá los autores de España reparten entre sí cinco mil pesetas mensuales, sin

tratado de reconocimiento de la propiedad intelectual ni cosa que lo valga.

Tengo la satisfacción de haber proporcionado también á mis compañeros esa utilidad, que no es moco de pavo, sin que á mí lleguen más que las migajas del festín. Casi todas mis obras son rechazadas por el público de América como por el de Europa, y generalmente no pasan tampoco allí de la primera noche. Con la circunstancia agravante de que las que aquí se salvan por milagro pierden toda su virtud al pasar la Línea y no las tragan los porteños...

*
* *

Pero eso no importa. Lo que importa es que las compañías dramáticas y líricas en funciones, que en tiempos de las casas editoriales jamás pasaron de cincuenta, llegaron á ser noventa y tantas al establecerse la Administración única, y este dato puede comprobarse como y cuando se quiera... Epoca hubo en que no pudieron hacerse formaciones de zarzuela porque no se encontraban en ninguna parte coristas disponibles. De modo que los beneficios de la fusión no alcanzaron sólo á los autores con el aumento rapidísimo y extraordinario en la recaudación de derechos, sino á los millares de personas que del teatro viven.

Vista la cuestión bajo otro aspecto, resultará siempre innegable—porque dudarlo siquiera sería cerrar los ojos á la luz—que los autores libres de deudas (diez á todo todo tirar, aparte de los socios fundadores) recibían próximamente un 5 por 100 más por economía en la administración, y que los que tenían suspendida sobre sus cabezas la espada del «saldo en contra» se ahorraban,

además de ese 5, el 12 por 100 acumulado que habían de satisfacer como réditos de las cantidades tomadas á cuenta.

Vayan dos ejemplos para mayor claridad, y vuelvo á pedir perdón por la molestia:

Supongamos un autor que no debe nada y tiene anualmente de recaudación 8.000 pesetas en provincias y 2.000 en Madrid.

Pagaría á la casa editorial por la administración de la primera partida, al 15 por 100, pesetas.....	1.200
Por la segunda, al 2 (1).........................	40
TOTAL...............................	1.240
Y abonaría á la Sociedad por el primer concepto, al 10 por 100................................	800
Y nada por el segundo. Guardaríase, pues, al año pesetas..	440
Imaginemos otro autor que también recauda 10.000 pesetas y debe 20.000. (Era la proporción más general.) Este pagaría al editor, por administración, como el otro..............................	1.240
Por intereses al 12 por 100..	2.400
TOTAL...	3.640
Y á la Sociedad, como el anterior............. ...	800
Sobraríanle anualmente........................	2.840

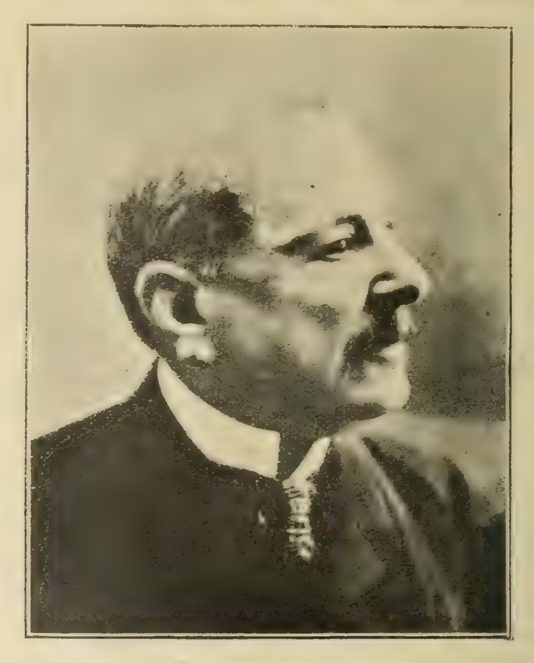
Y como los intereses quedaban perdonados y se le habían de descontar únicamente 2.000 pesetas para amortizar en diez años su deuda, podía hacerse la cuenta, si quería, de que le regalaban los cuatro mil duros y además le daban cada año más de tres mil reales de propina.

¿Se ha entendido esto? Sentiría no haberme

(1) Había bastantes, muchos, que pagaban el 5.

expresado bien, pero son tan fastidiosos los números...

Por eso he dicho antes, para explicar la bondad de la operación, que si todos me devolvieran lo que con ella han ganado hasta ahora, las obliga-



D. Ricardo de la Vega.

ciones de la Sociedad quedarían amortizadas en el acto.

¿Se quiere más? Pues hay más todavía. Las liquidaciones mensuales, la facultad de retirar de la caja diariamente la recaudación de Madrid sin

descuento alguno, la facilidad que desde entonces tuvieron todos, tirios y troyanos, para consultar datos, conocer las relaciones de los corresponsales, examinar documentos y, en una palabra, vigilar y cuidar en todas partes las representaciones de sus obras, todo eso había de dificultar en lo sucesivo ventas y préstamos, puesto que, conocidos con la necesaria anticipación los ingresos, cada cual podía atemperar á ellos sus gastos, y sólo pasarían apuros los que se empeñasen en sacar los pies de la manta.

*
* *

Así, de esta manera, los que, más que por sus culpas, por las de sus antecesores, venían amarrados á la férrea cadena de las casas editoriales, quedaron libres, como lo fueron siglos atrás, por la sublime locura de Don Quijote, los «forzados del rey que iban á galeras».

Y en cuanto se alejaron las guardas y quedaron esparcidos por el suelo los eslabones de la cadena rota (aquellos mismos eslabones que habían de figurar al pie de la estatua), no todos, ¡eso no! pero algunos de los que acababan de obtener la libertad, se alejaron un buen trecho y empezaron á arrojar sobre mí peladillas de arroyo gordas como puños. Caído quedé, y en vano intentaron levantarme los que conmigo habían salido al campo en busca de aventuras, mientras el resto de los redimidos presenciaba tranquilamente la pedrea.

De ella conserva aún hondas abolladuras la mísera bacía de barbero que yo reputaba por yelmo de Mambrino. Porque ¡ay! no lanzaban los guijarros manos femeniles, suaves y delicadas, sino que

llovían arrojados con ímpetu incontrastable y desusada furia por la temible y poderosa catapulta de la Prensa.

De la cual catapulta hablaremos con la extensión debida, mediante Dios, en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX

La campaña de la Prensa.

Así como declaré oportunamente que no me consideraba autor dramático, siquier hiciera de cuando en cuando mis pinitos como cada *quisque*, declaro ahora que soy, he sido y seré siempre periodista. Así consta en mi cédula personal desde 1881, y como tal me empadronaré todos los años, hasta que Dios se sirva disponer de mi ánima. Porque á la Prensa me arrastra mi vocación, en ella puse todos mis amores y en ella gasté mi actividad y mi energía, si alguna tuve, y desde sus trincheras combatí durante muchos años en pro de lo que juzgaba bueno.

Periodista me soy, pues, y de los de pura casta; de los que olfatean la nota de actualidad, el artículo de sensación y el asunto interesante; de los que tienen mezclada con la sangre tinta de imprenta, y escriben nerviosamente sobre las cajas, y se excitan y enardecen con el estrépito de la maquinaria, como los guerreros con el olor de la pólvora.

Perdonad si escribo con tal frescura mi propio elogio; pero estoy hablando con absoluta sinceridad, y para ser verdaderamente sincero estorba la modestia, que de cien veces, noventa y nueve y media suele ser falsa.

Pues bien, á pesar de eso jamás demandé al compañerismo ni á la amistad un suelto encomiástico ni un adarme de benevolencia, ni por mi parte los concedí nunca. La cualidad más estimable en el escritor público es la independencia, y ésa, la de ser independiente, es la única condición que he puesto cuando he sido soldado de fila y la que he otorgado á todos cuando las circunstancias me han convertido en jefe, aunque indigno.

Todo este preámbulo va enderezado á explicar lo inexplicable: que ahora, cuando aún me sangran las heridas del amor propio, y cuando todavía vive el recuerdo de los furibundos ataques que juzgué inmerecidos, me conserve Dios la serenidad de espíritu y la fuerza de voluntad suficientes para mirar las cosas desde arriba, desde lo alto, y contarlas como fueron y no como yo debía verlas á través de la desilusión y de la amargura.

*
* *

En el momento en que la unión de los autores quedó hecha, cuando parecía que cuantos se dedican al arte teatral iban á entrar resueltamente en una era nueva de prosperidad y bienandanza, la Prensa entera, avanzada y retrógrada, de mucha circulación y de escasos lectores, se irguió de pronto para cerrar el paso.

Y lo triste, lo doloroso es esto que, olvidando rencillas menudas y apagando viejos resquemo-

res, tengo que afirmar rotundamente: la Prensa entonces hizo bien.

¿Os asombráis de que sea yo quien lo diga? Pues sí: hizo bien. Cumplió su misión reflejando la opinión pública, francamente hostil á la Sociedad de Autores en general, y á mí en particular, porque se me consideraba el alma de ella. El odio injusto que, sin motivo ni causa, fermentaba en escenarios y saloncillos, la semilla de la desconfianza y el virus de la calumnia que espontáneamente surgían bajo las bambalinas y entre los bastidores, terreno abonado para tales gérmenes..., todo eso fué extendiéndose como las ondulaciones de la charca donde cae un pedrusco, llegó á excitar las pasiones de la masa que no lo entendía, y soliviantó los ánimos de los que cantan en el coro sin saber lo que cantan.



D. Amadeo Vives.

Llegó á los periódicos, ¿no había de llegar? y en

sus columnas se agitó durante días, semanas, meses enteros, porque era el *suceso* de actualidad, y había que recogerlo, y se recogió, y bien recogido estuvo. Tonto de remate ó loco de atar sería yo si me quejara de ello. Hubiérame rodeado entonces una atmósfera de admiración y de gloria y la Prensa habría echado en mi loor las campanas á vuelo; me ahogó un ambiente de enemistad, de recelos, de dudas, y ese ambiente inficionó las redacciones y se estereotipó en los rodillos de las rotativas para llegar á los rincones más apartados.

Los periodistas se equivocaron seguramente; pero ¿no habían de equivocarse, si los manantiales de información no eran buenos? A la fuente del error hay que maldecir cuando hace daño, no al que le propala porque en ella ha bebido.

¡Es muy cómodo acudir á la Prensa para sembrar cizaña y, en cuanto la simiente empieza á dar frutos, salir del paso echando la culpa á los periodistas!



En larga procesión acudían un día y otro músicos y autores á las redacciones de los periódicos á depositar lamentaciones y quejas, infundadas todas como el tiempo se ha encargado de probar cuando ha llegado el caso, pero que no lo parecían entonces. De los beneficios inmensos nadie hablaba; las contrariedades pequeñas, las supuestas pretericiones, los disgustos de poca monta, hasta la antipatía personal se abultaban adrede y de tal modo, que los encargados de transmitir al público todas las palpitaciones de la vida nacional pudieron creer, y creyeron, en el malestar general de la clase y en las imposiciones de una tiranía odiosa... Las mur-

muraciones de los corrillos se grabaron al fin en letras de molde, y la gran mayoría de mis compañeros (en la Prensa se entiende) emprendió con el ardor y la vehemencia propios de la raza una campaña violenta y tenaz, suponiendo que trabajaban para defender los intereses de gran número de hombres de talento, y hasta por el porvenir artístico de la Patria. La cabeza diera yo por que ahora, aunque un poco tarde, se convencieran de que trabajaban por lo contrario.

Y permitidme que vaya un poco más allá. ¿Dónde? Á disculpar también á todos aquellos que formaban la procesión citada más arriba, y que al dañar á la Sociedad se dañaban á sí mismos. No; tampoco fueron ellos culpables á sabiendas, sino inocentes y candorosos peones de ajedrez, movidos por manos hábiles y... no siempre muy ocultas. No es esto una sospecha vaga, sino profunda convicción basada en datos y documentos que no quiero sacar á relucir porque me he propuesto no molestar á nadie.

Pero los lectores lo comprenderán en seguida. Si la Sociedad se desmoronaba en la plenitud de su fuerza, la riqueza amontonada allí podría dar sobrados y apetitosos contingentes á una ó varias casas editoriales nuevas... que no podían fundarse si no se excitaban las pasiones á tiempo y no se rompía la unión de los autores inventando motivos de disgusto. Inventándolos, sí; porque las quejas y lamentaciones de marras no tenían el menor fundamento, y se destruyen con un soplo.

Por ejemplo, la existencia de una camarilla que imponía á las empresas determinadas obras y alejaba de los teatros á los autores noveles, era, ha sido y será siempre un cuento tártaro. Desde que se dieron por primera vez representaciones teatra-

les, hasta el día del Juicio por la noche, tendrá, sin embargo, partidarios fieles y decididos semejante idea.

Porque á cuantos andan por esas contadurías de Dios con un rollo bajo el brazo (y así ando yo todavía á estas horas) será más fácil convencerles de que los autores acreditados les cierràn las puertas, que de que su obra es mala ó, por lo menos, al empresario no le conviene. Y en vano saldrán todos los años á probar fortuna (gracias precisamente al aumento de *consumo* promovido por la Sociedad) docenas y docenas de autores nuevos, á quienes el público rechaza. Ellos y los del rollo consabido no atribuirán su desgracia á la propia ineptitud, sino á la influencia de *comités* secretos.



D. Julián Romea.

En este punto la ceguedad es tal, que todo el mundo puede comprobar que se pasan años enteros sin que figure en ningún cartel alguna obra mía y, sin embargo, como si yo los ocupara todos, cada principiante de los que me honran con sus

consultas me dice, con acento de convicción sincera, al entregarme el mamotreto:

—Ya sé que es inútil, y que no podré estrenar nunca, porque como ustedes lo *acaparan* todo...

¿Quiénes seremos nosotros? ¡Caramba!

Á lo que yo contesto siempre:

—De modo que en cuanto *nosotros* nos muramos se acabaron las comedias, porque como no habrá empezado la carrera nadie...



D. Jacinto Benavente.

Camarillas sí hay, ¡no ha de haberlas!; pero es el público quien las hace. En el teatro se hacen obras y se guardan consideraciones á Echegaray, Benavente, Galdós, los Quintero, Ramos, Vital, Arniches... y se pide música á Chapí, Caballero, Chueca, Vives, Jiménez, Serrano... como se encargan estatuas á Benlliure y Querol, y cuadros á Sorolla, y comidas á Lhardy, sin que á los demás escultores, pintores y cocineros se les ocurra hablar de katipunanes ni cosa parecida.

*
* *

Pues tan sólidos como éste eran los demás argumentos contra la Sociedad; porque del servicio de materiales de orquesta, que también dió mucho que hablar, no supo nadie lo que dijo, y de la tecla de las exclusivas poco menos. La concesión del derecho exclusivo de estreno ó representación es muchas veces necesaria; otras, conveniente, y algunas, perjudicial, por razones que no es preciso exponer ahora; pero sea como quiera, compete únicamente al autor, que manda en lo que ha escrito, como los demás ciudadanos disponen de lo suyo, sin que la Sociedad amengüe ni coarte este derecho, porque no podría aunque quisiera. De modo que echarla culpas que no tiene, es gana de moler, como dijo el otro.

De la división de autores en socios y administrados, también se sacó mucho partido. No valía la pena. En todas las Sociedades hay separaciones parecidas y nadie lo nota... ¡Con decir que hasta en el Banco de España no todos los accionistas tienen voz y voto! Porque el error fundamental consiste en atribuir á la Sociedad fines artísticos que no tiene ni puede tener, según sus estatutos, y para cuyos fines sería necesaria la igualdad de derechos. La Sociedad es únicamente administrativa, y esa división no se hizo espontáneamente, sino porque los editores, que habían de recibir como dinero las obligaciones de marras, pusieron por condición que se suspendiera, hasta amortizarlas, la admisión de socios.

Todas estas cosas, y la cuestión del dominio público, que por su importancia se tratará con extensión más adelante, son, como se ve, relativamente baladíes y de *orden interior*. Si acaso, podían importar á escaso número de personas y, sin embargo, por arte de birlibirloque apasionaron á la gen-

te en toda España, ocuparon la atención pública durante mucho tiempo y, como se dice vulgarmente, hicieron gemir de firme á las prensas.

Se dió el caso, graciosísimo en el fondo, de que un asunto que no entendía nadie lo discutió acaloradamente todo el mundo, y puede decirse que la nación entera, desde los ministros á los aldeanos, dieron más importancia á las exclusivas, al dominio público y á los archivos, que al tratado de París, que nos había dejado sin colonias y nos había hecho cargar, por contera, con la deuda de Cuba.

Reflejando este «estado de cosas», un periódico primero, después tres ó cuatro, y al fin absolutamente todos, dedicaron durante cinco meses la parte más importante y visible de sus columnas á zarandear á la Sociedad de Autores, á destruirla, á aniquilarla, sin embargo de significar un progreso evidente y una suma de sacrificios enorme.

Los ataques, dirigidos al principio á la Sociedad, se concretaron más tarde á la Junta directiva, negándola todo lo negable, y acabaron por dedicarse á mí solo. ¡María Santísima, cómo me pusieron! Hasta mis amigos (que lo eran y siguen siéndolo casi todos) perdieron la cabeza, embriagados con el apoyo que la opinión pública les prestaba, y me hartaron de palos sin compasión y creyendo que ponían una pica en Flandes.

Resultó de aquella tracamundana que yo era un autor dramático fracasado con justicia, un versificador detestable y un prosista ramplón que no había sabido escribir jamás ni las cartas á la familia. ¿Con qué derecho un *currinche* de tal naturaleza se permitía administrar y dirigir á los genios?

Pero... allá va la última afirmación estupenda de la serie: aquello, lejos de apesadumbrarme, me llenó de orgullo. ¿Por qué? Porque me combatie-

ron rudamente, enérgicamente, con todas sus armas y en los periódicos más leídos, periodistas insignes, cronistas ilustres, literatos de verdadero mérito, críticos de innegable autoridad y de extensa cultura; y toda esa hueste intelectual, lucida y poderosa, da honra y prez á quien trata como enemigo.

¡A punto estuve de ensoberbecerme como la lagartija de la fábula! Cuando tantos y tales elementos se juntaban para derruirla... algo grande tenía que ser la Sociedad de Autores, y algo importante dejaba yo tras de mí, como señal imperecedera de mi paso por este pícaro mundo.

CAPITULO XX

El Palacio.

Precisamente cuando las gentes estaban más alborotadas y los ánimos echaban lumbre, quince ó veinte autores, reunidos una tarde en nuestra casa del Salón del Prado, trataban de que los ejemplares rebosaban de los sótanos, los encargados de la litografía no podían moverse, á los empleados les era imposible trabajar por la estrechez de las oficinas y, en fin, de que allí no cabíamos ni de pie. De pronto uno de los presentes, el Sr. Boceta, salió por este registro:

—Hombre, yo sé de una casa que convendría á la Sociedad, y se vende en la mitad de lo que vale.

—¿Cuál es?

—El palacio de la señora viuda de Martos, donde ahora están instaladas las oficinas del tranvía del Este, que se mudan dentro de un mes lo más tarde.

—¿Y hacia dónde cae eso?

—En la calle de Núñez de Balboa.

—¡Está muy lejos!

—¡No hable usted más! ¡Muy lejos! Á cien leguas de la Puerta del Sol.

—Señores, que más alejado del centro vivía Fiscowich y en peor barrio, y nadie caía en ello. Y, sobre todo, por verlo ¿qué se pierde?



Palacio de la calle de Núñez de Balboa, núm. 12, domicilio actual de la Sociedad de Autores.

—Se pierde el tiempo, porque no hemos de hacer nada.

—¡Quién sabe! Si quieren ustedes venir... ahora mismo los llevo.

Total: que fuímos, y todos los que hicieron aquella primera visita quedaron encantados. A cuantos lo ven por primera vez les pasa lo mismo, y no puede ser de otra manera: entre los modestísimos entresuelos de casa de huéspedes donde se alojaban las casas editoriales, y el edificio en que ahora tienen los autores su domicilio, hay tanta diferencia como del día á la noche.

Grandes sótanos que sirven de talleres de litografía y de almacenes de librería y música, her-

moso jardín con cenador y todo, magnífica y abundante instalación de luz eléctrica, máquina de calefacción, salas de copistería bañadas de luz, oficinas amplias, independientes, despacho del gerente tapizado de terciopelo, escalera monumental de mármol, galeria japonesa con muebles valiosos, salón de música tapizado de brocatel, biblioteca, secretaría, salón de juntas, salón árabe para conversacion amena, sala de fumar, cuarto de baño, gabinetes para conferencias y visitas... todo con techos pintados al óleo, todo grande, rico, espléndido. Y todo se apreció en lo que valía mientras hubo amistad, unión y compañerismo. Cuando faltaron las tres cosas, los autores encontraron aquello malo y asqueroso, y hasta los empleados renegaron de sus comodidades. ¡Sólo volviendo unos cuantos pasos atrás, unos y otros las echarían de menos!

Salimos de la visita haciendo comentarios y planes de color de rosa y distribuyendo con la imaginación las mesas y las sillas.

—¡Calma, caballeros!— dije yo entonces.— No vayamos á freir el lomo antes de matar el cerdo. ¿Conviene ó no que nos mudemos aquí? Piénsenlo ustedes bien, para que luego no tengamos trapos que lavar.

— Sí, sí; conviene.

—Bueno, y ¿cómo pagamos las 325.000 pesetas que piden por la casa y los muebles?

—¡Ah! Eso allá usted. Las matemáticas son de su negociado.

*
* *

La recaudación por todos conceptos en la República mejicana no había podido llegar jamás á mil pesetas mensuales, y estaba á punto de firmarse

un contrato arrendando todos los servicios en la suma de cinco mil. Repartiendo tres mil entre los autores y aplicando dos mil como producto de materiales de orquesta, aquéllos saldrían ganando el 66 por 100 y la Sociedad recibiría ocho mil realitos al mes por lo mismo que antes la producía, con iguales gastos, una bicoca.

Daban, por consiguiente, en cinco años estas dos mil pesetas que vendrían de Méjico una utilidad *nueva* de 24.000 duros, y teniendo en cuenta que en el mismo período de tiempo habría que pagar de menos, por el interés de las obligaciones que se iban amortizando, la cantidad aproximada de 200.000 pesetas, tendríamos una suma total de 320.000 En cinco años, pues, podría pagarse el palacio... si el crecimiento natural de ingresos por pequeño derecho y alquiler de archivos bastaba para cubrir el exceso de gastos que sobre la anterior exigía la nueva finca. Si no bastaba, la señora viuda de Martos sería tan amable que nos concedería un plazo prudente para amortizar el pico que faltase... y que no podía ser mucho.

¿Se ha comprendido bien la operación?

D. Juan Dessy, representante y apoderado de la propietaria, la entendió en seguida.

Lleguéme á él y le dije:

—La Comisión ejecutiva ha acordado comprar el palacio, y acepta el precio.

—Bueno; pues cuando ustedes quieran me hacen la entrega y firmamos la escritura.

—¡Ah! Ese pequeño detalle es el que va á faltar, porque la Sociedad no tiene dinero.

—Entonces...

—Pero ¡vamos á ver! ¿Usted qué iba á hacer con los 65.000 duros?

—¡Toma! Emplearlos en seguida en cualquier negocio.

—¿Y qué cree usted que podrían producirle?

—Hombre... no creo que sería difícil sacar el 6 por 100.

—Pues estamos al cabo de la calle.

—¿Cómo?

—Ya le hemos entregado á usted el dinero, ya lo ha colocado usted en la Sociedad de Autores, con la garantía de la propia finca, y ya le está produciendo á usted el 6 por 100 mondo y lirondo. Desde mañana lo cobra usted, si quiere, y al cabo de cinco años recibirá el capital íntegro. ¿Hace?



D. Carlos Fernández Shaw.

Hizo. Se compró el palacio como antes las galerías, sin una peseta y dejando hipotecado únicamente lo que se compraba. Sólo había en el contrato una cláusula un poco fastidiosa: si al transcurrir cinco años aquél no se cumplía, la Sociedad dejaría el palacio y abonaría 15.000 duros de indemnización, quedándose con los muebles. Se firmó así porque como estaba yo seguro de que se

cumpliría... Ahora parece que los demás no lo están y tiemblan por el porvenir. Yo no tiemblo; ni ahora ni nunca.

Y vamos á otra cosa.

*
* *

El nuevo traslado se verificó mientras veraneaba todo el mundo, con la misma rapidez y en la misma forma que el otro: á fuerza de hombres y de carros. Vuelta á desclavar y clavar cajas de hierro, á trasegar paquetes, á organizar oficinas y á dirigir herreros, carpinteros, electricistas y albañiles. La brega fué de órdago; pero tampoco se interrumpieron un solo minuto los servicios.

La impresión que hizo el cambio fué de asombro primero, de indignación después... ¡Sí! de indignación. ¡Aquello ya era insoportable! Chillaron enfurecidos los autores, á quienes nadie pedía un céntimo, porque se les instalaba regiamente, arreció la tempestad en la prensa hasta lo increible, y los mismos que un año antes hacían antesalas sobre las esteras raídas, trinaron contra quienes les ofrecían, *gratis et amore*, alfombras y sedas, brocatel y mármol.

No faltó quien dijo en letras de molde que aquella prosperidad era insultante y había que acabar con ella; y, lo que es más absurdo todavía, hubo quienes, viviendo del producto de sus obras teatrales, intentaron dirigirse en serio á los Poderes públicos pidiendo que se legislara mermando el derecho de propiedad, hasta quitar al autor el de prohibir la representación de sus obras. ¡Con tal de dejar tuerta á la Sociedad, que les hartaba de beneficios, consentían en perder los dos ojos!

Entonces fué cuando, para dar el golpe decisi-

vo, para que los indiferentes se alzaran también en contra nuestra, surgió la temible, la pavorosa cuestión del *dominio público*, traída y llevada un día y otro, exagerada en proporciones gigantescas, hasta producir la crisis...

*
* *

Y ¿qué es eso del dominio público?

Vamos á ver si lo sacamos adelante en cuatro palabras.

Según la ley, ochenta años después de muerto un autor, sus obras quedan á la disposición del primero que pase. Todo el mundo puede imprimirlas, venderlas, representarlas. Una casa es de quien la hace ó la compra, por los siglos de los siglos. Una comedia ó un vals son de quien quiera usarlos al cabo de cierto tiempo. Dícese, para disculpar esta enormidad, que de ese modo se evita el peligro de que el *Quijote*, por ejemplo, caiga en manos de un zote y muera en el olvido. ¿Por qué? Si un zote hereda á Cervantes, aquel zote no será eterno y algún heredero llegará que comprenda el valor de la cosa heredada. ¿O es que todos los derecho habientes de los genios han de ser zoquetes por fuerza hasta el fin del mundo?

Aparte de esto, semejante precaución no se toma más que con la literatura y la música. La propiedad de cuadros y estatuas no caduca jamás. Los que los van comprando pueden seguir vendiéndolos hasta que la tierra se pierda en el caos, y si á uno de los compradores se le antoja romperlos ó quemarlos, nadie le dice nada. ¡El Estado no obliga al propietario á regalarlos al Museo ochenta años después de muerto el autor, única manera de hacerlos entrar en el público dominio! Si quiere

que en el Museo figure tiene que pagarlos, y caritos, por añadidura...

Pero no sólo se consideran de dominio público las obras que están en el citado caso, sino todas aquellas que no han cumplido ciertos trámites oficinescos. Es decir, que yo estreno una comedia esta noche, y por milagro no me la silban. Si se me olvida inscribirla en el Registro de la Propiedad antes de que pase un año y no pago dos pesetas de la póliza, la obra ya no es mía. Pierdo la propiedad en absoluto. ¿Les asusta á ustedes esta atrocidad? Pues es exacta.



D. Tomás Luceño.

A los propietarios de otras cosas, cuando no cumplen algún requisito legal, se les multa, se les saca el dinero; pero no se les despoja de lo suyo. A los escritores y á los músicos, sí; su propiedad tiene el triste privilegio de no ser suya en cuanto se descuidan.

Con todo y con eso, las obras que por ambos

conceptos se consideran de dominio público no producen al año más de mil pesetas, porque la mayor parte de las del primer caso están refundidas, y el refundidor tiene los mismos derechos que el autor y puede cobrar por su refundición lo que quiera, la mitad á que le autoriza la ley, ó el total, si él lo pone por condición precisa; y las del segundo caso, es decir, las que no se inscribieron á tiempo, son casi todas fracasadas, y las que no lo son pertenecen á alguien, si no por la ley por la justicia; y lo justo está por encima de lo legal.

Se comprende, de todos modos, que por cantidad tan insignificante no iba la Sociedad á sostener tan tremendas batallas. Las sostiene porque á la sombra del dominio público se cometían abusos de todas clases, cambiando los títulos de autores conocidos para que no figurasen en ningún catálogo, alterando en parte mínima las refundiciones y apelando, en fin, á mil estratagemas. Las sostiene porque la exención del pago de derechos no beneficia al público, que paga sus localidades al mismo precio, sino al empresario, que se los ahorra. Y al ahorrárselos el empresario prefiere naturalmente, en igualdad de circunstancias, las obras de los autores muertos, que ya no trabajan ni comen, á las de los vivos, que tienen que trabajar para comer. Y en buena teoría socialista no se puede ni se debe tolerar tal competencia.

Y las sostiene porque, aunque sus rendimientos son escasos, como llevo dicho, cree más natural y más justo aplicarlos á mejorar las condiciones económicas de los artistas actuales, que á su vez mejorarán las de los venideros, que dejarlos en poder de un caballero particular que se limita á meterlos bonitamente en el bolsillo.

Porque sí, señores, nadie más que el empresario puede obtener ventajas. El público, el que se considera verdadero amo, no obtiene ninguna. Lo mismo le cobran por ver una comedia que él juzga de su propiedad, que por ver otra que no le pertenece. Y, sin embargo, cuando se armó la marimorena de marras, el público, que seguía pagando como si tal cosa, llegó á creer de buena fe que la Sociedad de Autores le estafaba, le robaba miserablemente.



D. Angel Guimerá.

¡Ah! ocurrieron entonces lances muy curiosos.

El alcalde de una población en que una compañía acababa de representar *El señor feudal*, de Dicenta, y no quería pagar los derechos, contestó al representante de la Sociedad que le pedía amparo:

—¿*El señor feudal*? ¡Qué se ha de pagar *El señor feudal*! El título mismo indica que eso es cosa de hace mucho tiempo, y por consiguiente pertenece al dominio público.

Otro alcalde más gracioso, más avanzado y más radical, respondió en un caso parecido:

—¿Qué monsergas son esas de derechos de representación? ¡Á mí no me venga usted con lilailas! ¿Cree usted que no leo periódicos? ¡Demasiado sé yo que todo ello es una martingala para que se coman el pan de los pobrecitos cómicos ese Sinesio y sus compinches!...

Y un caballero (ya se ha muerto el pobre) que se fué á Cuba con lo puesto y volvió á los seis meses nadando en oro, me decía muy formal tratando de la cuestión palpitante:

—Desengáñese usted, amigo Sinesio, en eso del dominio público... ¡se les ha ido á ustedes la mano!

* * *

Tal era la opinión general y así estaba la atmósfera cuando se estrenó *La chica del maestro*..

Sólo así se explica lo que ocurrió aquella noche...

CAPITULO XXI

El estreno de «La chica del maestro».

Antes de pasar adelante debo hacer algunas advertencias, aunque sea anticipando los acontecimientos.

La cuestión del *dominio público*, de que he dado una vaga idea en el capítulo anterior, la resolvía, *y la resuelve*, la Sociedad de Autores españoles imitando á la de Autores franceses. Allí, como aquí, no se concede á las empresas el oportuno permiso para representar las obras del repertorio si no firman previamente un contrato obligándose á pagar una cantidad determinada por cada función, sea cualquiera la obra que se ejecute. Ese contrato no sólo obedece á un principio de justicia y de protección á los autores que tienen que vivir de su trabajo, sino que es perfecta y absolutamente legal en todas sus partes.

Por defenderle á rajatabla, por creer que con él se cortaban de raíz innumerables abusos y se amparaba debidamente el derecho del autor, se me echó encima medio mundo y me arrojaron de la

Sociedad poco menos que á puntapiés. ¿Que no? ¡El pretexto fué ése!

Pues bien, á la Junta directiva á que tuve el honor de pertenecer sucedieron otras y otras, muchas ¡demasiadas! formadas todas por hombres prudentes, graves, serios, dignos y, desde luego, muchísimo más inteligentes que yo. Nunca á ninguno se le ha ocurrido variar el sistema, y las empresas siguen firmando los contratos dichosos y pagando los derechos de todas las obras que representan, sean las que fueren. A la Sociedad pertenecen ya muchos de los que me combatieron rudamente por esta causa, y en ninguna Junta general han pedido, que yo sepa, que ni se firme ni se cobre...

De donde se deduce que, ó aquí hemos perdido la cabeza todos, ó lo que en mí parecía mal en los demás parece de perlas, ó mi derrota se ha convertido en un triunfo, ó me voy pareciendo un poco al Cid Rodrigo de Vivar en que gano batallas después de muerto.

Escojan ustedes lo que quieran, y vamos andando.

* * *

Momentos antes de levantarse el telón del teatro de la Zarzuela para el estreno de *La chica del maestro*, entramos en el palco destinado á la Junta directiva Serafín Quintero y yo; los primeros que llegamos. En seguida se dirigieron á nosotros las miradas de todos los concurrentes; miradas de curiosidad agresiva, de aborrecimiento colectivo... ¡la opinión pública estaba en punto de caramelo! Tan en punto estaba, que de la galería principal, en nuestras mismas barbas, ó poco menos, salió

una voz aflautada que dijo, clara y distintamente:

—¡Ladrones!

¿Quién era el de la voz aflautada? ¡Cualquiera! Un espectador honrado y sencillo, que se atrevía á expresar de aquel modo la idea general. Aquel mismo día le habrían dado paño de Tarrasa diciéndole que era inglés legítimo, y habría tomado chocolate sin cacao, y se habría llevado á casa un kilo de garbanzos con doscientos gramos de menos, y hasta se habría bebido una botella del vinillo agrio de mi país, pagándolo como Burdeos de la mejor marca... Pero todo ello le parecería cosa natural y corriente. Lo que no podía tolerar era que la Sociedad de Autores, representada por Quintero y por mí en aquel instante, hiciera pagar á los empresarios las obras de don Ramón de la Cruz, para no perjudicar á Ricardo de la Vega. ¡Eso era un crimen! Claro estaba que ni á él, ni al vecino, ni á nadie les quitaban un



D. José Jackson Veyan.

céntimo; pero el escandaloso abuso de la Sociedad de Autores era evidente. ¿Por qué? ¿Cómo? No lo sabía de cierto ni le importaba; lo leía en letras de molde á todas horas y bastaba con eso. La gente no necesitaba pruebas para creer lo malo; para lo que las necesita es para asegurar que alguien ha hecho algo bueno. Dos y dos pueden ser cinco para demostrar matemáticamente una canallada; á duras penas son cuatro para probar una acción meritoria.

*
* *

La obra, á pesar de todo, pasó sin tropiezos. Riéronse de buena gana los espectadores con algunas escenas graciosas y movidas, se aplaudieron mucho dos ó tres números de música de Chapí, verdaderamente deliciosos, y al final, sin protestas de ningún género, salieron los autores cinco ó seis veces, cogidos de la mano como es uso y costumbre, á dar las gracias á Dios y al público, emocionados y contentos.

Total: no un éxito colosal de los que hacen época, pero sí un éxito regular de los que traen aparejadas cincuenta representaciones... y aquí paz y después gloria. Había caído por última vez el telón y empezaba á desaparecer lentamente el concurso, cuando en las últimas filas de butacas surgió una disputa sobre el mérito de la obra. Al final de todos los estrenos suele pasar lo mismo y en circunstancias normales la cosa carece de importancia, pero entonces una chispa bastaba y sobraba para producir un incendio. Oyéronse palabras duras, engrosó más de lo debido el grupo en que se discutía, salieron á relucir la Prensa, la Sociedad, los archivos y el dominio público... y se enarbola-

ron los bastones. La gente que se marchaba tomó parte en la gresca, jaleando á los que gritaban con pataleos y silbidos... pero los acomodadores empezaron á hacer la requisa y se despejó la sala sin otras graves consecuencias.



D. Emilio Orejón.

Esto es lo que pasó y no más.

¿Había alguna razón para que la obra se retirase del cartel? No; no había ninguna. Si ustedes han tenido la comodidad de fijarse, no habrán podido menos de notar, desde entonces, que de cada diez obras que se estrenan, chicas ó grandes, ocho dan lugar á protestas y alborotos, y se rechazan con todo el ruido posible. Lo cual no es obstáculo para que al día siguiente las empresas, con la frescura del mundo, las anuncien con letras rojas, digan que han sido extraordinariamente aplaudidas y hasta las hagan representar dos veces en la misma noche, como si les corriera mucha prisa sacarlas el jugo.

Y el público se aguanta y la Prensa no se enfu-

rruña. Pero entonces, cuando no tenían razón precisamente, se incomodó el público y se enfurruñó la Prensa. Los periódicos dieron grandísimas proporciones al escándalo, dijeron en todos los tonos que aquello de representar una obra silbada obedecía á imposiciones de una camarilla insolente: esgrimiéronse, para salvar á la patria y al arte de tan ominoso yugo, las mejor cortadas plumas, y tirios y troyanos excitaron el celo de las autoridades para que sentaran la mano á los acaparadores atrevidos y acabaran de una vez, *manu militari*, con semejante «estado de cosas».

Un cronista insigne, de ordinario bonachón y cariñoso, y antiguo amigo mío por añadidura, deslizó suavemente la idea de que el público podía intervenir en el asunto, y de que no estaría mal del todo un final trágico y sangriento. ¿Se ríen ustedes? Pues sí, sangriento. Más claro, y hablando en plata: que siendo los trastornos obra de una empecatada camarilla, y siendo yo la cabeza visible de la camarilla aquella... tal vez sería un acto de justicia coserme á puñaladas y arrastrarme por las calles en un serón, como á D. Rafael del Riego, por haber entonado un himno á la libertad, que aquí suena siempre á música de los demonios.

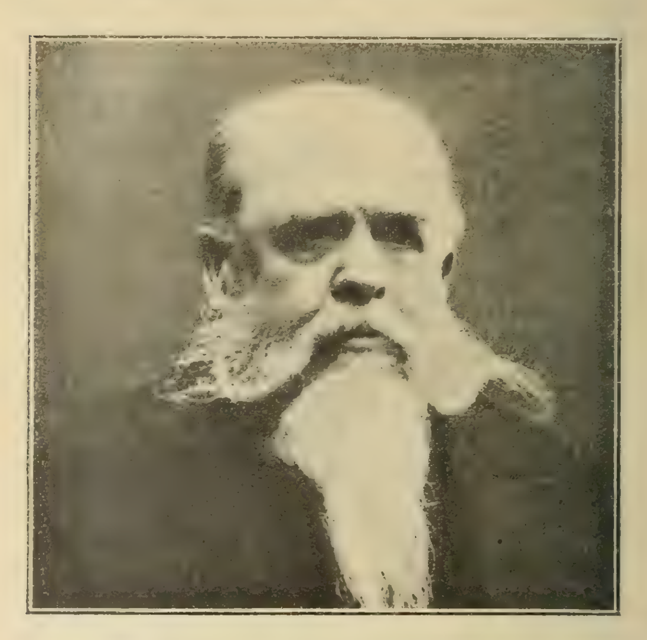
En esta nuestra bendita tierra, esas ideas de los navajazos y el serón cuajan con facilidad asombrosa; y he aquí por qué á la segunda representación de *La chica del maestro*, que se dió porque debía darse, acudió la gente con el decidido propósito de hacer una barrabasada.

Y la hizo, y gorda.

No se había indignado antes ni se indignó después ante la repetición de miles y miles de esperpentos sin gracia y sin sentido común, y se enfureció entonces contra una obra aceptable y pasade-

ra, que no ofendía á las instituciones, ni á la moral, ni á las buenas costumbres.

Es decir, no tronó contra la obra precisamente, puesto que no la oyó siquiera. Por no tomarse el trabajo insignificante de juzgar se conformó con el



D. Manuel Fernández Caballero.

juicio ajeno, y empezó á despotricar en la primera escena. Entre aullidos, voces, pateo y bulla se verificó la representación sin que llegara al público una sola palabra de las que decían los actores.

Al terminar, si puede decirse que concluye lo que no ha comenzado, la rechifla y el griterío su-

bieron de punto, y los guardias tuvieron que intervenir para poner orden... Salieron los alborotadores del teatro con la gana de broma que es de suponer; compactos grupos recorrieron chillando las calles céntricas, cayeron hechos pedazos los papelones pegados en las carteleras anunciadoras, y las turbas, enloquecidas por su propio ruido, llegaron hasta la calle de Sevilla gritando primero socarronamente: «¡El autor! ¡el autor!» y luego ya más en serio y con más rabia: «¡Muera Sinesio!

Eso; que muriera yo; así como suena. Para aquellos dignísimos ciudadanos, el haber destruído las casas editoriales, contribuyendo á mejorar la condición de los autores dramáticos, merecía la pena de muerte. Por fortuna la tempestad se deshizo sola, disolviéronse poco á poco los grupos sanguinarios y feroces, y cada uno de sus miembros se marchó á la cama y durmió seguramente como un ángel, satisfecho de haber cumplido un deber de conciencia.

Ya sé yo que si les hubiera dado gusto pasando á mejor vida aquella noche, al día siguiente, por reacción natural, se habría caído en la cuenta de la injusticia, y los ingenios más esclarecidos se hubieran peleado por llevarme las cintas del féretro; pero, por si acaso... ¡más vale que todo se quedara en agua de borrajas! Porque para lo de las cintas hay tiempo de sobra, y para lo demás, como somos arrieritos, en el camino nos iremos encontrando...

* * *

Precisamente por aquella época habían echado la zarpa al célebre bandido gallego Mamed Casanova, responsable, si no estoy equivocado, de la

muerte de dos curas, de las heridas de unos cuantos guardias civiles, y de una porción de robos, violaciones é incendios.

Para conducir al héroe á la Coruña, la autoridad, temerosa de que el entusiasmo popular estallase, tomó infinitas precauciones. Pero el pueblo las burló todas, y el bueno de Mamed recorrió las calles de la población entre aclamaciones y vítores, mientras las mujeres lloraban de emoción y le arrojaban rosas y claveles... El bandolero entró, pues, en la cárcel con un nimbo de gloria y cubierto de flores.

Triste es confesarlo, pero de todo esto resulta: que para excitar la admiración y el respeto de los hombres y para arrebatar los corazones de las hembras sensibles, es mucho más conveniente matar un par de curas que meterse á redimir esclavos.

CAPÍTULO XXII

La obra de la temporada.

No hay que decir la zalagarda que se armaría al día siguiente del escándalo, cuando se anunció la tercera representación de *La chica del maestro*, en vista de que el público no había oído la segunda.

Se pidió seriamente al gobernador civil que prohibiese la obra «por cuestión de orden público», que cerrase el teatro de la Zarzuela si era preciso, y que destruyese por el hierro y el fuego aquel nido de víboras que se llamaba Sociedad de Autores, causa de alteraciones y conflictos semejantes.

Las tres cosas eran tres atrocidades como un castillo cada una, pero el horno gubernamental estaba para esa clase de bollos y la autoridad se hubiera decidido por cualquiera de ellas, con tal de ganarse un aplauso de la galería, si López Silva, Jackson y Chapí no se hubiesen apresurado á retirar la zarzuela, contra la opinión de la empresa, que se empeñaba en jugarse el todo por el todo.

Porque lo chusco del caso era que los autores

tenían poco ó ningún interés en resucitar una obra muerta á mano airada, y el empresario era el que veía un negocio en sostenerla en el cartel; sin embargo de lo cual, los periódicos le pintaban como víctima de imposiciones y amenazas insoportables. En vano él acudía pidiendo la inserción de comunicados en que hacía constar que nadie le ponía un puñal al pecho; los comunicados se publicaban, pero los periódicos seguían diciendo que sí, que aquellas protestas eran arrancadas por la violencia... y que tijeretas habían de ser.

Con éstas y las otras, la indignación pública iba en aumento hasta tocar en lo ridículo, y la masa anónima acudía á los teatros deseosa de coger á un autor, fuera el que fuera, para merendárselo de una sentada. Marquina y Gay, dos principiantes que no se habían metido con nadie jamás, estrenaron en Apolo una zarzuelita plácida, suave, titulada *La vuelta del rebaño*, y cayó sobre ella la mala suerte que andaba por la atmósfera, y también los espectadores salieron á la calle vociferando, y aquellas voces repercutieron asimismo en la Prensa de todos los matices.

Entró el pánico, el verdadero pánico, en las filas de cuantos tenían que mantenerse y mantener á sus familias con lo que en las contadurías cobrasen; cesaron los trabajos de las obras que estaban en el telar, se suspendieron los ensayos de las que se preparaban para un estreno próximo, y los empresarios empezaron á pensar en el cierre, puesto que les iba á faltar la primera materia necesaria para su negocio.

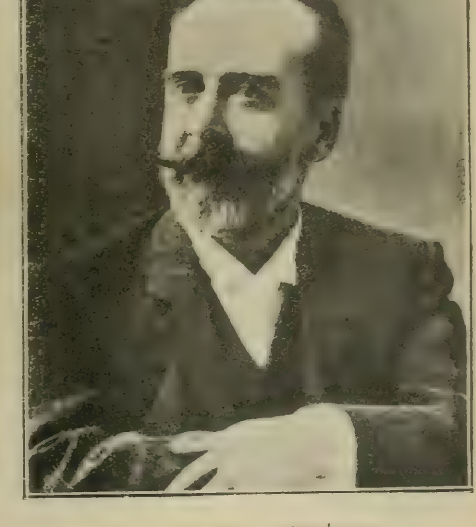
¿Cabe imaginar situación más absurda?

Pues, sin embargo, era cierta... é inevitable.

* * *

Rebosaban gente, entre tanto, los salones, salas, gabinetes y pasillos del palacio que servía de domicilio social. Á todas horas se gritaba allí, se disputaba, se proponían y rechazaban planes de lucha, y con tan grande é incesante estrépito podían trabajar á duras penas los empleados.

Pero ¡ojalá hubiéramos seguido así siempre! Aquello era la vida, el vigor, la fuerza, la sangre que corría por las venas, caliente y rica, los nervios que vibraban, el organismo entero que palpitaba en combate perpétuo, en continua marcha hacia adelante...



D. Jerónimo Jiménez.

Después ha venido la paz y se ha restablecido la calma. Allí sólo van ya algunos señores de la Junta muy de tarde en tarde; nadie grita, nadie disparata, nadie riñe; los salones están desiertos, los goznes de las puertas tomados de herrumbre, y los empleados pueden trabajar á sus anchas, tranquilamente y sin ruido. Pero en

empresas de tal fuste la calma y la paz son el estancamiento, y estancarse es retroceder cuando todo avanza...

Como último recurso se les ocurrió á unos cuantos señores redactar un documento en que se ratificaba la confianza de todos los autores á la Junta directiva y se protestaba de que elementos extraños á la Sociedad se inmiscuyeran en asuntos que sólo á la Sociedad importaban y competían. Firmáronle muchos autores y compositores, algunos de justa fama; pero ¡como si no, morena! Unos periódicos lo publicaron sin comentarios... y sin las firmas, otros lo extractaron no más, y algunos salieron del paso con un acuse de recibo. Verdad es que no faltaron protestantes que acudieron presurosos á las redacciones á decir que no se tomara en serio semejante cosa, porque el que más y el que menos lo firmaba por compromiso.

Con lo cual quedamos peor que estábamos, y corrió como válida la especie de que era yo el que había ido de casa en casa pidiendo como limosna el voto de confianza, ó lo que fuera aquello, para seguir usufructuando el *Poder* (¡Cristo con el Poder! Supongo que sería el del sótano) y sacrificando y aspeando á todo bicho viviente.

Y ¡caramba! modesto, pero no tanto. Cuando yo creo que hago bien, no voy á suplicar á nadie que me lo diga.



Y vamos á la génesis de *La obra de la temporada*.

Una tarde en que el cuarto de la secretaría estaba atestado de amigos... y enemigos, caldeado el aire, deshechos los pulmones de tanto chillar, alcé mi voz hasta dominar las de los demás, y dije:

—Señores, se me ha ocurrido una idea salvadora.

—¿Cuál?

—Aquí la cuestión es que nadie quiere estrenar en estas circunstancias, porque el rayo se cierne sobre nuestras cabezas y descargará en el que se ponga de punta, ¿no es eso? Pues bien, no hay más remedio que atraerle, aguantar una, dos, tres descargas y esperar á que se aleje la tormenta y quede despejada la atmósfera. Para eso, ¿qué se necesita? Un pararrayos. Á mí el dinero no me ha importado nunca y la fama de autor dramático la doy por comida. ¡Yo estrenaré cuanto sea preciso para que caigan sobre mí todas las centellas!

La respuesta se la imaginarán ustedes: un griterío infernal y multitud de carcajadas irónicas. Entre todo ello percibí la voz de Vital, que me decía:

—¡Déjate de bromas ahora! ¡Pues sólo faltaba que estrenaras tú, aunque fuera la flor de la maravilla! Además, no podrías aunque quisieras.

—¿Por qué?

— Porque no habría empresa que te admitiera una obra, ni músico que se arriesgara á acompañarte.

En esto, el maestro Pérez Soriano, un aragonesote de pura casta, que rezongaba repantigado en un butacón, se levantó como si le hubiera picado una víbora, gritando:

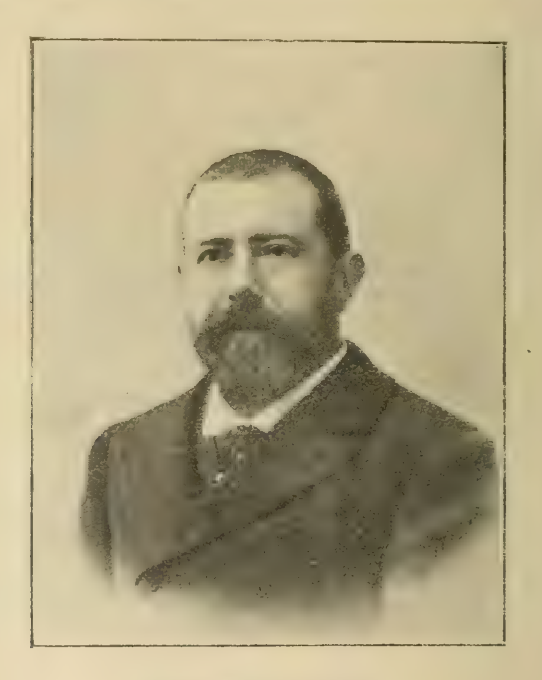
— ¡Otra que muele! ¡Eso sí que no! Yo estreno con Sinesio lo que él quiera y cuando él quiera, ¡qué moño!

—No diga usted tonterías, Soriano; los arrastran á ustedes.

— Miá tú, á él pué que sí, porque es un alfeñique, pero lo que es á mí... ¡rediós! Que yo dirijo la

orquesta aquella noche y veremos á ver quién se arrima, ¡remoño!

Siguió la bulla y se olvidó el incidente. Pero yo me fuí á casa acariciando el pensamiento y diciéndome para mi sayo:



D. Eugenio Sellés.

–La verdad es que si yo estrenase ahora en un teatro grande una zarzuelita titulada, por ejemplo, *La obra de la temporada*... sería cosa de gusto. Con el titulillo provocador y *presuntuoso*, con mi firma en letras grandes y con el viento que corre...

¡el jaleo iba á ser de los de míreme usted, morena!

Pero, desgraciadamente, no *cristalizó* la idea entonces.

*
* *

La que cristalizó fué la de buscar el sosiego á toda costa, porque la gente se había atemorizado de verdad, y con gente asustada no hay quien vaya á ninguna parte. Y como para encontrarlo, el camino más corto era el cambio de Junta, los rumores de dimisión llegaron hasta Arniches, que estaba enfermo, y hasta Serafín Quintero, que estaba en Sevilla. El primero se levantó de la cama más que á paso, y desmadejado y febril se fué al domicilio social á hacer constar su voto en contra.

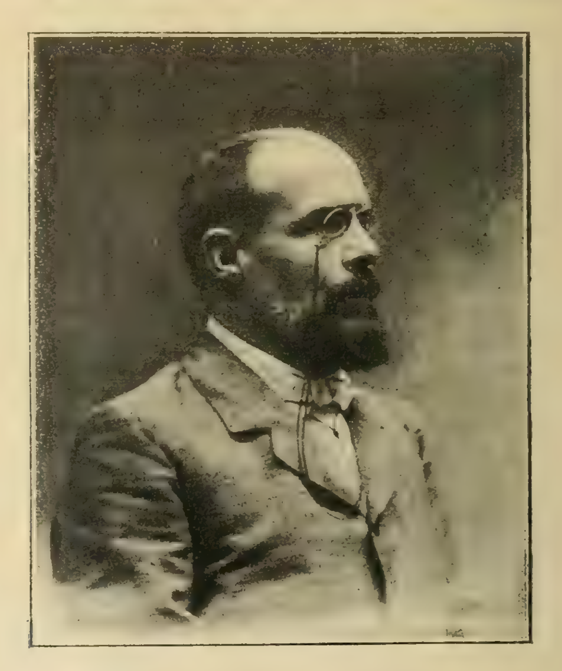
—¡Primero ahorcados que dimitir! ¡Eso sería un acto de cobardía que perjudicaría á la larga á la colectividad entera!—dijo en pocas palabras.

El segundo telegrafió lo siguiente: —¡La dimisión jamás! Mi hermano y yo salimos hoy mismo para Madrid, dispuestos á estrenar una obra cada semana...

Y vinieron Serafín y Joaquín, efectivamente, animosos y resueltos. Pero, á pesar de todo, á los dos ó tres días empezaron á dominar los temperamentos de prudencia, y los recalcitrantes hubimos de convencernos á la fuerza de que teníamos el derecho de sacrificar los intereses propios, pero no los ajenos. Puesto que el público parecía dispuesto á negar la sal y el agua á todos los autores, chicos y grandes, administrados y socios, era preciso hacer algo para que cesara aquel estado anormal que amenazaba trastornar la vida del teatro.

Y con este motivo entró en escena mi buen ami-

go D. Emilio Sánchez Pastor, hombre prudente, serio, alejado hasta entonces de las incruentas luchas, y que venía pintiparado para buscar una fórmula de transacción entre las partes beligeran-



D. Emilio Sánchez Pastor.
Actual director gerente de la Sociedad de autores españoles.

tes, porque á su condición de autor dramático de renombre unía la de periodista ilustre.

Sánchez Pastor, pues, visitó las redacciones, llevando la bandera de parlamento, y después de muchas idas y venidas, vueltas y revueltas, se pre-

sentó, por fin, ante la Junta, y dijo con la solemnidad propia del caso:

—Mis dulces amigos, mi impresión es la siguiente: la Prensa comprende que se han sacado un poco las cosas de quicio, y está resuelta á dar fin á la campaña, pero hay una cuestión que, por afectar á intereses distintos de los de los autores, soliviante la opinión más que las otras. Los contratos que la Sociedad hace con las empresas para cobrarlo todo no deben subsistir... Y como la Junta directiva actual no puede reformarlos ni suprimirlos sin humillarse... es conveniente que presente la dimisión en seguida; de este modo y en estas condiciones, la paz será hecha.

Dicho lo cual, fuése.

*
* *

La opinión de Sánchez Pastor, eco imparcial de todo los periódicos importantes, se atendió en el acto, y la dimisión quedó acordada.

Y ¿en qué iba á fundarse? En que, á consecuencia de una campaña de Prensa, que creíamos injusta, la opinión pública se había excitado, hasta el punto de impedir el libre ejercicio de la profesión de autor dramático, y aunque la Junta creía merecer la confianza de los socios, entendía que era un obstáculo para el «desarrollo de los intereses generales», y se marchaba con viento fresco.

Pedí permiso á mis compañeros para no estampar mi firma en el documento *explicativo*, porque yo no podía fundar mi dimisión en semejante cosa. Yo no me iba porque la opinión y la Prensa dijesen esto, lo otro y lo de más allá, sino porque los que se lo habían hecho decir al público y á los periódicos eran los autores mismos por cuya prospe-

ridad había yo peleado continuamente, y que, fingiéndome amistad y agradecimiento, me pagaban con la ingratitud más negra. Quería hacer constar de paso que abandonaba mi puesto con dolor de mi alma porque entendía, como dicen los oradores del montón, que hacía falta en él hasta la completa liquidación de las casas editoriales con la amortización de todas las obligaciones; que los contratos con las empresas no podían suprimirse ni reformarse; que debía subsistir la división de los autores en socios y administrados, por lo menos hasta que las deudas quedasen extinguidas, y que la dirección de la Sociedad debería estar en manos de los fundadores algunos años más todavía. No por considerar ineptos á los otros, sino porque juzgaba precisos la fe y el entusiasmo de los que batallaron para crear la Sociedad; entusiasmo y fe que no podían tener los que permanecieron lejos del palenque ó en el campo enemigo, y que se concretarían probablemente á dejarla marchar con la velocidad adquirida, por no conocer los peligros del camino y por exceso de confianza...

Cortáronme el hilo del discurso unas palabritas de Chapí, que dijo suave y lentamente:

—¡Caramba! ¿De modo que usted cree que la Sociedad corre peligro si usted no mangonea?

El último verbo me zumbó en los oídos, se me anudó la garganta y un escalofrío de amargura me corrió por el alma entera.

¡Cómo! ¿Hasta en Chapí, en mi ídolo, en mi apoyo, en el hombre á quien yo había inspirado siempre ciega confianza, habían hecho mella los insistentes rumores del arroyo?

La enemistad declarada de medio mundo no me hubiera hecho retroceder un palmo; la sombra de la duda en él me apartó á cien leguas.

No hablé una palabra más, y cuando me presentaron el documento al otro día, firmé al pie como en un barbecho.

Pero con la decisión firmísima de hacer... lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIII

La revolución.

Se celebró junta general el 11 de Noviembre de 1903, y en ella la directiva en pleno presentó su dimisión, razonada en el documento que leyó el presidente.

Copiemos, para abreviar, un párrafo del acta:

«Don José Francos Rodríguez, haciendo constar su carácter de periodista, hizo algunas observaciones al documento leído, protestando de que en él se atribuyeran á la prensa la iniciativa y el sostenimiento de la campaña, puesto que los periódicos no habían hecho otra cosa que recoger quejas y manifestaciones de disgusto de muchos autores, socios y administrados, no del todo conformes (¡pobrecitos!) con la actual organización de la Sociedad y los acuerdos de la Junta general y directiva.»

Y no hubo más. Francos Rodríguez se quedó sin respuesta, naturalmente, porque el único que hubiera podido dársela era yo, y ¿cómo iba á ser eso, si pensaba exactamente lo mismo?

Retiráronse los compañeros y quedé solo en la

mesa, como secretario, recogiendo los votos. En tres votaciones consecutivas la Junta dimisionaria resultó reelegida por unanimidad absoluta. La voluntad de los socios estaba bien clara: había que seguir adelante, liándose la manta á la cabeza; pero como la dimisión era irrevocable, el presidente hacía notar al final de cada votación que no convenía jugar á los diputados, y que era preciso salir del atasco á toda costa.

Por fin, después de tres horas mortales de conferencias y cabildeos, quedó nombrada una Junta interina, encargada de buscar una solución eficaz y rápida. Presidió esta Junta D. Miguel Echegaray, y su primer acto fué convocar á una reunión á los administrados para que se contaran sus quejas los unos á los otros, porque los socios fundadores no fueron llamados.

Acudieron doscientos, y nos pusieron cual digan dueñas. Todos los oradores, en una forma ó en otra, según el temperamento de cada cual, cerraron contra la Junta directiva, acusándola de tiranía y despotismo, y pidiendo que todos fuéramos iguales inmediatamente, ó allí iba á arder Troya. ¡Hasta el pago de las deudas y la administración barata resultaban abusos intolerables!

Ni una palabra de gratitud, ni una sombra de justicia. Las voces de los pocos que pretendieron no defendernos, sino disculparnos débilmente, fueron ahogadas en seguida con risas y *abucheos*. ¡El espectáculo debió de ser divertido de veras!

Al otro día los periódicos, al reseñar la sesión, escogieron las palabras más mortificantes del repertorio... y así acabó la epopeya. ¡Lástima de horas gastadas en hacer números y en contar ejemplares!

*
* *

Á consecuencia de aquella reunión nombróse una comisión mixta, de que también formé parte á la fuerza, que estudió y aprobó las reformas que se juzgaban necesarias. Á todo dije que sí con la cabeza, para no gastar saliva en balde, y cuando la Junta general, en Enero de 1904, aprobó la reforma de los Estatutos, revocando sus acuerdos anteriores y dando los derechos de socio fundador á todo bicho viviente, aproveché uno de los artículos incluídos en la reforma á petición mía, y me separé de la Sociedad con las formalidades reglamentarias.



D. Miguel Echegaray.

Iba á administrarme solo, si podía ser, ó á no cobrar derechos de representación jamás, si lo de la auto-administración resultaba un sueño.

Yo, que había puesto el alma y la vida en la tarea de unir á los autores, me marché en cuanto estuvieron juntos.

¿Fué por soberbia? ¿Fué por despecho? No: fué porque no podía ni debía hacer otra cosa.

Al pedir que se me diera de baja, decía yo á D. Antonio Fanosa, director gerente: «Por haber ejercido el cargo de secretario durante el dificilísimo período de organización, y haberme visto obligado á sostener los acuerdos de las Juntas general y directiva, han caído sobre mí todo el odio y toda la antipatía que produjeron las pasiones excitadas y revueltas. Clara y unánime se ha manifestado la opinión de mis compañeros en este punto, y, por lo tanto, mi situación, permaneciendo en la Sociedad, no sólo habría de ser para mí violenta y difícil, sino causa, á mi juicio, de que continuase latente el motivo de discordia mientras pudiera atribuírseme la menor participación, directa ó indirecta, en los asuntos sociales».

Esta era la razón fundamenta ; pero, además, había otras. En primer lugar, el general que ha dirigido una batalla y ha obtenido la victoria, no puede formar después en las filas como soldado raso, porque está constantemente en ridículo. Debe arrancarse los galones y quedarse de paisano; ¡es lo lógico! Y, en segundo lugar, la campaña no se hizo contra mi sistema y mi criterio; se hizo única y exclusivamente contra mi persona. El criterio, el sistema, la idea y la organización quedaron triunfantes.

Y así, calmados los ánimos, lo han reconocido después todos los autores, eligiendo varias veces para formar parte de la directiva á algunos de los que conmigo presentaron la dimisión irrevocable, y que no han variado de opinión, que yo sepa; así lo ha reconocido el propio Sánchez Pastor, cuya rectitud es notoria, firmando un año después, como gerente, los mismos contratos que obligan á las

empresas á pagarlo todo, y cuya abolición pedía en nombre de la prensa, y así lo ha reconocido la prensa misma, que tronó contra la organización administrativa de la Sociedad, mientras yo pertenecí á ella, y enmudeció después, sin que la organización cambiase.

Yo era, pues, el que estorbaba, el que molestaba, el que fastidiaba... Debía irme y me fuí, sacrificando mi amor propio en aras de la paz y de la concordia.

Hice bien. De no haberlo hecho entonces, no hubieran tardado en echarme á empellones, y cubierto de oprobio, por las escaleras de mármol.

¿Que no? Á la prueba.

* * *

El día 28 de Enero de 1905 se leyó ante la Junta general la Memoria reglamentaria. Los autores presentes la aprobaron por unanimidad, los ausentes la han leído en el *Boletín* y no ha protestado nadie. La colectividad entera, pues, sin una sola excepción, la ha dado por buena.

Y sin embargo el documento está pensado, escrito y aprobado con el decidido y firme propósito de criticar mi gestión, de aminorar la importancia del trabajo realizado y de echarme encima toda la responsabilidad regateándome un adarme de gloria.

Para ello se habla de «abrumadoras cargas», de «operaciones onerosas», de disparates evidentes... y se barajan cálculos y cifras, buscando con afán rayano en la obsesión el menor fundamento para probar que aquello iba de capa caída, por mal de mis pecados...

Afortunadamente la aritmética no es un juguete

cómico que se salva con retruécanos, y como para probar que seis y dos son ocho hay que entender de cuentas, la Memoria, empeñada en demostrar que conmigo todo iba mal y que sin mí todo va á ir como una seda, demuestra precisamente lo contrario.



D. José Serrano.

Dicen así los párrafos más substanciosos del documento:

«La Sociedad saldó con déficit sus cuentas en el año 1903...»

Á fines de 1903 dejé yo de pertenecer á la Junta. Eso no está dicho, pues, á humo de pajas. Sigo copiando:

« ... saldó con déficit sus cuentas en el año 1903. En el balance de dicho año figura como déficit la cantidad de 4.948 pesetas y 10 céntimos; desgraciadamente esta cifra no es exacta.»

¡Caray! ¡esto es muy gordo! En el balance oficial de una Sociedad tan importante, hecho por el cajero y el tenedor de libros, aprobado por la Junta directiva primero y por la general después, ¿hay

una cifra que no es exacta? ¿Y no se ha exigido responsabilidad á nadie? ¡Qué horror!

Por fortuna debajo viene la explicación, aunque tan enrevesada y confusa que más valdría que no viniese. Veámosla:

«En la cuenta de 1903 figura como ingreso la cantidad de 65.000 pesetas, entregadas por el editor Sr. Delgado (no soy yo, ¿eh?) para recuperar sus obras vendidas á retro al Sr. Aruej. A esta cantidad no se la dió salida aunque la tuvo, puesto que se empleó, *contra toda conveniencia social*, en la adquisición de títulos de la deuda al 4 por 100. Si en la cuenta á que estas cifras corresponden se consigna el destino dado á dicha cantidad, el déficit de 1903 será de 4.948 pesetas y 10 céntimos más 65.000 pesetas, ó lo que es lo mismo, 69.948 pesetas y 10 céntimos. Pero esto no sería un déficit real, porque la Sociedad continuaba poseyendo esa suma en valores públicos.»

Muy bien; ése es el Evangelio. Pero para acabar demostrando que el déficit no era real, ó lo que es lo mismo, que no existía, no hacia falta empezar diciendo: «La Sociedad saldó con déficit sus cuentas de 1903...» Digo, me parece.

Acaba el párrafo de este modo: «El déficit de 1903 hay que buscarle por otros caminos.» ¿Que hay que buscarle? ¿Por qué? No veo la necesidad, si no es por molestarle á uno.

La Memoria lo busca efectivamente, y para ello publica los balances de 1902 y 1903, pero no lo encuentra. ¡Claro! ¡Como que no sólo no lo hubo, sino que al terminar mi gestión resultó un saldo á favor de la Sociedad bastante considerable, como la misma Memoria nos demostrará luego! Pero, como si sus tentativas no hubieran sido infructuosas, es-

tampa después en el *Boletín* dos líneas que son dos monumentos.

« Claro está—dice—que si en 1902 resultaron de beneficio pesetas 50.908 y en la misma cuenta de 1903 faltan pesetas 4.948,10, el déficit verdadero es de pesetas 55.856,10. »

¿Claro está? ¡No, por Dios y su Divina Madre! ¡Qué ha de estar eso claro! Lo estaría si los balances que acompañan á la Memoria no fueran independientes entre sí, y se *arrastraran* los sobrantes de un año para otro; pero si en 1902 sobraron 50.908 pesetas, *que no se incluyeron en la partida de ingresos del año siguiente* (y la Memoria no las incluye). y en 1903 no faltaron más que 4.948, no hay que sumar las dos cantidades, ¡caramba!, lo que hay que hacer es restar la segunda de la primera. Y resultará lo siguiente:

Beneficio de 1902.	50.908
Déficit de 1903..........	4.948,10
Sobrante en efectivo en fin de 1903	45.959,90

Que es la cantidad que *sobraba* precisamente cuando yo dejé de pertenecer á la Junta. ¡Son cosas que se aprenden en la primera enseñanza, señor!

Y sigue la Memoria:

« Así y todo el año último, ó sea el 1904 (¡qué casualidad! cuando yo no era ni siquiera socio), el déficit ha disminuído... »

¿Eh? ¡qué suerte! Y á continuación, para probarlo, se publica el correspondiente balance, del cual resulta un saldo en contra de la Sociedad de 41.212 pesetas. Es decir, que el déficit de 1903 no era cier-

to, según la Memoria misma, y de serlo no pasaba de 4.948 pesetas y 10 céntimos, y el de 1904, que había disminuído bastante, ascendía á 41.212 pese-



D. Benito Pérez Galdós.

tas. ¡A esas disminuciones las llamamos aumentos en toda la provincia de Palencia!

Y vamos al final, que dice así:

«Comparando el curso del déficit resulta:

Déficit de 1903... Pesetas 58.856,10.»

¡Dale, bola! ¡No; eso no resulta! Habíamos quedado en que ese no era real. No sé por qué se machaca tanto sobre una fantasía.

«Déficit de 1904............ 41.212,05
Déficit de 1905............ 22.588,72.»

Este último, con los céntimos y todo, era calculado, puesto que el año empezaba al escribirse la Memoria. Y el cálculo no va saliendo, porque en los primeros nueve meses asciende á más del doble.

Conclusión:

«Como queda consignado, el déficit del primero de estos dos años se saldó con los beneficios del anterior (conformes, y quedaron nueve mil duros, que es lo que no se dice), el de 1904 con la venta de 50.000 pesetas nominales de las 100.000 que existían en el Banco en títulos de la deuda»... (¡Hola! ¿existían? ¿no había sobrante en fin de 1903 y parecieron en la caja 100.000 pesetas nominales en títulos de la deuda? ¿Quién las habría puesto allí? ¿Habrían sido los gnomos?) ... «Con otra parte de esos efectos se saldará el del año actual, y el año próximo, en 1906, si nuestros cálculos son exactos, como no habrá que pagar más libranzas al Sr. Aruej, obligación que en el año actual importa 30.000 pesetas, habrá un superávit entre los ingresos y los gastos.»

No; superávit, no; pero de la nivelación se podrá andar cerca. Yo así lo creo y lo deseo también, pero no porque sean exactos los cálculos de la Memoria, sino porque lo son los míos.

¿Que no? Á la prueba, con los datos de la Memoria misma:

El déficit de 1903, último año de mi secretariado,

se saldó con los beneficios del anterior, ¿no es eso?

El de 1904 se saldó con la venta de 50.000 pesetas nominales de las 100.000 que yo dejé en caja *contra toda conveniencia social*, ¿no es eso?

El de 1905 se enjugará, ó poco menos, con las 50.000 pesetas restantes, ¿no es eso?

Y como en 1906 la Sociedad tendrá de gastos 40.000 pesetas menos que en el anterior, es de suponer que no haya déficit. ¿Que por donde vienen los ocho mil duros? Pues 2.000 por el cupón de las obligaciones amortizadas este año y 6.000 por haberse acabado de pagar el anticipo hecho por D. Luis Aruej para timbres, pólizas, tiradas y escrituras en la emisión de obligaciones.

Y esto sí que está claro. Como lo está que estos cálculos no están hechos en 1904 ni en 1905, sino un poco antes, cuando yo andaba en lo de las operaciones onerosas y las abrumadoras cargas.

¡A no ser que mis queridos compañeros se queden con las glorias y me reserven únicamente las Memorias!

CAPÍTULO XXIV

El estreno de «La obra de la temporada».

Con la dimisión de la Junta y con mi retirada definitiva se restableció la normalidad como por encanto, volvieron á trabajar tranquilos los autores y tornaron á estrenarse las obras sin otros riesgos que los ordinarios.

Creyendo que también conmigo rezaba la amnistía, acepté en Marzo de 1904 el encargo que, como de costumbre, me hizo la notable tiple de Apolo D.ª Joaquina Pino, la cual, desde años atrás, me honraba pidiéndome una zarzuelita para su beneficio.

Ocurrióseme desarrollar un asunto bajo el titulito aquel de *La obra de la temporada*, con el cual había pensado atraer sobre mí la tempestad en los días de efervescencia; pero no ya con intentos de combate, sino porque le creí bastante *sugestivo* para atraer al estreno mucha gente, que era lo que yo debía procurar en obsequio á la beneficiada.

El fin que me propuse en la obra fué únicamen-

te el de fustigar la manía de algunos empresarios, que se empeñan en creer que las obras artísticas y de buen gusto no dan dinero nunca, y prefieren hacer verdaderas mamarrachadas con muchos trajes y muchas decoraciones. Me parece que el propósito no podía ser mejor ni más sano. Para llevarle á la práctica, suponía yo que en un teatro se ensayaba un esperpento de esos, considerado como la obra de la temporada y la salvación de la empresa efectivamente. Con este motivo hacía desfilar por la escena, con algunas alusiones y picardigüelas sin hiel ni veneno (sátira barata, que dijeron luego los críticos), unas tiples picajosas enemigas entre sí, una característica que se quejaba de todo. un barítono catalán que se empeñaba en que los demás hablasen claro, un actor tumbón que no llegaba nunca á tiempo, etc., etc. Intervenían además, llevando el hilo de la pequeña intriga, un joven tímido enamorado de una de las tiples. que para cortejarla pretendía ingresar en la compañía. á quien hacían ensayar en son de burla y que por azar tomaba parte en el estreno del engendro que se preparaba, y, por último, un señor de pueblo (el señor Felipe) que pedía vales para ver gratis la función y se perdía en el dédalo de galerías y pasillos interiores, sin dar jamás con la salida.

Todo ello no valía nada ó valía muy poco. La obra se vino abajo desde las primeras escenas por falta de interés, por deslavazada y por sosa. La intención era buena, como llevo dicho; pero en el teatro la intención no basta: es preciso además saber manejar los muñecos.

Y el fracaso fué grande; pero el escándalo que le siguió, y que se recordará durante muchos años, porque ninguno le ha superado ja-

más, fué excesivo, injustificado, y en mi opinión, sincera aunque interesada, no es posible hallarle disculpa.

*
* *

El público tiene derecho, aun en los contados casos en que pudiera no tener razón, para rechazar las obras que no le gusten. Para lo que no tiene derecho es para alborotar quedándose en el teatro una hora después de terminar la obra rechazada, ni para gritar que le han estafado y que le devuelvan el dinero.

No; el autor no estafa al público aunque le ofrezca un parto de su ingenio malo de remate, puesto que lo creía bueno seguramente, y el primer perjudicado es él si se equivoca. El espectador paga por juzgar, no porque el autor acierte á la fuerza. En cuanto juzga debe irse. Pudo, pues, patear, silbar, hundir en el foso *La obra de la temporada* si la creía merecedora de tal castigo; pero debió retirarse después haciendo cuanto ruido quisiera y hasta pidiendo mi cabeza si se le antojaba, porque ya sabemos que todo ello es pura broma, y no debió de ninguna manera obstinarse en pedir que representaran, para su solaz y recreo, otra pieza, porque aquélla no se había acabado.

Sí, se había acabado. El cartel anunciaba que la zarzuela que iba á estrenarse tenía cinco cuadros, y los cinco se ejecutaron al pie de la letra, sin suprimir una sola línea. Véase cómo:

Cuadro primero: el saloncillo de un teatro, donde se presentaban los personajes y se iniciaba la acción.

Cuadro segundo: pasillo del mismo teatro, en el cual se explicaba claramente la tesis.

Cuadro tercero: el escenario en un ensayo, con unos toques de sainete que, si de algo pecaban. era de manoseados y vulgares.

Cuadro cuarto: telón de cuadro, delante del cual aparecía Pinedo y recitaba un monólogo, bastante



D. Bonifacio Pinedo.

Intérprete del papel de "Pons".

largo, diciendo que uno de los actores no había parecido, y que en el estreno tenía que sustituirle de repente un joven aficionado que se había prestado á ello... El recurso será inocente, pero el monólogo, que se decía en sitio distinto de las decoraciones anterior y posterior, constituía un cuadro hecho y derecho.

Cuadro quinto: el mismo escenario del tercero, pero con una decoración de selva fantástica en la cual se desarrollaba la primera parte de la revista bufa cuyo estreno se suponía.

¿Cuántos son? ¿Cuatro ó cinco? ¡Cinco! ¿Verdad? Pues la gente no quiso contar por los dedos y se empeñó en que eran cuatro y en que habían de darle á la fuerza el que faltaba, aunque los anteriores no la habían gustado poco ni mucho. ¡Quería seguir sufriendo una obra que la parecía insoportable!

Contribuyó al error el modo de terminar la zarzuela, que era el siguiente: Carreras (el aficionado), vestido de príncipe oriental y rodeado de guerreros, estaba en escena, precisamente sobre el escotillón, cuando venía Mesejo padre (el señor Felipe), que se había extraviado en los pasillos buscando la salida, y, empujando una puerta que en la decoración figuraba unas rocas, aparecía inopinadamente. Atortolado por la luz y por el gentío de la sala, pretendía huir; Carreras, incomodado porque le echaban á perder el *debut*, le decía cuatro frescas, el otro se enfurruñaba y acabábase la discusión á cachetes. En la zarzuela fingida había de jugar el escotillón cuando se oyese una palmada, y como uno de los bofetones sonaba mucho, los carpinteros cumplían su misión y hacían descender al foso á Carreras y á Mesejo. El recurso, como se ve, no podía ser más candoroso. El señor Felipe, creyendo que aquello era la muerte, se hundía gritando: —«¡Señor gobernador, socorro!»—y los personajes que estaban en escena no sabían cómo salir del apuro, hasta que aparecía un guardia, falso por supuesto, que ordenaba suspender la representación por haber mentado á la autoridad. El representante de la empresa, fingido

también, añadía en vista de eso dirigiéndose al público:

—«Como ustedes comprenderán, en estas condi-



D. Emilio Carreras.
Intérprete del papel de "Atilano".

ciones no puede continuar el estreno. Perdonen ustedes, etc., etc.»

Y así acababa la obra... porque no había más remedio. No de otro modo termina *Un drama nuevo*, aunque la comparación sea irrespetuosa.

*
* *

Pero el público se llamó á engaño. En cuanto cayó el telón empezaron á desgañitarse varios espectadores, profiriendo denuestos y amenazas: «¡Allí faltaba un cuadro! ¡Aquello era una estafa! ¡Ladrones! ¡Que nos d vuelvan el dinero!...» Y nadie se movía de su sitio, el estruendo crecía, el auténtico delegado del gobernador verdadero no sabía qué partido tomar, transcurría el tiempo y aquello no se acababa nunca.

Entre tanto, los artistas, cansados de oir la algarabía de fuera, se habían retirado á sus cuartos á vestirse para la sección siguiente, los carpinteros habían cambiado la decoración de mi último cuadro por la de *El género ínfimo* y dormitaban tranquilamente en las sillas que habían de aparecer en escena... Solos quedábamos tras el telón el empresario y yo, esperando en vano que pasara la nube, aunque fuera descargando granizo.

Pero ¡qué había de pasar! Las voces de «¡estafa!», «¡ladrones!» eran cada vez más numerosas, y los silbidos más estridentes... Se apeló al recurso ordinario en tales casos. Salió entre el telón y la batería el veterano D. José Mesejo, cuya autoridad ante el público de Madrid es innegable, y haciéndose oir á duras penas, suplicó á los espectadores que, puesto que la sección para la que tenían billete había terminado, despejaran la sala para poder empezar la siguiente. ¡Allí fué Troya! Perdieron el respeto á D. José, le insultaron, le chiflaron, y hubo de retirarse avergonzado y corrido.

Salió entonces Emilio Mesejo, fiado en sus muchas simpatías, repitió en otra forma lo que había dicho su padre, y obtuvo el mismo resultado. ¡La gente se había propuesto divertirse, y se divertía!

A todo esto Arregui bufaba detrás del telón, porque se iban á echar encima las tres de la ma-

drugada, y no quedaba ni el recurso de devolver el dinero, que no era suyo, sino de la beneficiada, aquella noche.

Salió, por fin, también la señorita Pino, acongojada, nerviosa, tendiendo al público los brazos suplicantes al repetir el ruego, no ya por el autor ni por el empresario, sino por ella, á quien estaban dando la *serata d'onore*. ¡Como si se lo hubiera dicho á las paredes! Ni su sexo, ni su belleza, ni su congoja real y efectiva conmovieron á aquella enfurecida multitud, que no estaba para galanterías ni lástimas.



D. José Mesejo.
Intérprete del papel de "El señor Felipe".

El inmenso cerebro compuesto de muchos cerebros, único, según D. José Echegaray, que puede comprender y juzgar á Shakespeare, es también el único capaz de llegar á las mayores aberraciones cuando se ofusca.

¿Cómo se resolvió el conflicto? Alzándose de nuevo el telón y saliendo á lucir sus habilidades los niños Colberg, unos diminutos artistas rusos que ya lo habían hecho en la primera sección y

que volvieron á trabajar sin estar anunciados, como compensación del cuadro que el público se había empeñado en que faltaba.

Con todo lo cual la función terminó á las mil y quinientas, la señorita Pino tuvo un beneficio tan sonado que no se la olvidará fácilmente y la masa anónima, que se había propuesto cometer una injusticia enorme, se salió con la suya.

Al día siguiente la prensa la alabó el gusto, y me puso que no había por dónde cogerme.

*
* *

Pero no paró ahí la cosa: ¡qué más hubiera yo querido!

El gobernador (engañado, según supe después, por los que le dijeron que en mi obra se le faltaba al respeto, sin duda con aquello de «¡Señor gobernador, socorro!») impuso á la empresa quinientas pesetas de multa. ¿A que no saben ustedes por qué? ¡Por haberse concluído la función demasiado tarde y haber hecho trabajar á los niños á hora desusada! ¿Hay nada más gracioso?

De ninguna de las dos cosas tenía la culpa la empresa, naturalmente. De la primera la tendría yo, si acaso; de la segunda, el respetable público, y de ambas el mismísimo señor gobernador que vestía y calzaba.

El era el que debía haber pagado una multa, y gorda, aquella noche.

Porque yo, solo detrás del telón, representaba en aquel momento la razón y la verdad. El público, que rugía fuera, representaba la injusticia, la incultura y el abuso.

Debieron, pues, los guardias del cuerpo de seguridad, para garantir mi persona y mi derecho,

intentar el despejo de la sala, con buenas razones primero, á cintarazo limpio después, si las razones no eran atendidas.

Y si los agentes no bastasen, se hubiera debido apelar á la guardia civil; si ésta no fuera suficiente, á la guarnición entera de la villa y corte, y en último extremo, á las tropas acuarteladas en los cantones adyacentes.

La espada de la ley debe caer sobre mí si delinco; pero el cuerpo de seguridad, el ejército y la marina deben evitar que se me atropelle. Para eso se crearon.

Y la prueba de que estoy en lo firme, y de que así lo entendió el mismo Sr. Gobernador más tarde, se verá en otro capítulo.

CAPÍTULO XXV

El placer de los dioses.

Tres meses después me tocó otro fracaso teatral de los que ponen el mingo.

Pero de éste no tuve yo la culpa. La tuvieron algunos revisteros que, al reseñar el escándalo de *La obra de la temporada* como grave alteración del orden público con barricadas y todo, dieron á entender que aquello era ya mi retirada segura de todos los géneros literarios habidos y por haber, y mi acogotamiento definitivo.

Y ¡mil bombas!, como decían antes los coroneles de teatro, contra esa especie había que protestar á escape dando fe de vida; porque aquí, para el que se declara vencido ó agotado, es castigo del cielo que « le coman adivas, le piquen avispas y le hollen puercos », como á mi señor Don Quijote.

En cuanto leí aquello (porque al día siguiente de un estreno compro todos los periódicos que puedo y los devoro materialmente, como hacen muchos de mis compañeros que luego lo niegan), en cuanto leí aquello, repito, pensé en el desquite

con todo el ardor y toda la fe propios del caso. ¡En mi vida he tardado tanto en escribir treinta cuartillas! Pero quita de aquí, enmienda de allá, corrige esto, reforma aquello, pule por este lado, lima por otro, la piececita me salió una joya.


D. Agustín Pérez Soriano.

—¡Ay, la joya!—dirán ustedes chulescamente, en son de burla. Bueno, pues estaré equivocado, señores; pero ¿por qué no lo he de decir si lo creo?

En seguida busqué al maestro Soriano y le dije:

—Usted me prometió poner música á un libro mío en cuanto yo se la pidiera. ¿Se atreve usted ahora?

—¡Otra! ¿Por qué no?

—Porque las circunstancias son peores que las de entonces y corre usted peligro de que le asen.

—¿Á mí? ¡Un remoño! Pero, en fin, estaré á gusto con usted en la parrilla. ¿Dónde se va á estrenar eso?

—Venga usted conmigo.

Y nos fuimos á la Zarzuela, y se la leí á Pepe Riquelme, á Sancifrián, que era el empresario, y á Navacerrada, que estaba encargado de la contaduría.

Los tres me oyeron con atención, y, al final, Riquelme le dijo á Sancifrián muy serio:

—Bueno; esto va á ser torear al descubierto; pero yo con este papel me voy al toro con mucho gusto. ¿Tú qué dices?

—Que puede que nos rompan las butacas, pero... se pondrán otras.

Navacerrada se concretó á preguntarme humorísticamente:

—Diga usted, si hay que devolver el dinero, ¿se lo cargo á usted en cuenta?

*
* *

Hay que advertir que todas estas precauciones no obedecían á que en la obra hubiera alusiones, ni injurias, ni *couplets* peligrosos, sino á la novedad del *ambiente*, á la índole del asunto y á lo atrevido y casi brutal de la situación culminante.

Pero Riquelme la ensayó con cuidado, se hicieron trajes las tiples y la empresa se lanzó á bordear el escollo con la serenidad del justo. ¡Nunca se lo agradeceré á todos bastante!

La gente, al leer el anuncio en los carteles, se decía:

—¡Hola! *El placer de los dioses*, ¿eh? ¡La venganza! ¿Una venganza, y de Sinesio? Esto será una *tomadura de pelo*, porque le machacamos hace tres meses... ¡Pues ahora es cuando va á ver lo que es canela!

Y en esta feliz disposición de ánimo llenó el teatro hasta los topes.

La autoridad, por su parte, había caído en la cuenta de que su misión era defenderme, y tomó las precauciones que juzgó necesarias... ¿No da gusto estrenar una zarzuelita en estas condiciones?

Bueno, pues al contrario de lo que esperábamos todos, con la representación empezó la calma.

La decoración representaba una floresta tranquila y apacible, muy apropiada para calmar los



D. José Riquelme.

Intérprete del papel de "Miguel Atienza„.

nervios; el diálogo era reposado y suave, con un humorismo plácido y bonachón; la acción sencilla, la exposición breve... Allí no había nada pecaminoso ni detestable, y los temibles bastones descan-

saban inmóviles en el entarimado como los lanzones de guerra reposan en las cujas.

Y, poco á poco, en paz y en gracia de Dios, llegamos al momento del peligro, á la escena atrevida, á la frase brutal. Cuando Riquelme se quedó solo con la señorita Rovira y se volvió hacia ella tremebundo y airado, los espectadores soltaron la carcajada. Vieron venir una situación vulgar y cursi, y se prepararon para burlarse de lo lindo y divertirse durante media hora sacándome tiras de pellejo.

Pero Riquelme, que á ratos es más actor de lo que él se figura, prescindió de aquel conato de marejada, avanzó hacia la tiple resuelta y bravamente y dijo lo que tenía que decir con pasión tan bien sentida y tan honda, que enmudeció, sobrecogido y asombrado, el concurso.

El interés empezaba allí, profundo y palpitante, y el interés ata y domina siempre á la muchedumbre. Pero ¡ay! en aquel mismo momento concluía la zarzuela, porque era el final lógico, verdadero, humano, sin desplantes, ni voces ni cuadro plástico siquiera.

Descendió el telón lentamente. El silencio seguía reinando en la sala.

No duró mucho. En seguida vino la reacción, atronadora y violenta... «¿Cómo? ¿Aquello acababa así? ¡No podía ser! ¡Faltaba el desenlace! ¡Ah! Esa era la venganza del autor; su placer de los dioses: interesar al espectador, y en cuanto le tenía cogido, mandarle á su casa.»

Pensar esto y arreciar los mueras, los silbidos y los golpes en la madera disponible, fué todo uno. También la gente pasó un buen rato empeñada en no irse sin que la dieran el final ó la devolvieran el dinero...

Pero el buen sentido y la presencia muda de unos cuantos guardias triunfaron esta vez, y el alboroto siguió durante mucho tiempo, pero ya en la calle.

Cuando yo acababa de presenciar el desfile por el agujero del telón, un amigo entró en el escenario, pálido y convulso.

—¡Qué atropello!—me dijo.—No me dejaban entrar.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? Los guardias, que están á la puerta con orden de no permitir el paso.

—¿Eh?

—¡Toma! Pero ¿no sabes nada? ¡No salgas ahora!

—¡Canastos! Pues ¿qué ocurre?

—Que hay muchos grupos ahí, en la plazoleta, esperándote para que las pagues todas juntas. Querían entrar aquí á darte de estacazos. Pero gracias á los guardias...

En mis labios, como dicen los novelistas fáciles, á pesar de la gravedad de la situación, se dibujó entonces una sonrisa bondadosa.

¿Por qué? Va de cuento.

* * *

El socio principal de una importante casa de banca veraneaba con su hija única, inocente como una tórtola, en una posesión de la costa cantábrica, muy cerca de una ciudad frecuentada en semejante estación por la gente elegante y rica.

Pretendía el banquero casar á su retoño con el heredero de una casa comercial, un joven insignificante que, más que joven, era una cifra andando, y esta pretensión había estado á punto de malograrse porque la niña se había enamorado de

otro, del célebre Miguelito Atienza, y había costado un trabajo ímprobo arrancarla el pensamiento de corresponder á semejante bala perdida.

Pero justamente esta bala acababa de llegar á la ciudad de la costa como secretario del gobierno civil, y había aprovechado inmediatamente la ocasión para empezar de nuevo el asedio, con el propósito decidido de vengarse. ¡Vengarse, sí! Aquellas calabazas, que habían dañado su fama de conquistador irresistible, necesitaban un castigo. ¿Cuál? La conquista rápida y el abandono inmediato de la doncella. ¡Atienza tenía que ser implacable! Su aureola de Tenorio, hasta su carrera política,



Intérprete del papel de "Matilde."

dependían de que ninguna mujer se le burlara.

Y audaz con las soberbias, tímido con las humildes, dulce con las mimosas, atrevido con las coquetas, y con todas firme, galante y generoso... ¡era un enemigo terrible!

Libre, además, como el aire, no tenía familia, ó no se acordaba de ella jamás. Hijo de una lavandera, cuando su madre se murió quedaron una hermana y él sin más amparo que el día y la noche, y abandonando sin remordimiento el lastre de su hermana, él se lanzó con bríos á la lucha por la vida; listo y valiente, se metió en todas partes; hizo, como todos los audaces, una carrera brillante y rápida, y de secretario de un gobierno civil saltaría el día menos pensado á ministro de la corona.. ¡El mundo era suyo por derecho propio!

*
* *

Sí; por derecho propio, como la senaduría de un señor Trujillo, mujeriego y aficionado á toros, que se encargó de echar la red por el *boulevard* y la playa para preparar una sorpresa á Miguelito Atienza convidándole á almorzar en el campo con tres hembras de buena estampa, de las que se van en automóvil con cualquiera y á cualquier parte.

Una de las hembras, Matilde, la más hermosa y más... inaprensiva de las tres, se enteró en el camino de la jugada que el secretario preparaba á la hija del banquero, y al saber el nombre del galán palideció de ira y tembló de rabia.

—¡Tate!—pensaron las otras.—Esta es otra víctima.

—Sí — confesó ella,— otra víctima soy, pero de distinto genio que las demás. ¡Yo voy á vengarme de ese hombre!

—No podrás: sabe más que tú.

—Eso lo veremos.

Y llegó en esto el propio Miguelito Atienza. Al encontrar allí á Matilde, el saludo se le ahogó en la garganta, y secamente, nerviosamente, gritó á los demás con voz ronca:

—¡Pronto! Por favor, dejadnos solos un momento, señores.

En cuanto se alejaron murmurando las damas y caballeros alegres, el hombre avanzó hacia la mujer, y sujetándola con furia la muñeca, la dijo sordamente:

—¿Sabes quién soy yo?

—Sí: mi hermano Miguel.



D.ª Elena Salvador.

Intérprete del papel de «Julia».

—Pues ahora mismo, sin vacilaciones, sin disculpas, te vas como puedas y donde puedas, lejos de la ciudad, lejos de España, ¡donde no sea posible que se repita este encuentro bochornoso!

—¿Por qué he de irme? ¡No me voy! El que se va eres tú.

—¿Quieres que te mate?

—Me darías el castigo que mereces.

—¿Yo?

—Sí; ¿qué has hecho tú? Gozar sin freno, atropellando el honor de los demás y olvidar que tenías el tuyo. que podía correr el mismo peligro.

—¡Luisa!

—Matilde. Ahora me llamo Matilde. He tenido esa precaución para evitarte la vergüenza. Todas las mujeres á quienes persigues para abandonarlas tienen también padres, esposos ó hermanos... A esta misma, á quien tratas de engañar para sostener tu fama, habrá quien quiera matarla después, como tú quieres matarme ahora.

—¡Cállate!

—Y mira tú lo que son las cosas. Me quedo para salvarla. para hacer una obra de caridad como expiación de mi culpa. y para darte una lección que te corrija...

Oyéronse en esto las risotadas y canciones de los compañeros de orgía, que volvían cargados de botellas y de viandas. La mujer siguió diciendo:

—Ahí están. Si no te vas tú en seguida para no volver nunca. ¿sabes lo que voy á decirles? Pues esto: «¡A almorzar, señores! Pero un almuerzo honrado, de alegría sana, almuerzo de familia en fin. porque el señor don Miguel Atienza... ¡es mi hermano!»

Y como se oyera más cerca la bulla de los que llegaban, añadió casi al oído del hombre:

—¡Vamos! ¡A escape! O por la memoria de nuestra madre te juro que lo digo...

No vaciló él ya más, y huyó sin responder, rugiendo desesperado, herido en el alma, á tiempo

que llegaban los otros y cesaban en sus *gorjeos* al encontrar á Matilde sola.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó uno.

—Nada—contestó ella,—que al secretario le ha llamado el gobernador, y se ha ido. Pero ¿qué falta nos hacía? ¡Destapad esas botellas, señores!



Teatro de la Zarzuela.

Y empezó el almuerzo con una alegría desbordante, mientras se adivinaba allá en el bosque, escapándose, desatentado y loco, por un sendero de la montaña, al conquistador, humillado, vencido, castigado por el deshonor de los demás con la

deshonra propia. Y quedaba erguida, vencedora y soberbia la aventurera, perdida para siempre, que se vengaba de su abandono y su desgracia salvando de la desgracia y del abandono á una mujer honrada. ¡Venganza de alma grande, que con ella sola se redimía de todos sus pecados!...



Tal era el asunto de *El placer de los dioses.*

Por haberle desarrollado, tal vez sin habilidad, pero con pulcritud, sin una palabra malsonante ni la menor ofensa para persona alguna, era por lo que ante la fachada del teatro de la Zarzuela se alborotaban y enardecían muchos hombres hechos y derechos, y no me dieron cuatro coscorrones gracias á los guardias...

¿Tenía ó no tenía yo razón para sonreirme bondadosamente?

CAPITULO XXVI

El tango del cangrejo.

Siempre p'atrás;
tú lo verás. .

EL MOZO CRÚO.

Mi donoso amigo y antiguo compañero de redacción Juanito Pérez Zúñiga, no sólo escribe más que el Tostado con una gracia inimitable é inagotable, sino que, además, toca el violín y compone música.

Y hace algunos años, no muchos, hizo y publicó una *cosa* que se titulaba: LOS CANGREJOS, *paso doble para andar hacia atrás*, que supongo que se habrá vendido como pan bendito á estas horas, pero que no ha tenido los honores públicos y oficiales que merece.

Ese *paso doble* ha debido ser declarado himno nacional desde el momento en que salió de los tórculos.

Porque la marcha de *Cádiz*, el *Himno de Riego*, etc., etc., son vivos, animados, bélicos... invitan á marchar hacia adelante, y no encierran, por lo

tanto, en sus notas, el verdadero espíritu nacional que, por influencia atávica, morisca ó frailuna, suspira instintivamente por el retroceso. Aquí el liberal más avanzado, el socialista más convencido, el anarquista más furibundo tienen dentro un inquisidor del siglo XVI, ó un señor feudal de la Edad Media. En los cafés ó en las calles predicarán el progreso y la libertad; en su fuero interno gozarían acabando con los enemigos en el tormento y en la hoguera, desean y piden el despotismo para los suyos y su dictadura personal si viene á mano.

Por eso se hizo una guerra sorda á los caminos de hierro, y se hace aún á la electricidad, y se ofrece una resistencia tenaz y heroica á la vacuna y á los desinfectantes, y se truena contra los tranvías modernos porque van demasiado de prisa, y contra los cables del teléfono, del telégrafo y de la luz porque á lo mejor pueden matar como el rayo.

Y es que respiramos aún, y todavía nos embriaga y deleita, la atmósfera de los patios moros, saturada de perfumes enervadores, y la de los silenciosos claustros conventuales, que huele á incienso y cera derretida.

La razón nos guía hacia adelante, pero la sangre que corre por nuestras venas nos empuja hacia atrás.

Se habla mucho de regeneración, de trabajo, de vida nueva, pero al que se lanza á buscar el camino se le ponen inmediatamente obstáculos para que se estrelle; y, si por milagro los salva, la masa suspende su siesta secular para hacerle retroceder á latigazos.

¡Sí! el himno nacional debe ser el paso doble de Zúñiga.

*
* *

He escrito los parrafitos anteriores, que me han salido franca y decididamente rimbombantes y declamatorios, porque la gente se asustó de aquella prosperidad *irritante* de la Sociedad de Autores, de la destrucción de las casas editoriales, de la unificación de archivos, hasta del modesto palacio de los 60.000 duros, que le pareció ya el colmo de la locura; y el público, la prensa, los actores, los empresarios y los autores mismos se me plantaron delante, enarcadas las cejas y apretados los puños, y me dijeron de un modo que no admitía réplica:



D. Eusebio Blasco.

—¡Atrás, paisano!

Y me lo dijeron cuando yo no había empezado á andar, cuando no había desarrollado sino una mínima parte del plan acariciado en sueños, cuando no había hecho más que poner la primera piedra del edificio.

Porque yo iba más lejos, muchísimo más lejos.

Iba á buscar la federación de todas las entidades artísticas de España, á la fusión completa, pero con organizaciones autónomas, del Círculo de Bellas Artes, la Asociación de Escritores y Artistas, la Sociedad de Autores, la Asociación de la Prensa, la Sociedad de Periodistas, la Asociación de Libreros, la de Artistas Dramáticos y Líricos, la de coristas y la de profesores de orquesta... Iba á intentar la administración única, directa, de los intereses de todos, la supresión absoluta de todo género de intermediarios y el desarrollo rápido, grande, increible, de la cultura pública.

¿Cómo? De una manera muy sencilla. La primera prueba, la pequeña, había salido bien: ¿por qué no había de resultar lo mismo la grande?

Ya llegué á ver, en los momentos de fiebre (¡oh, el delirio de grandezas!), un palacio, un verdadero PALACIO DE LAS ARTES, regio, monumental, espléndido, edificado en los extensos solares de Medinaceli, con magníficos pasajes en las calles que los cruzan y á los cuales se abrirían las tiendas y despachos de periódicos, de libros, de música, de cuadros y de estatuas. Y dentro, unidos por el interés común y por la necesidad del mutuo apoyo, á todos los artistas, á todos los obreros intelectuales de España, pintores, escultores, arquitectos, actores, periodistas, autores dramáticos, músicos, coristas, novelistas, poetas... en contacto constante, en íntimo consorcio y con fraternidad verdadera.

Y veía una nube de empleados recaudando y distribuyendo derechos de representación, administrando por un procedimiento sencillo y fácil á todos los periódicos de Madrid, chicos y grandes, contratando actores, músicos y coristas, vendiendo libros, partituras, cuadros, esculturas y dibujos...

Y nada de *trust* absorbente y despótico. ¡Al revés! Ventajas para todos: para los artistas, que crean, y para el público, que consume y paga.

¿Que no? Pensad que las Sociedades de gente de teatro funcionan como ahora, pero con solidaridad completa; que los pintores y escultores tienen mercados constantes, exposiciones permanentes y agentes en todo el mundo; que las empresas periodísticas no han de hacer sino enviar á la oficina central sus tiradas conforme á las listas de suscripciones y pedidos, y recibir liquidaciones mensuales, y que cuantos pinten, esculpan ó quieran publicar un libro, sea de lo que fuere, saben que disponen de poderosos medios de venta y propaganda sin tener que dejar la mitad del producto en comisiones y descuentos.

Pensad, por último, que cuanto se escriba, cuanto se pinte, cuanto represente, en fin, trabajo del cerebro, ha de salir de aquel centro intelectual para ir *directamente* al público, y decidme si éste no encontrará facilidad asombrosa para educarse comprando más barato y más pronto el pan del alma, y si los que con ese pan adquieren el necesario para el cuerpo no estarán poco menos que en la gloria...

*
* *

—¡Sueños eran, vive Dios!—dirán los lectores flemáticos y tranquilos, al considerar lo vasto y lo difícil del plan ligerísimamente esbozado.

—¡Ah! sí serían sueños, ¡voto al draque!—contesto yo en seguida,—pero ellos me costaron muchas vigilias, no poca tinta y bastante papel de barba. Porque no se hacen en un abrir y cerrar de ojos los cálculos necesarios para convertir en

realidad una quimera de esa especie, y yo los hice todos, pasándome las noches en claro, después de haberme pasado las tardes con la blusa puesta.

He aquí mis cuentas galanas:



D. Ceferino Palencia.

—Ahora—pensaba yo—*El Imparcial* no se vende en un pueblo de cien vecinos, aunque haya gente que quiera saber noticias; ni se toca el tango *del morrongo*, aunque no falte una familia acomodada que tenga piano; ni se representan comedias en un panerón, aunque salga algún labriego con aficiones declamatorias; ni llega libro alguno de ninguna clase, aunque las personas que entienden de letra se aburran mucho en las tardes del invierno... ¿Por qué? Porque para lo primero hay que suscribirse, y para lo demás hay que hacer un viaje á la capital de la provincia ó escribir á un librero que no se sabe que existe. Todo imposible ó poco menos, dada la pereza nacional, que nos incita á dejarlo todo para mañana.

Y *El Imparcial*, la Sociedad de Autores, los libreros y los editores de música, buscando cada uno por su lado, no podrán encontrar quien los represente en el pueblo de cien vecinos, pero todos juntos... es casi seguro que sí.

Y en cuanto los habitantes de cada aldea sepan que hay entre ellos uno, el estanquero quizá, que, además de sellos y cerillas, vende periódicos, música, comedias y libros y que, además, les lleva á casa por poco precio cuanto le pidan, la afición se despertará con la facilidad de la compra.

Y *El Imparcial* triplicará su tirada, y autores y músicos duplicarán su recaudación, y cuantos escriban ó representen hallarán nuevos mercados... Los que no sepan leer aprenderán por fuerza, los que deletreen lo tomarán el gusto, y las letras de molde, y con ellas el amor á la civilización, llegarán á los últimos rincones.

¿Se ha entendido bien el importante papel de estos granos de arena en que había de asentarse el edificio de la administración única?

Pues vamos á ver los medios conducentes para llegar á ella:

Convencidos los actores de las ventajas de la fusión propuesta, y de cuyas condiciones hablé en otro capítulo, pronto les seguirían los coristas y los profesores de orquesta; cuantos viven de la prensa nos ayudarían seguramente, puesto que el beneficio del plan saltaba á la vista; pintores, escultores y arquitectos, ¿qué inconvenientes podrían encontrar? Y quedaban sólo, como huesos difíciles de roer, los libreros y los editores de música. Pero unidos ya los demás, todo podía reducirse á repetir la suerte de las casas editoriales; con suprimirles la primera materia, base de sus negocios, habíamos acabado de hablar. ¿Se comprende también esto?

Pues entremos en lo más árido y grave: en la cuestión del dinero.

Era preciso hacer una emisión de 30.000 obligaciones de á 500 pesetas al 6 por 100 de interés anual, para que su colocación fuera más fácil, im-



D. Javier de Burgos.

portantes, por consiguiente, quince millones de pesetas y amortizables en cuarenta años.

Obligaciones, ¿eh? Odio las acciones, porque representan el capital eterno.

En esa cantidad había yo calculado el coste del solar, del edificio dispuesto y amueblado y el va-

lor de las librerías y establecimientos de música de Madrid que sería preciso comprar. No hay que asustarse de la cifra. En primer lugar, la mitad por lo menos de las obligaciones las aceptarían probablemente como dinero el dueño del terreno y los libreros y editores, por el aquel del 6 por 100 de renta; y en segundo lugar, apelando á los Bancos, á las Sociedades de crédito, á los mismos que iban á asociarse, sería difícil, pero no imposible, reunir el resto. Más de mil hombres activos, decididos á trabajar por el bien común, ¿no habían de encontrar siete millones y medio de pesetas, aunque fuera en las entrañas del globo?

Suponiendo que todo eso se hacía, y yo veía más claro que la luz que se podía hacer, he aquí el presupuesto general, que me costó muchos sudores y fatigas:

INGRESOS ANUALES

Prensa: 400.000 ejemplares de todos los periódicos, vendidos á 3 céntimos á revendedores y corresponsales, arrojan un total de 12.000 pesetas diarias. El 15 por 100 de esta suma, que la Sociedad descontaría por gastos de administración, ascendería al año, en números redondos, á pesetas.........	700.000
Sociedad de Autores: Producto líquido del archivo musical, única fuente perpetua de ingresos................	200.000
Actores, coristas y orquestas: 50 compañías funcionando por término medio, á razón de 400 pesetas diarias de presupuesto. 2 por 100 de recargo sobre las nóminas, que pagarían las empresas á cambio de las debidas compensaciones	146.000
Librería: 15 por 100 de un millón de pesetas de venta anual en todos los mercados	150 000
Suma y sigue......................	1.196.000

Suma anterior	1.196.000
Música de piano y banda: 15 por 100 de medio millón de pesetas de venta	75.000
Pintura y escultura: 15 por 100 de la misma cantidad	75.000
Producto del alquiler de 80 habitaciones á los empleados en el palacio mismo	50.000
Suman los ingresos	1 396 000

GASTOS

Pago del cupón, amortizaciones y sostenimiento de la finca, números redondos	1.000.000
Nómina del servicio de prensa	120.000
De las Sociedades de autores, actores, coristas y orquestas	50 000
De la sección de librería	25 000
De la de música	20 000
De la de pintura y escultura	10 000
Suman los gastos	1.225.000

Quedaría, por lo tanto, un sobrante en el primer año de 171.000 pesetas; en cada uno de los siguientes iría aumentando de una manera proporcional, por la amortización de obligaciones, hasta que á los cuarenta justos rebasaría, naturalmente, la cifra de un millón de pesetas.

Y téngase en cuenta que en el cálculo de ingresos me he quedado corto adrede, como puedo probar á quien lo dude.

Habría, pues, desde el principio barro á mano para socorros, pensiones, premios, donativos, y al terminar la amortización dichosa, ¡cuántas cosas grandes y buenas se podrían hacer con un millón de pesetas al año!

*
* *

Éste era el plan completo. Toda esa mole colosal se vino abajo como un castillo de naipes á los acordes cachazudos y lentos del paso doble de Pérez Zúñiga.

¿Era una locura. un delirio? ¡Acaso! Pero los locos, los soñadores son los que hacen algo en el mundo. Por los hombres graves, sesudos y prudentes, estaríamos todavía viviendo en cuevas y cubriendo nuestras carnes con pieles de cordero.

Sólo siento que ese avance gigantesco de paz. de amor y de cultura se ha retrasado muchos años, acaso siglos... Y que, aunque ahora me dejasen volver á empezar, antes de llegar á la mitad del camino, lógicamente pensando, habría tenido que dar de bruces en la tumba.

EPÍLOGO

Tal ha sido hasta la fecha mi teatro; es decir, la parte verdaderamente importante de mi teatro que, no por su valor intrínseco, sino por las circunstancias extrañas y excepcionales que la rodearon, pudo tener y tuvo, á mi juicio, transcendencia indudable.

Posible es que, andando el tiempo, estas memorias íntimas, ó lo que fueren, requieran una segunda parte; porque, como decía Ginesillo de Pasamonte, «¿cómo quiere vuesa merced que esté acabado el libro, si no se me ha acabado la vida?»

Pero por ahora quédese esto aquí, y olvídese en el acto cuanto llevo dicho, puesto que tal vez no merece otra cosa. Bien sabe Dios que al empezar no tuve otro propósito que el de explicar, con la claridad y prontitud que pudiese, algunos acontecimientos en que por casualidad tomé parte, y respecto á los cuales andaba la opinión un tantico extraviada; y de paso arrimar el ascua á mi sardina enterando á la gente de lo que soy, tengo y quiero, como dicen en los juegos de prendas.

En lo tocante á lo primero, ó sea el relato de sucesos que levantaron no hace muchos años gran marejada, y de los cuales, á pesar de eso, pocos tenían noticias exactas y verdaderas, celebraré haber vencido en parte la fastidiosa aridez del asunto, para que los profanos los comprendan y todos los juzguen de hoy en adelante, no á tontas y á locas, sino con conocimiento de causa.

Porque la verdad es que apasionaron grandemente, no sólo á los que en ellos intervenían por interés directo, sino á todo el público que asiste á los teatros y lee los periódicos, y ya me daría yo con un canto en los pechos si lo que llamamos *masa neutra*, que tanto influye sin saberlo en todas las manifestaciones de la vida nacional, se ha enterado por fin de lo que es y significa la Sociedad de Autores, y deja de mirarla con los ojos torcidos.

Respecto á lo segundo, es decir, á lo que á mí atañe personalmente, también me alegraré ¿por qué negarlo? de que se cambien un poco las tornas y deje el respetable público de creer que trato siempre de molerle y de fastidiarle, y me midan los señores críticos con el mismo rasero que á los demás, y no crean los autores nuevos que yo *acaparo* los carteles, oponiéndome resueltamente á que estrenen cuantos sainetes, zarzuelitas y follas traigan embotellados, ni piensen los viejos que traté jamás de mandarlos y dirigirlos, ni que aproveché el mérito ajeno para la propia notoriedad, ni que... en fin, otras cosas peores.

Pero en esta segunda parte no hago gran hincapié. Si los hados me conceden lo que en ella pido... bien venido sea; si no... ¿qué se le ha de hacer? No he de perder el buen humor ni se me ha de alterar la salud porque las cosas sigan como

están en este punto. El que es bueno para que le premien, y se enfada si no le premian, ya no es bueno del todo. Y no se hace el bien al prójimo por ganarse su estimación, sino por la verdadera é inefable satisfacción que proporciona el saber que se ha hecho.

*
* *

Bástame, por ejemplo, estar seguro de varias cosas indudables, y que son, á saber: que no hace ocho años todavía los autores desperdigados carecían de fuerza para hacer valer sus derechos, pagaban cara la administración de sus obras, debían á los editores cientos de miles de pesetas, recaudaban poco y llegaban, por lo general, al fin de su carrera sin poder disfrutar el producto de su trabajo; que las compañías de zarzuela funcionaban con dificultad por el precio exorbitante de los servicios y las trabas á ellos anejas, y que todos aquellos vicios seculares estaban sólidamente arraigados por contratos y escrituras... hasta el punto de que cuantos conocían el asunto á fondo juzgaban imposible, no ya la ejecución, sino el intento de transformar el viejo sistema.

Sé también, y también me basta, que el milagro se hizo; que todos los autores dramáticos quedaron *unidos y libres*, como rezaba el lema famoso; que la administración de sus obras, en las cuales mandan con entero dominio directamente, es mucho más barata; que la recaudación de derechos casi se ha duplicado; que los principiantes tienen mercado más extenso en que ofrecer sus productos, y que los negocios teatrales se desenvuelven con más facilidad y en mejores condiciones.

Creo firmemente, y lo digo como lo creo, que el brillante resultado obtenido se debe, si no en totalidad en gran parte, á haberme entregado en cuerpo y alma al servicio de la idea, á haberla dedicado cinco años de trabajo constante sin desmayos ni reposo, á haber afrontado serenamente el choque de los intereses encontrados, á haberme atraído la ira y la enemistad de medio mundo y á haber sido alternativamente ministro de Hacienda, jefe de barricada y mozo de cordel, según caían las pesas.

Tengo la evidencia asimismo de que habiendo empleado en una labor cualquiera, de las que lícitamente redundan en provecho propio, las interminables horas gastadas en estudiar y practicar el plan hasta en sus menores detalles, hubiera podido darme vida de príncipe á estas fechas; y bien sabemos Dios y yo que, lejos de eso, supe resistir tentadoras proposiciones, y en la ganancia universal, en los beneficios generales y en la danza fantástica de los miles de duros pude sacudirme la blusa al salir del sótano, sin que cayera entre el polvo un átomo de plata.

Sabiendo todo esto, pues, ¿no es natural que de la opinión ajena se me dé un ardite?

*
* *

Porque... ya que estamos acabando la presente historia, tal vez sería conveniente decirlo todo. ¿Lo es? ¡Vaya! Pues allá va, y sea lo que Dios quiera.

Sé también algunas otras cosas que hasta mis íntimos amigos piensan que ignoro... Pues no, seño-

res; no estoy tan atrasado de noticias que no sepa que ha habido un largo período de tiempo en que cundió, surgiendo espontáneamente, primero la sospecha, después la certidumbre de que yo me había retirado de la Sociedad de Autores forrado de dinero. ¿Se entiende esto bien? ¡Forrado! Veinte, treinta, cuarenta mil duros... ¿qué sé yo? ¡Una atrocidad! ¿De dónde los había sacado? Pues .. de cualquier parte: de los editores como corretaje, de la caja misma con escoplo y ganzúa... ¡Vaya usted á saber! ¡Hombre! hasta de las veinte mil pesetas que costaron las cajas de hierro para guardar los ejemplares puede que me hubiera dado el cerrajero algún piquillo de propina...

Es decir, que yo puse en peligro la paz, la salud, los intereses propios, ¡hasta la vida de mis hijos! por una cantidad alzada. ¡Por Dios y por la Virgen! ¡Si eso vale tanto que para pagarlo no hay oro bastante en el mundo! Se da, eso sí; pero no se vende.

Y asombraos de otra cosa. Asombraos de que conocí siempre los efectos de la calumnia en el desvío de mis compañeros, en el aislamiento á que se me condenaba, en ciertos actos de hostilidad patente de la colectividad entera, y teniendo en mis manos entonces, ahora y siempre, la destrucción de mi propia obra, disponiendo de medios para provocar el derrumbamiento y la catástrofe, dióme Dios, y él no me la quite, la tranquilidad de ánimo precisa para sofocar el deseo de venganza y poner riendas al despecho. ¡Siempre han llegado á mí, tras los rumores de la calumnia, fascinadoras instigaciones para levantar la bandera de rebelión y encender la guerra civil entre los míos!

Por haberlas resistido con tenacidad me siento

orgulloso; que más valor se necesita á veces para aguantar alfilerazos y bofetones que para atacar un reducto cargando á la bayoneta en la primera fila...

Y mientras la Providencia me conserve el corazon sano y la cabeza firme, no sólo no contribuiré jamás á minar el edificio que ayudé á levantar á tanta costa, sino que, si llegara para él un día de verdadero peligro, allá iría á apuntalarle, á sostenerle, al primer aviso, con todo lo que soy, todo lo que valgo y todo lo que tengo. ¡Y vive Dios que volvería á portarme bien, aunque se repitiera el drama y llovieran de nuevo sobre mí capuchinos de bronce!

*
* *

Para concluir, haré otra afirmación tan extraña y tan inverosímil como las anteriores. Ignoro dónde nació la sospecha injuriosa, pero la comprendo. ¡Es tan absurdo eso de que un hombre que trabaja, brega, pelea y se sacrifica por enriquecer á otros, no haga negocio con ellos ó abusando de ellos!

Pero es que yo también hice mi negocio, señores; y voy á confesar cuál fué, como si hubiese llegado mi última hora y de esta confidencia dependiese la salvación de mi alma.

Yo he aspirado siempre con creciente fervor, con anhelo insaciable, á que mi nombre pase á la posteridad de algún modo; á dejar alguna huella, aunque sea leve, de mi tránsito por el mundo. Y al paso que llevaba, ni como poeta lírico, ni como periodista, ni como autor dramático, hubiera podido romper jamás la fila de las medianías adoce-

nadas. ¿Es esto cierto? Pues me era preciso buscar el alto asiento de la inmortalidad por sendero diferente. ¿Jurarían ustedes que no lo he alcanzado? Yo no lo juro. Yo me iré á la tumba (lo más tarde que pueda, naturalmente) con una duda muy agradable.

Al sistema antiguo no se volverá jamás, porque el carro de la libertad no retrocede; y si el edificio se afianza, como ocurrirá de seguro, pase lo que pase, es difícil que se borre el nombre del que puso la primera piedra: que hasta para eso tiene la ventaja de ser un poco raro. Lógico es, pues, suponer que al cabo de los siglos no quede rastro ni memoria de los artistas más eminentes de esta época; pero las generaciones venideras no tendrán más remedio que acordarse de mí, quiera ó no quiera la presente, y se acordarán poco ó mucho mientras haya autores dramáticos que cobren derechos y se representen comedias en el mundo.

¿Este goce íntimo os parece pequeño? Pues le hay mayor todavía. ¿Cuál? El que nace del sufrimiento por una causa justa: el de verse abandonado, perseguido ú olvidado por todos teniendo la convicción de haber hecho á la mayoría un beneficio grande. El placer que ese tormento proporciona es intenso, infinito, hondo, de una delicadeza y de una fragancia exquisitas... ¡Desgraciados los que murieron sin probarle jamás, porque ellos pasaron por la tierra sin haber vivido!

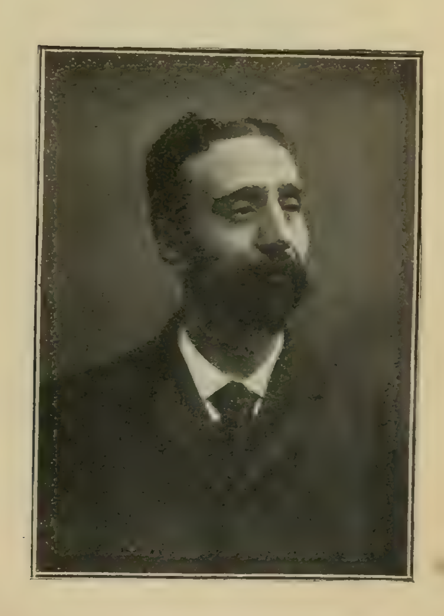
Sí, ésa es la verdad. Cuando se acomete una empresa noble, cuando se trabaja de veras, con el alma y con el cuerpo, para llevar un grano de arena á la gran fábrica del progreso humano, no saborea el supremo deleite del deber cumplido, no goza de él de veras y del todo quien no gusta las

gotas amargas de la ingratitud y no deja en el camino jirones de la honra y no sella su triunfo con sangre de su sangre.

Y con esto no canso más. Firmo y plego.

Sinesio Delgado.

Madrid.—Diciembre 1905.



ÍNDICE

Páginas.

